

Enriqueta de Parodi

**CUENTOS
Y
LEYENDAS**



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

CUENTOS Y LEYENDAS

Enriqueta de Parodi

CUENTOS Y LEYENDAS

CUARTA EDICION



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Primera Edición:
Diciembre de 1944

Segunda Edición 1954

Tercera Edición 1966

Cuarta Edición 1985

PRESENTACION

A cuarenta años de distancia, el Gobierno del Estado reedita hoy CUENTOS Y LEYENDAS uno de los libros de la escritora sonorensa Enriqueta de Parodi, cuya primera edición se realizó en el año de 1944.

Escritora fecunda y de fácil estilo, Doña Enriqueta trascendió su profundo regionalismo y amor a Sonora a los planos de una universalidad literaria que la coloca, definitivamente, al lado de los mejores valores de las letras mexicanas.

Al reeditar este libro, el Gobierno de Sonora desea resaltar en esta acción su homenaje a la mujer sonorensa y a todas aquellas que en el mundo han luchado, en diversos campos, por lograr la superación de la mujer en forma global y no solamente en un feminismo radicalista que encasilla la fuerza femenina en una estéril batalla en contra del hombre.

A Doña Enriqueta de Parodi le tocó la fortuna de descollar en años muy difíciles para el desarrollo de la mujer, pero gracias a su tenacidad, talento y cualidades supo remontar los valladares de la incomprensión generalizada de aquellos tiempos. Ella fué, junto con un grupo de mujeres sonorensas y mexicanas, punta de lanza para abrir las puertas de la oportunidad al sexo femenino, llegando a realizar una labor literaria que por su importancia le otorga el grado de la mejor y más prolífica escritora sonorensa.

Pero no todo fué escribir en la vida de esta mujer ejemplar, ya que tuvo y aprovechó la oportunidad de participar en la vida política de Sonora y de México desde diferentes cargos, principalmente en la Secretaría de Educación Pública donde desarrolló una gran labor en favor de la proliferación de bibliotecas.

Cumpas es su lugar de nacimiento, y los diversos pueblos de Sonora se van entrelazando en sus evocaciones con una devoción mojada en llanto. Y es desde Cumpas, siendo aún una niña, donde empieza a labrar su nombre literario que va forjándose y engrandeciéndose hasta traspasar las fronteras de su Estado y de su propia patria.

En este libro, la autora combina su imaginación y su prosa con las viejas historias sonorensas que se encuadran en las leyendas de los seris, los pimas y los ópatas, situando a muchos de los personajes de sus cuentos en poblados de Sonora como Moctezuma, Cananea y Cumpas.

Descubrir a Enriqueta de Parodi será para los jóvenes una experiencia aleccionadora; para quienes ya conocen su obra, releerla será tanto como reencontrar lo esencial de la literatura sonorensa y andar por un camino que recorren personajes mágicos y extraordinarios.

En este nuevo esfuerzo editorial, el Gobierno del Estado quiere reiterar su merecido reconocimiento a la labor de Enriqueta de Parodi, quien a través de su abundante obra literaria exaltó siempre el espíritu de trabajo y superación de los sonorenses. Al rendirle este modesto homenaje, repetimos, lo hacemos extensivo a todas las mujeres sonorensas que de una u otra manera luchan incansablemente por alcanzar metas de respeto y productividad en el arte, la ciencia, el magisterio, las profesiones y la vida familiar.

Herмосillo, Sonora. Enero de 1985.

LA CIUDAD PERDIDA

HABIAMOS caminado todo el día sobre las indómitas sierras sinaloenses cuando llegamos al sitio que el Coronel N. encontró adecuado para pasar la noche. Era una especie de meseta, desde la que se dominaba la inmensa hondonada, y la que a su vez, era dominada por enormes y ariscas montañas cortadas casi a pico.

Mientras el guía y dos de los muchachos se dedicaron a levantar las tiendas de campaña y a preparar los alimentos, el Coronel y los demás, seis en total, nos acercamos al desfiladero que hacia el poniente, formaban las crestas de la meseta.

-Qué maravilloso espectáculo- comentó el Coronel, viendo cómo el sol doraba los perfiles de la cordillera dándole el aspecto de un enorme incendio.

-Hay en estas sierras- dijo Marcos, un estudiante de palabra fácil que formaba parte del grupo-, cosas más bellas que la que usted admira en estos momentos; es por estos rumbos, donde se encuentra “la ciudad perdida”, según contaba mi padre que la vio hace muchos años...

-¿Te ha sugestionado el ambiente, y nos quieres contar un cuento? Si es así, por mí puedes hacerlo - contestó el Coronel riendo.

-Nada de cuentos mi Coronel -dijo Marcos- mi padre visitó esta ciudad de manera casual antes de que yo naciera: en casa, conserva mi madre con sumo cuidado dos piezas de oro de extraña forma, que mi padre trajo consigo a su regreso de la ciudad perdida...

-Parece mentira que en pleno siglo XX escuche uno

estas cosas... parece inverosímil, pero deseo escucharte, Marcos.

Hace más de un cuarto de siglo, que mi padre transitaba con frecuencia por estos caminos, haciendo la travesía de Sinaloa a Durango. En varias ocasiones, había oído hablar a otros arrieros, de que en determinado lugar en plena sierra virgen, existía una ciudad antigua, rodeada de altísimas montañas, cuya ascensión era peligrosa y difícil, pero dentro de cuyo círculo montañoso, amplísimo, se levantaba esa ciudad en la que se vivía con varios siglos de atraso. Mi padre, que sin ser un hombre cultivado no era un ignorante, no había dado gran crédito a lo que le platicaban, y seguía viajando sin intentar nunca desviarse de su ruta como muchos lo habían hecho inútilmente pues la ciudad permanecía ignorada de todos.

La honradez y la oportunidad en el cumplimiento de sus compromisos fuéronle abriendo a mi padre un radio más amplio en sus negocios y era su recua una de las mejor equipadas y de las que mayor garantía ofrecían a los comerciantes cuyas mercancías conducía.

Pero sucedió que en una ocasión, Casiano, uno de los muleteros que le acompañaban, se enfermó y tuvo que quedarse en Sinaloa; mi padre, con Rómulo, el otro mozo, emprendió el camino.

Llegados a la segunda jornada del mismo, acamparon "maneando" a las mulas como de costumbre, para que no pudieran alejarse demasiado.

Cuando las primeras claridades de la mañana rompían las sombras, mi padre, madrugador como siempre, llamó a Rómulo para que fuera preparando el desayuno, mientras él traía las mulas a fin de seguir la caminata.

Precavido, como todo buen arriero, se fajó la pistola, y se colgó al hombro la cantimplora.

Llegado al sitio en que la noche anterior había dejado las mulas, le causó extrañeza ver que faltaban dos; la Coquetona y la Pilucha no se veían por ninguna parte. Poco trabajo le costó encontrar las huellas bien

marcadas sobre el pasto fresco y pensando que estarían cerca, emprendió su búsqueda.

Nunca supo mi padre el tiempo que caminó siguiendo siempre las huellas de los dos animales; era a veces tan difícil el paso por entre los arbustos entrelazados, que tenía que abrir brechas con la faca que siempre le acompañaba. Horas debieron pasar desde que dejó el campamento, pues el hambre empezó a dejarse sentir, y por la altura del sol, comprendió que estaba muy lejos ya del sitio donde habían quedado Rómulo y la recua.

Siguió mi padre caminando dificultosamente por entre aquella selva más tupida a medida que avanzaba; un frescor de bosque hacía menos pesada la caminata, pero bien le mortificaba pensar que a medida que adelantaba en la búsqueda de las mulas, se iba haciendo más difícil el regreso. De pronto, quedó mi padre sorprendido: un lejano repicar de campanas, llegaba hasta él, un apagado rumor amortecido por la selva y la distancia, le traía no sabía desde dónde el alegre repique de varios bronces echados a vuelo.... Pensó él - según después contó- que el hambre que le atenaceaba las entrañas, estaba produciéndole aquella dolorosa sensación; y que un delirio producido por la falta de alimento, era posiblemente la causa de aquellos extraños rumores....

Y siguió caminando, ensimismado, hasta que de pronto se vio ante la montaña que parecía cortada a pico sobre la selva. Hasta allí conducían las huellas que mi padre seguía; una compacta masa de arbustos trenzados entre sí con lianas resistentes, no dejaban acercarse hasta la roca de color rojizo que formaban la base del cerro.

Otra vez, la faca entró en acción y al romper las resistentes ramas de los últimos arbustos que obstruían el paso para llegar hasta la roca, quedó ante los asombrados ojos de mi padre un hueco obscuro que se abría sobre la piedra.

Hurgó sobre el piso húmedo, y claramente vio

marcadas las pisadas de las mulas; pensó un momento en la posibilidad de abandonar la búsqueda de los animales, pero dado el tiempo transcurrido por la altura del sol, comprendió que estaba más distante del sitio de partida, que del probable lugar donde se encontraban las mulas; el hambre le atormentaba ya en forma despiadada, y se aventuró por el estrecho agujero....

Una sensación de frescura, de aire húmedo, y un acre perfume confundido con el aroma picante que producen ciertas plantas trepadoras, le azotó el rostro; a medida que avanzaba, la oscuridad era más densa, y sentía que bajo los pies, crujían las hojas secas que las tormentas de quién sabe cuánto tiempo, fue acumulando en aquel paraje secreto que llevaba no sabía hacia dónde.

A la media hora aproximadamente de caminar por entre las tinieblas, sirviéndose del apoyo que le prestaban las húmedas paredes de la roca, divisó en la distancia una claridad indecisa.... Calculó que era la salida, y se sintió aliviado de la extraña angustia que aquella soledad, aquel abandono y silencio le iban produciendo. El cansancio y el hambre le habían agotado en forma tal, que al recibir de lleno la luz del día, y el aire puro, sintió un desvanecimiento que le hizo caer al pie mismo de la salida secreta.

Cuando hubo pasado un rato en que se sintió un poco reconfortado, se puso en pie, y contempló el espectáculo más maravilloso que sus ojos habían visto.

A sus pies, se tendía la ciudad más extraña que su mente pudiera concebir; un valle enorme debió ser aquello algunos siglos ha. Altísimas montañas volcadas por furias subterráneas limitaban una enorme explanada donde se levantaba la ciudad perdida. Lujuriantes frondas se extendían en diversas zonas, y casas de estilo colonial se levantaban formando barrios enteros donde apenas a grandes trechos sobresalían las torres de alguna iglesia.

La salida del pasaje que mi padre acababa de atravesar, quedaba a bastante altura de la ciudad, dando el conjunto la idea vaga de que algún extraño movimiento telúrico, había hecho bajar de nivel la ciudad. Acicateado mi padre por el hambre y por la curiosidad, emprendió el descenso difícil, hasta llegar a lo que parecían los barrios aledaños de la población.

De pronto, un repicar de campanas rompió el extraño silencio en que parecía dormirse la ciudad; y de las casas bajas y extrañas empezaron a salir personas, hombres y mujeres vestidos de rara manera, igual que si se retrocediera cuatro siglos en la vida del mundo.

Dos días después, regresó mi padre al paraje donde el pobre Rómulo, desesperado, no sabía qué hacer. Cuando llegados al pueblo del Estado de Durango, a donde iban, mi padre platicaba que había encontrado y visitado por dos días una ciudad perdida en plena sierra, donde los hombres ignoraban todo lo que cuatro siglos han traído a la humanidad en civilización y en progreso, las gentes pensaban que mi padre estaba loco.....

Solamente nosotros, y los muy allegados a la familia, a quienes él mostraba “las reliquias” traídas de la ciudad, no dudamos de su cordura.

Y fue pasando el tiempo; muchas veces, al regresar del colegio, después de la cena, mi padre nos decía: “Algún día, hijitos, otros hombres llegarán a la ciudad perdida y lograrán traer mejores pruebas que yo, de que existe”.

Aquellas gentes -según el decir de mi padre-, han evolucionado a su modo, y no carecen de nada de lo que es menester a sus necesidades. Ingenuamente creen que viven todavía bajo el dominio de España; usan vestidos al estilo de aquella época, tienen grandes extensiones de tierras laborables, y por la cantidad de oro extrañamente amonedado, me imagino que, o esa ciudad fue antes de quedar aislada del mundo un rico

mineral, o hay entre las arenas de sus ríos placeres de riqueza incalculable.

Me dejó admirado la riqueza de las joyas que usan las mujeres, y se encuentran entre los habitantes de esa ciudad, maravillosos orfebres; pues la plata y el oro se labran en la misma forma delicada en que lo hacen los mejores joyeros de la actualidad.

Yo invité a los hombres a salir al exterior de ese mundo suyo tan bello, pero tan reducido, y no han aceptado seguirme. Viven felices en esa ciudad perdida a la que algún lejano cataclismo separó del mundo; según el decir de ellos, hay muchos hombres que habiendo encontrado por casualidad la entrada del pasaje secreto, llegaron hasta allí y no volvieron a salir, Hablan el castellano antiguo, y varios dialectos; son gentes en su mayoría honradas y buenas, no se entiende de otro modo, por el hecho de haberme entregado dos robustas mulas a cambio de las que yo perdí, y que de seguro habían tomado rumbo hacia las tierras de labor, que se tendían en grandes extensiones, a la vera de un río del que se ignora el nombre.

En mi casa existen todavía las dos monedas de oro, que había traído mi padre de su extraña expedición.

Algunos hombres de mi pueblo que, convencidos de que mi padre no estaba loco, intentaron en distintas ocasiones buscar la entrada secreta de la montaña misteriosa, contaban que a veces, en plena selva, al amanecer y al anochecer, escucharon el repique sonoro y alegre de las campanas; pero fueron inútiles las tentativas hechas para descubrir la ciudad perdida, que debe seguir existiendo ignorada para el mundo, pero siguiendo el curso de su destino misterioso.

* * *

Cuando Marcos terminó el extraño relato, casi todos sus oyentes se habían dormido; solamente el Coronel N. le había escuchado con verdadera atención; para él,

aquel relato fantasioso o real tenía la sugestión del misterio y de la imaginación. ¡Cuántas cosas ignoradas para el mundo existen más allá de las barreras conocidas por el hombre! ¿Por qué razón entonces no podía existir perdida entre montañas inaccesibles una ciudad a la que no hubieran llegado las contaminadas brisas civilizadoras?

Y, verdad o mentira este relato, ha pasado a través de los años en forma de leyenda, logrando poner perfiles de raras fantasías en la vida uniforme y sana de los pueblos de aquella región de nuestra República, en que los hombres tienen a veces dulces ingenuidades, y las mujeres saben todavía conservar el vellocino de oro del ensueño, que da sabor a sus vidas que de otra manera, serían incoloras y monótonas.

Nadie quizá volverá a contemplar el espectáculo maravilloso de la “ciudad perdida” que existe colocada en un estuche de verdura, como si fuera una rara perla arrancada a un joyel de Bassora.

TIA MARTINA Y SU TESORO

NO HABIA en muchos kilómetros a la redonda, quien ignorara la vida de trabajo y de sacrificio de tía Martina; todos la conocían y la estimaban; vivía casi de milagro, del producto de unas gallinas y de los ahorros que había podido juntar de tiempo en tiempo, cuando vendía la marrana que siempre tenía en “engorda”. Pero tía Martina era profundamente orgullosa. Razón había para que no se quisiera considerar una pordiojera, ya que en otras épocas, la suya era la casa de más renombre en el pueblo: su padre había impulsado varios negocios que le dejaban buen dinero, y Martina, se podía decir que había nacido en “buenos pañales”.

Pero de aquello, hacía mucho tiempo; los frecuentes movimientos revolucionarios, y malos negocios habían dado al traste con la pequeña fortuna del padre y Martina, por razones sentimentales, no se había casado.

La vieja casona familiar en la que vivió mientras pudo hacer frente a su situación después de muertos sus padres y alejados sus hermanos, tuvo que rentarla para que la pequeña suma que le daban por el alquiler, le ayudara un poco en la educación del menor de sus hermanos, Francisco. Ella se había reducido a vivir en la pequeña casa que tenía en una de las propiedades de su padre; cuando su hermano ya hombre, había creído prudente abandonar el pueblo para salir en busca de mejor suerte.

La casita, desvencijada y pobre albergaba a Martina ya vieja, pero no amargada. Todos admiraban en ella aquella bondadosa sonrisa que florecía en sus labios

marchitos, y en medio de su pobreza, tenía siempre la manera de ayudar al que, más necesitado que ella, recurría a su ayuda.

Y así fueron pasando los años; de tiempo en tiempo Martina iba al pueblo. Emprendía sus caminatas al amanecer, a pie, y cuando se encontraba a algún conocido en el camino que la invitaba a llevarla en su cabalgadura, Martina, sonreía, contestando:

-Tengo hecho voto de no ir al pueblo más que a pie, hasta que pueda ir como antes, en "carretela..."- y ambos reían, ella de la buena manera que no aceptaba la invitación, y el invitante, de los sueños que todavía se albergaban en el cerebro de la pobre Martina arruinada....

En el pueblo la querían todos, chicos y grandes. Fue un pequeñuelo, hijo de una vieja amiga suya, quien empezó a llamarla "tía" y a poco, todos la convirtieron en "tía Martina". Ella se sentía satisfecha de aquella "sobrinada" colectiva, y cuando iba al pueblo, no dejaba de sentirse halagada ante tantos saludos de sobrinos cuyos nombres ni siquiera sabía.

Había años malos, en que el maíz se ponía tan caro, que no podía adquirirlo para sus propias necesidades, y tenía que vender las gallinas para evitar que se murieran de hambre. Pero de todos modos ella sabía sonreír siempre, y la vida iba pasando...

Nunca supo de sus hermanos; aventureros por circunstancias, de tal manera encontraron agradable la vida, que ni siquiera una carta había venido a endulzar la vejez de aquella buena solterona que lo sacrificó todo por la familia, pare ver que la familia no le tomaba nada en cuenta. A veces, tía Martina, en sus largas noches de soledad filosofaba, pero a la siguiente mañana, volvía a sonreír pensando que cada cual tiene una cruz que cargar, y que la suya, era menos pesada que otras.

Después de varios años de tener alquilada la casona del pueblo, sin recibir más que de tarde en tarde uno que otro peso, un día se presentó a las puertas de su

vieja residencia, para solicitar alguna ayuda de los inquilinos.

Varias veces tocó a la puerta, sin obtener contestación, y entonces un pequeñuelo de la casa vecina, le dijo que hacía ya muchos meses que la casa estaba sola.

-¿A dónde se fueron los que vivían en ella?- preguntó Martina.

-No sabemos tía -le dijo el chiquillo- decían que en la casa “espantaban” y un día la señora se enfermó de un susto y a la mañana siguiente se fueron.

Martina se resignó con la resolución de sus inquilinos, y dejó pasar el tiempo a ver si había otra persona que quisiera ocupar la casa. Todo fue inútil. La fama de que en ella “espantaban” había sembrado el miedo entre las pocas personas que podían ocuparla.

En más de una ocasión le habían dicho a Martina que posiblemente aquellos fueran indicios de que en su casa había algún “entierro” y que debía buscar... Cuando quiso hacerlo, se dio cuenta de que todos los anteriores inquilinos habían pensado encontrar el “entierro” pues su pobre y vieja casona ofrecía un aspecto más ruinoso, debido a que en diversos lugares se habían practicado excavaciones para buscar el tesoro que se suponía escondido.

Fue motivo de tristeza para Martina, ver el estado en que estaba lo que iba quedando de su vieja casa; reconstruirla, imposible; tampoco había quién quisiera ocuparla, y por ello se decidió a dejarla abandonada por algún tiempo, esperando que alguna buena racha de la suerte le permitiera algún día dejarla más habitable. Alguno de sus hermanos posiblemente regresara y se hiciera cargo de aquella “herencia maltrecha”.

Y pasaron otros meses; un día, sobre el pequeño poblado donde vivió tía Martina, se abatió un vendaval; casas y árboles y varios animales fueron víctimas de la furia del viento y de las aguas. Sembradíós que eran

promesa para los pobres campesinos, fueron arrasados llevando la ruina y el desamparo a aquellas gentes; tía Martina resultó tan maltrecha como los demás, y al otro día de la inundación se trasladó al pueblo con lo poco que de su hacienda había quedado.

Fue difícil la instalación de la pobre vieja en aquella casa donde por todas partes colgaban las telarañas del abandono. Era para ella más doloroso todavía, porque en años anteriores había sido feliz y cada rincón, abandonado y solo, le despertaba un recuerdo y le agudizaba un dolor...

Pero Martina era trabajadora y valiente; bajo sus cuidados, empezaron a reverdecer algunas de las viejas plantas abandonadas del jardín, y la limpieza brillaba en las pocas piezas que resolvió ocupar. La cocina sobre todo, denunciaba sus cuidados. No podía olvidar que en la amplia pieza un poco ahumada pero limpia siempre, se reunía en las noches de invierno la familia, y se tomaba café, y se contaban las novedades del pueblo. Su madre tenía especial cuidado en la limpieza de la cocina, por que decía que la mujer que la descuida, también descuida el estómago y la salud de los suyos.

Como cocina de pueblo, era amplia, tenía dos ventanas que daban al patio, había pues, luz y aire a diferencia de la generalidad de las cocinas del pueblo. La suya tenía a un lado de las hornillas que estaban hechas sobre una pared de adobe, una especie de pedestal de adobe también, donde era colocado el "metate" indispensable en aquellos tiempos en que todavía los molinos para nixtamal no llegaban sino a las ciudades.

Martina recordaba haber visto siempre aquel metate, sobre el mismo sitio; ¿cuántos años tendría la útil piedra sirviendo en aquella cocina?

Desde que la buena tía se cambió a la casa del pueblo, sucedía que la casa iba perdiendo su fama de "espantable". Varias vecinas pasaban largas horas con Martina, y ella no había escuchado ninguno de los

ruidos extraños que los anteriores inquilinos decían haber oído.

* * *

Crudo había sido el invierno en el pueblo, aquel año; escarcha sobre los sembrados, y las yemecitas de los árboles estaban heladas también. La vieja casona de Martina, era más fría, y parecía más solitaria que de ordinario. Una noche, cuando hubo tomado una ligera merienda, se sintió tan bien al calor del fuego, que pensó trasladar a la cocina una vieja silla de lona de las llamadas de tijera; y acomodarse en ella, cerca de la lumbre...

Como lo pensó lo hizo; largas horas llevaba de dormir, los troncos se habían extinguido en la hornilla, y apenas una tenue claridad entraba a la cocina por la ventana; una rara sensación había despertado a Martina; algo como pasos apagados, como el ruido producido por una larga vestidura de mujer que roza el suelo.... Martina era valiente, pero sintió un miedo extraño, y pensando que era una pesadilla el efecto de todo "aquello" trató de reanudar el sueño, pero un ruido como el que producen muchas cucharas al ser arrojadas sobre una mesa, la despertó del todo. Un tintineo parecía surgir al pie del metate, como si una campanilla de plata sonando a muchas leguas de distancia, rompiera las capas exteriores de la tierra para llegar al mundo exterior... Martina despierta del todo, perdió la sensación de miedo y se sentó sobre la silla. Recordó las viejas consejas familiares, los rumores de que la abuela que era mujer rica, tenía dinero "enterrado"; recordó también la fama de los "espantos" que había ahuyentado a los inquilinos y entonces se dio cuenta de que todo lo que habían socavado en las diversas piezas de la casa, habíase salvado aquella columna de adobe hecha hacía casi un siglo para servir de soporte al "metate"....

Martina no pudo seguir durmiendo; vio las prime-

ras luces del alba colarse por entre las rejas de la ventana; hizo sus labores ordinarias, y provista de lo necesario principió a destruir lo que otros habían dejado intacto...

Largas tres horas le llevó el trabajo; tenía hinchadas y doloridas las manos cuando como a la profundidad de unos ochenta centímetros, descubrió una gran piedra empotrada a guisa de puerta, sobre una excavación recubierta de mezcla.

Martina era serena; lo demostró cuando después de muchos esfuerzos, logró sacar la piedra, dejando al descubierto un saco de cuero ennegrecido, que produjo al moverlo un metálico sonido.

Oro en onzas antiguas, plata en pesos de buena ley, y hasta algunas alhajas de familia, encontró Martina dentro del saco de cuero... Calculó que el tesoro bastaba para rehacer su hacienda, para renovar la casa, para vivir tranquila, y hasta para ir en "carretela" como en los buenos tiempos, a los lugares vecinos.

Lenguas se hacían las gentes cuando Martina, después de un viaje hecho a la frontera dizque a ver a Francisco que la había llamado, empezó a remozar la casa, y a gastar dinero.... Todo aquello era de Francisco -según decía-, quien había hecho fortuna en los Estados Unidos pues en una pequeña propiedad que el muchacho había adquirido había brotado petróleo.

Y Martina era feliz, y seguía siendo buena. Para las gentes del pueblo, era una bendición, y para los chiquillos, una hada madrina que como las de los viejos cuentos, les tornaba realidad sus sueños.

Muy de tarde en tarde, en horas de meditación, pensaba Martina: ¿Qué significaría aquel rumor de faldas de mujer que rozaban el piso, y aquellos sordos pasos que suavemente se deslizaban la mañana en que supo dónde estaba el "tesoro"?

¿Quién era aquella sombra de mujer cuya presencia la despertó al pasar invisible e impalpable a su lado? ¿Era su abuela la rica señora de Santillán, o era su

madre, que estaba también en el secreto y cuya muerte rápida impidió confiarlo?

¿Por qué para todos los que habían vivido en la casa “los espantos” eran causa de terror y para ella no?

Misterios son éstos que nunca logran desentrañarse; causas ocultas que permanecen en la sombra, pero que de tarde en tarde, nos dan la sensación de que existe algo fuera de la vida común de los mortales, una existencia más llena de claridad, que sólo de tarde en tarde tiene exteriorizaciones como las que acabo de narrar.

LA DINASTIA DE COYOTE-IGUANA

QUIZA, más que leyenda, estas páginas sean un pasaje complicado y oscuro de la historia del MEXICO aborigen; pero la ausencia de fechas exactas, y algunos detalles casi increíbles, me hicieron catalogar este episodio salvaje y romántico, entre las leyendas mexicanas.

Fue don Fortunato Hernández, uno de los hombres que más detenida y acuciosamente se ocupó de la vida de nuestras tribus aborígenes; y a su pluma atildada, se deben los datos de este acontecimiento sucedido hace ya muchos años, pero que sigue conservando a través del tiempo su interés.

A una humilde mujer del pueblo, cuyo esposo había sido víctima del salvajismo irreducible de los indios seris, los famosos "Kunkaak", a quien un día, Lola Casanova, la hermosa "reina blanca de los seris" le contó esta dolorosa aventura, prolongada a través de los años en forma llena de acontecimientos disímolos a la par que interesantes.

* * *

La Isla del Tiburón, ha sido desde tiempo inmemorial, el reducto de la tribu Seri. Situada frente a la ciudad de Hermosillo, en la costa bañada por las aguas del Mar de Cortés, la isla no ofrece mayores perspectivas; pero ha sido siempre un refugio para la tribu que considera dicho territorio, como de su absoluta propiedad; varios han sido los gobernantes de Sonora, que han

hecho encomiables esfuerzos por asimilar a los seris a la civilización y todo ha sido en vano; indolencia y pereza, a la vez que valor indiscutible, son características suyas.

En años anteriores, los seris incursionaban frecuentemente por sitios donde había perspectivas de robo abundante; y frecuentemente tuvieron el atrevimiento de llegar hasta las goteras de la ciudad de Hermosillo, sembrando el terror entre los vecinos que se dieron cuenta del peligro; no era raro también verles atacar a los convoyes que por precaución se formaban para hacer travesías de una a otra ciudad, y muy frecuentemente sucedió que tanto el valor como la superioridad numérica, diera el triunfo a los indios en los encuentros tenidos.

María se llamaba la mujer a quien Lola Casanova contó la historia dolorosa; un día, sentada María frente al jacal donde vivía y donde meses antes habían matado a su esposo los seris, vio llegar a un grupo de mujeres de la tribu, quienes se acercaron para tomar agua del pozo. Una de ellas, al sentarse a descansar, dejó al descubierto un muslo blanco y bellamente formado; el contraste de su cara casi negra con aquel muslo mórbido, llamó la atención de María, quien le preguntó a la india:

-¿Eres de la tribu seri, o perteneces a la raza blanca?

-Pertenece hace muchos años; ahora soy una india como otra cualquiera... -contestó casi con indiferencia la interrogada.

-¿Fuiste alguna mujer a quien tomaron "cautiva" los indios?

-Sí; posiblemente tú oirías hablar de Dolores Casanova, ¿no es verdad?

-¿La cautiva de "La Palmita"? ¿Acaso tú eres Dolores?

-Lo fui; ahora soy la mujer de Coyote-Iguana, la reina de los seris- contestó con un dejo de dolor la india.

Y lentamente, fue desgranando el rosario de su vida

azarosa, en que la aventura tejió para aquella mujer, un destino con que nunca soñara.

“Lola Casanova, había nacido en Guaymas, hija de padre español, de mediano acomodo, y de madre mexicana, muy bella y virtuosa. Tenía 18 años, cuando un día en unión de algunos de sus familiares, hizo un viaje a Hermosillo. Eran muchos los que formaban parte del convoy, ya que por la inseguridad de los caminos, muchas personas preferían detener su viaje hasta esperar más viajeros, para tener mayor seguridad en el camino. Nada aparentemente parecía turbar la quietud del paisaje; apenas si el chirriar de las ruedas de los carros sobre los pedruscos del camino, interrumpían el silencio; se acercaba la caravana a “La Palmita” cuando las mujeres comenzaron a dar señales de inquietud, y de pronto, una flecha que pasó silbando trágicamente para ir a hacer blanco en la cabeza de uno de los carreros, detuvo la marcha, para hacer aprestos de defensa; encarnizado fue el encuentro... Balas y flechas se cruzaron con salvaje furia, alaridos de dolor y gritos de angustia llenaron el campo, y por fin, después de casi una hora de combate, los indios resultaron vencedores.

“Cuando Lola recobró el sentido después del combate, se encontró en los brazos de un indio alto y fuerte, de fiera aunque no desagradable mirada; el terror que sintió la inocente muchacha, le privó de la voz pero luego al recordar lo pasado, gritó con angustia indecible, y entonces el indio, en mal español, le explicó la situación. El era el jefe de la nación seri; era hijo de un gran guerrero pima que murió en rudo combate, cuando él era un pequeñuelo que quedó cautivo de los seris; su valor, sus naturales conocimientos en asuntos de guerra, le hicieron captarse la confianza y el cariño de la tribu, hasta que un día delegaron en él el mando, y fue obedecido y querido como jefe.

“Tenía una isla llena de tesoros, era el rey de la

nación más valiente y temida del mundo (de su mundo al menos) y todo lo ofrecía a Lola para que no le abandonara; él se hundiría en las aguas misteriosas para arrancar al fondo de los mares sus más bellas perlas, y arrancaría a los leones las pieles sedosas para cubrir su bello cuerpo, aquel blanco cuerpo de estatua con que el indio había soñado en sus noches de fiebre y de ambición....

“Lola le escuchaba en silencio; un torbellino se había desatado en su pensamiento; el pasado suyo de niña mimada y bella, sus sueños de casarse con el hombre a quien amaba, su casita risueña, sus pájaros, sus flores, sus trajes vaporosos que la brisa guaymense agitara en las tardes bañadas de sol, todo quedaba anulado y muerto ante esta espantosa realidad. La mujer del jefe de los seris, la mujer de un indio, no por hermoso y fuerte, menos salvaje.”

* * *

Pero el destino tiene designios extraños, y el de Lola se cumplió. Desde aquel día rompió forzosamente con su pasado, y se convirtió en la Reina Blanca de los kunkaaks. Al principio, sufrió el desprecio de las mujeres de la tribu, que no la aceptaban como digna, de ser la compañera de Coyote-Iguana; pero el valor y el respeto hacia el jefe, vencieronlo todo, y Lola fue querida y formó parte de aquella rebelde familia aborígen a quien diezma cada día más su horror a la civilización.

Diez meses después del fatídico encuentro en La Palmita nació el primer hijo de Lola Casanova y Coyote-Iguana; fue entonces, según propia confesión, cuando ella comprendió que el pasado había muerto definitivamente; el amor hacia el hijo, y también hacia el padre de aquel hijo, la ligaban a la suerte de la tribu seri. El gran amor de Coyote-Iguana, demostrado en formas diversas, inclusive en los fuertes encuentros que tuvo que sostener contra los cabecillas de los seris, para imponer a Lola como reina, le captaron el cariño de la

muchacha blanca. Lentamente fue perdiendo sus nexos con el mundo civilizado; se acostumbró a pintarse cuerpo y cara de abigarrados colores, como las indias de la tribu, no sintió ya repugnancia por comer carne cruda, y la intemperie no la asustaba ya.

Otros hijos vinieron a separarla más del mundo de los suyos; varias veces, en unión de otras mujeres llegó a Hermosillo, y logró ver a varios miembros de su familia en diversas ocasiones; pero adquirida ya la rebeldía de la tribu, comprendiendo que sería imposible que los suyos vieran en ella a la muchacha perdida hacía muchos años, permaneció impasible, callada, resignada.

Había además la circunstancia de que el amor a su marido y a sus hijos, la ligaba más a la vida del presente que a la del pasado; comprendía que no podía aunque quisiera, asimilarse al ambiente del que la había desplazado su destino.

Coyote-Iguana, envejeció; su largo poderío parecía haber impuesto definitivamente el reinado de la mujer blanca, pero a la muerte del jefe supremo, los indios se insubordinaron, y en salvaje venganza, arrojaron el cadáver de Coyote-Iguana a los perros que lo destrozaron furiosamente. El dolor de Lola fue muy grande, pero pareció resignarse.

Mujer fuerte, esperó pacientemente a que el mayor de sus hijos tuviera la edad necesaria para rescatar el poder que legalmente le correspondía, de la tribu rencorosa que en los últimos días de la vida de su padre, le había hecho sufrir hasta la muerte.

Vengada la muerte de su esposo, Lola conquistó el poder para Coyote-Iguana II, quien habiendo heredado de su padre las dotes de mando y de fuerza, condujo a la tribu por un camino de relativo adelanto, relativo, porque a pesar de todo, los seris siguen siendo al paso de los siglos un conglomerado cada día más reducido, más pobre, más débil.

Durante el poder de Coyote-Iguana II, no cesaron

los ataques y el odio contra Lola; pero su hijo, digno hijo suyo y del valiente jefe pima, la defendió de los ataques, hasta que en un combate, encontró la muerte.

Con su muerte, la tribu se creyó libre de la dinastía de los Coyote-Iguana, pero fue errónea la creencia, pues el segundo hijo más fiero en el combate, más valiente que su hermano, supo imponerse en forma tal, que todos los cabecillas seris que habían permanecido dispersos desde la muerte de su padre, tuvieron que someterse a su mando.

Quizá la sangre de viejos guerreros hispanos, que corría por sus venas, floreció en admirables planes de organización, que dieron como resultado que todo intento de sublevación fracasara, conservando el poder y dando a su madre todas las satisfacciones que pudo, y el respeto a que tenía derecho.

Cuando la paz se había hecho, cuando Lola Casanova olvidaba que era la fundadora de la dinastía de los Coyote-Iguana, a veces, en la puerta de su casa, contemplaba los últimos resplandores del sol, viendo cómo sobre las aguas del Mar de Córtes se irisaban los rayos luminosos dando a las ondas tonalidades rojizas, evocaba aquella otra playa donde se deslizó su vida infantil, aquel Guaymas de caballerescos prestigios, sobre cuyas olas se mecieron tantas lejanas ilusiones... Pensaba en todo lo que había perdido en todo el lapso doloroso que había significado para ella en sacrificios, en una completa negativa de la vida civilizada, para convertirla en la Reina Blanca de los Seris, de estos indios que al paso de los años, le habían impuesto sus costumbres bárbaras... y alguna vez, lloró sobre las ruinas del pasado, un llanto silencioso que estremecía su cuerpo vencido ya por los años y el dolor.... Sólo una luz había en su vida; la pujante juventud de su hijo Coyote-Iguana III, fiero en la lucha, de facciones bellas y de cuerpo de estatua de bronce; amante de su madre

hasta el fanatismo, y continuador de los viejos prestigios de su raza.

* * *

Y en un lejano sitio de aquella tierra donde un día se extinguirá para siempre la tribu Seri, en un triste cementerio indio, bajo la indiferencia de los que pasan sin dedicar una mirada al montoncito de tierra donde duerme el sueño del olvido, seguirá disgregándose el cuerpo de la dulce muchacha blanca que vivió el romance más trágico en la vida de una mujer.

Amada más que nadie, defendida como ninguna, odiada hasta la muerte, tal fue el resumen de la vida intensa de Dolores Casanova. Su historia que tiene más perfiles de leyenda que de realidad, es ampliamente conocida en la región donde vivió. Su recuerdo es querido y ha servido para más de un cuento que inspira tristeza y respeto; la tribu seri sigue en su peregrinaje hacia la nada, porque tendrá que extinguirse un día; ningún esfuerzo, ningún ejemplo, nada ha sido suficiente para dominar su rebeldía, su indolencia, su pereza legendaria.

Quizá en la existencia larga y penosa de esta tribu, lo mejor, lo más bello, lo que encierra una página de belleza y romance, de amor y de fuerza, ha sido la historia de Dolores Casanova; el forzoso entronizamiento de la dulce Reina Blanca, fundadora de la dinastía de los Coyote-Iguana.

Obregón, había un escritorio; mejor dicho, una mesa de trabajo, de cedro rojo tallado por unos viejos ebanistas de Hermosillo, los señores Terán.

Sobre esa mesa, había un florero al que nunca le faltaron las rosas o los nardos; en mis horas de trabajo, sentía un descanso y un agrado indecible, al detener las miradas en las varas esbeltas de las perfumadas flores; sobre ese florero, coloqué un día los corimbos de guayacán que vine cargando con muchos trabajos para no marchitarlos, de mi recorrido por los campos.

Era de Altar, el viejecito que me contó la leyenda de las flores, en su lenguaje sencillo, dándole a todo la interpretación de milagro que nadie como las gentes humildes, saben explicar.

* * *

“Hace muchos años, cuando ni yo había nacido, ni mi padre tampoco -principió don Patricio-, en aquellos pueblos del norte del Estado se sufría mucho; los indios bárbaros llegaban a los poblados y robaban y mataban para correr luego antes de ser perseguidos, llevándose todo lo que podían.

“Mucho habían sufrido ya las gentes, pero resultaban inútiles las persecuciones; eran muy pocos los pueblos donde había hombres blancos en cantidad suficiente para hacer frente a los indios; y en varias ocasiones, se comprobó que habitantes del lugar, les daban los informes de la ausencia de los hombres a fin de que llegaran a cometer sus fechorías.

“Hacía como un año, que al marcharse los indios, se habían robado todo lo que estuvo a su alcance y por desgracia, lo de más valor en su robo, era María Antonia, la hija de uno de los hombres más buenos y más ricos de mi pueblo.

“Desde entonces se había perseguido a los indios tanto por vecinos del pueblo, como por tropas enviadas de la capital del Estado. Pero todo había sido inútil; la

pobre niña no apareció nunca, y el dolor del padre fue sin consuelo hasta su muerte.

“A fin de evitar en lo posible estos casos dolorosos, el sacerdote del lugar, acordó que en lo más alto de la iglesia, se instalaría un vecino cada día, a modo de centinela, para que al avistar a grupos sospechosos, se tocara la campana y se previniera a los vecinos para su defensa.

“Pronto se dio a conocer la disposición del padre Heleno, y de esta manera evitaron en mucho tiempo las entradas de los indios al pueblo”.

* * *

“Era víspera de la Asunción según me contaron; en el pueblo las gentes se alistaban para la gran festividad de su patrona; el padre Heleno había hecho grandes preparativos, y de los lugares vecinos, llegaban ya los devotos peregrinos cargados de flores, de mazorcas, de vinos fermentados rústicamente, pero de efectos seguros. Lucían las mujeres sus mejores galas, y había alegría general en mi pueblo.

Se esperaba la llegada del padre Heleno, que había marchado un día antes, para ayudar a buen morir a un rico y devoto vecino de un pueblo cercano; faltaban algunos detalles de ornamentación, a los que el buen padre debía dar su opinión, y por ello estaban pendientes de su llegada.

Las primeras sombras de la noche empezaban a caer sobre el pueblo, y alguna intranquilidad empezó a reinar entre las gentes al ver que el padre no llegaba; el centinela no distinguía nada ya, y las primeras lágrimas abrillantaban los ojos de las mujeres, como precursoras de la tragedia.

Amaneció el 15 de agosto. El padre no había llegado, y grupos de hombres empezaron la búsqueda, presas de inquietud.

Dos leguas antes de llegar al pueblo, había entonces

una especie de barranca donde crecía toda clase de árboles y arbustos en forma silvestre; bien conocido era el sitio porque las bestias cuando se iban de "pinta" de los sembrados, encontraban refugio en aquel lugar. Una de las partidas de hombres que buscaban al padre, se encaminó hacia aquel rumbo, y antes de llegar a plena barranca, vieron sobre la tierra fresca, gran cantidad de huellas de indios.

El horror se apoderó de todos, pero siguiendo aquellas huellas, llegaron al fondo de la barranca donde sobre el tronco de un guayacán, estaba extendido el cuerpo del padre Heleno.

Sobre la blanca piel del jesuita, grandes manchas amoratadas, denunciaban el martirio a que se le había sujetado; el azul de sus ojos abiertos donde el horror había dejado su tragedia, parecía más intenso por el livor de las ojeras. La sangre que había manado de las heridas abiertas por las crueles ligaduras con que le habían sujetado al árbol, se encontraba seca sobre el tronco y las ramas despojadas de hojas en aquellos días, y las figuras imprecisas parecían extraños tatuajes.

La fiesta de la Asunción, se convirtió en ceremonia fúnebre en el pueblo; gentes de todos los lugares cercanos ocurrieron doloridas, a contemplar al pobre mártir que fue sepultado en la iglesia por la que él tanto había hecho.

Y desde aquel día, los indios no volvieron a incursionar por los lugares antes tan visitados y hostilizados por ellos; pero las gentes de los pueblos cercanos no dejaban de visitar el sitio donde se había consumado el sacrificio del buen padre Heleno. Y a toda hora, había peregrinos rezando al pie del guayacán.

Un día, llegaron al pueblo varios peregrinos, quienes llevaron la noticia de que habiéndose detenido como otras veces al pie del árbol donde habían matado al padre Heleno, vieron con infinita sorpresa, que sobre el tronco, en las ramas hasta entonces sarmentosas, había unas bellísimas flores que nunca habían contemplado.

En todos los árboles de guayacán que había en la barranca, lucía la misma floración de un color maravilloso que era el mismo de los ojos del padre Heleno; aquel azul extraño que una mañana vieron en los muertos ojos del jesuita.

¡Milagro! ¡Milagro! Fue la voz general en todos los pueblos vecinos; enormes caravanas iban y venían para contemplar las flores desconocidas antes, y que según la leyenda popular surgida desde entonces, simbolizaban la sangre del padre Heleno; aquella sangre que un día los bárbaros dejaron sobre el tronco de un guayacán, como un tatuaje misterioso”.

Pasó mucho tiempo desde que escuché la bella leyenda de las flores de guayacán; desde entonces, no las volví a ver nunca hasta un día, en el Estado de San Luis Potosí, confundido con otros árboles, vi un guayacán florecido; pregunté el nombre del árbol, y me dieron uno tan extraño, que no lo conservo en mi memoria; pero sí el guayacán de mi tierra, con sus ramas sarmientosas y sus flores de un azul de milagro, como surgido de la mezcla de la sangre de un santo, y de la mirada azul y buena de sus pupilas inmovilizadas por la muerte.

Barajando recuerdos, me doy cuenta de lo afectos que eran en tiempos pasados los hombres de mi tierra, para forjar leyendas en torno de cada suceso. Las hay tejidas con hilos de romance, con los reflejos del oro de la ambición, con sutiles y hermosos velos de misticismo, y también hechas con los perfumes raros de las resinas olorosas de la naturaleza..

Sonora, en la mayor parte de su extensión territorial, es árido; pero casi la mayor parte de sus árboles tiene una bella leyenda. Desfilarán por estas páginas, todavía, la del mezquite, y la del cacto. En ambas hay la frescura de nuestras raras zonas arbolescentes, y la dulce ingenuidad de las gentes de nuestra tierra, francas y sencillas que todavía conservan las antañonas costumbres de nuestros abuelos, y la dulce hospitalidad de nuestros pueblos.

EL REINO EMBRUJADO DE QUIVIRA

QUE EN regiones inexploradas, situadas hacia el noroeste de la Nueva España, existía un reino fantástico y riquísimo, rodeado de inexpugnables rocas casi talladas a pico sobre las explanadas; que siete ciudades de incalculable riqueza y bellísimos jardines y palacios formaban aquel reino, eran las versiones que habían llegado hasta los oídos ambiciosos de los conquistadores.

En tal forma había crecido la fama de las riquezas acumuladas en el reino de Cibola y Quivira, que el mismo Hernán Cortés, pensó en la organización de una expedición marítima que, siguiendo los descubrimientos en los mares ya recorridos, les llevara hasta las costas más cercanas al esplendoroso reino de Quivira.

Uno de los mejores y más experimentados marinos de la época, era don Francisco de Ulloa y a él confió el mando de una flota compuesta por tres embarcaciones, que zarparon del puerto de Acapulco el 28 de julio de 1589, con rumbo a las costas de Sinaloa.

La expedición de Ulloa resultó un fracaso, pues la única de las naves que le quedó, que fue “La Trinidad”, continuó su marcha hasta el norte, sin haberse llegado a saber de ella jamás.

Fracasado este intento de descubrimiento y conquista de Quivira, continuaron posteriormente sus expediciones los capitanes Rodríguez Cabrillo y Bartolomé Ferreto sin haber logrado llegar hasta las ciudades esplendorosas, meta de las ambiciones de todos los capitanes conquistadores de aquella época.

Ya en aquellos tiempos, la fantasía tornaba en florecidas praderas los valles comunes, y en palacios dignos de las leyendas griegas, las recias construcciones de los indios pobladores de las regiones del noroeste de Nueva España. En esta fantasía se había fundado la riqueza de Cíbola y Quivira.

Fue Vázquez de Coronado el descubridor de las siete ciudades. La relación histórica es escueta y sencilla, pero la de la leyenda es rica en fantasía. De ésta vamos a hablar.

Alvaro Núñez Cabeza de Vaca fue quien primero llevó noticias de la verdad acerca del reino de Quivira, al primer virrey de la Nueva España, don antonio de Mendoza.

Las narraciones hechas por fray Marcos de Niza acerca de la belleza inenarrable de aquella región inexplorada, donde se tendían las siete ciudades más hermosas del mundo, fueron las que despertaron la ambición en todos los expedicionarios de aquel siglo.

Siendo Vázquez de Coronado el que llevaba la comisión de descubrir y adueñarse de la riqueza de aquellas ciudades, emprendió la marcha por regiones vírgenes a la planta humana. Bosques de una belleza no concebida por la mente, se abrían ante sus ojos admirados, representantes de la flora y fauna más desconocidas aparecían ante los expedicionarios cada día.

Estos paisajes de una riqueza de colorido maravillosa, fortalecían más la creencia de que en aquellos sitios podían encontrarse las ciudades tras cuyo descubrimiento marchaban.

Llegaron al fin a un poblado indígena llamado Cicuye, en donde encontraron a un aborigen al que por sus características raciales apodaron "El Turco" y quien hizo la narración más admirable acerca del esplendor y riqueza del reino de Quivira.

Según él, hacía muchos años que de lejanas tierras habían llegado grandes caravanas de hombres de rostros bronceados; por meses habían peregrinado hasta

encontrar en lo que ahora eran las siete ciudades del reino de Quivira, las minas de oro más ricas de la Nueva España. Pero la riqueza de aquellos hombres no la constituía, solamente la minería, había en la región acantilados de donde se extraían cristales maravillosos que después de ser lavados en las aguas de los arroyos, daban luces de mil colores, con los que adornaban los vestidos de las mujeres y las empuñaduras de las armas de los hombres. había también en otros sitios del reino, minas de piedras preciosas, rojas unas como las frutas de los granados, y verdes otras, como las frondas de los árboles en primavera. Los artífices del reino hacían adornos hermosísimos para las mujeres, engarzando aquellas piedras que brillaban como estrellas, en el oro que, extraído de las minas, labraban con verdadero arte.

Los bosques que rodeaban las siete ciudades estaban enriquecidos por árboles que daban frutos de sabor y aroma exquisitos, y había en las sombrías enramadas, los pájaros de plumaje más hermosos que ojos humanos hayan contemplado.

De sus plumas multicolores, se hacían los mantos de los reyes y las princesas y los adornos con que engalanaban sus cabelleras los habitantes de Cíbola. En todas las lenguas que abarcaban las ciudades y los campos y bosques del reino de Quivira existían la felicidad y el bienestar. Animales crecidos en las praderas, sanos y de carnes suaves, eran la principal alimentación de los habitantes de aquel reino extraño y riquísimo.

Diversas tribus, con distintas características raciales y capacitadas en diferentes actividades poblaban las siete ciudades. En las grandes festividades se reunían los gobernadores de cada ciudad y los más altos dignatarios, y nunca, ni en los banquetes de Lúculo y Heliogábalo, hubo tal derroche de manjares y lujo igual al desplegado por los habitantes de Quivira.

Ya en aquellos lejanos días, el jugo fermentado de ciertas frutas silvestres hacía más ostentosa la alegría en las grandes fiestas. Las costumbres de aquellas

tribus en sus relaciones familiares eran de un más alto sentido moral que el que en los tiempos actuales priva en las generaciones civilizadas.

Según el decir de "El Turco", aquellas gentes habían llegado de ciudades remotas, de tierras no soñadas. La forma de aprovechar los metales, de tejer ciertas fibras, con las que hacían telas de vistosos colores, el buen gusto para levantar sus casas, algunas de las cuales eran como suntuosos palacios adornados de losas de colores delicadamente pulimentadas, todo denunciaba en ellos una civilización distinta a la de otras tribus que poblaban las refiones de Nueva España..

Como un sueño lleno de fantasía iba deshilándose en labios de "El Turco" la relación extraña de aquella ciudad. Una fiebre de ambición dominaba a todos los que formaban la expedición, y en los descansos que se veían obligados a hacer para reparar fuerzas y conseguir las provisiones agotadas durante el viaje, la conversación versaba siempre sobre la llegada a las ciudades embrujadas.

Bajo el palio del cielo, viendo brillar las estrellas en la azulada comba, los hombres blancos soñaban en las riquezas descritas por el lenguaje pintoresco del indio guía. Hablando de mujeres, una noche hizo la más extraña relación de los poderes, que según él, tenían las princesas de las siete ciudades.

Platicó que una noche el sueño había huido de sus ojos, y sintiendo el deseo de vagar por las callecillas, iba sin rumbo y embriagado por el perfume de las flores, cuando le pareció escuchar un lejano murmullo, como si muchas voces cantaran en sordina un himno extraño.

Se orientó, y cuando creyó haber descubierto el sitio de donde llegaban los rumores, caminó en aquella dirección, hasta descubrir, a la orilla de un lago, un corro de mujeres vestidas con ligeras ropas que danzaban en la orilla, mientras enormes fogatas iluminaban las aguas tranquilas.

Por largo tiempo estuvo contemplando el extraño rito, pues tal pareció el baile nocturno, iluminado por las llamas que también parecían danzar, hasta que una somnolencia extraña empezó a apoderarse de él. Platificaba "El Turco" que no supo el momento en que perdió el sentido, pues se dio cuenta de su desmayo, cuando el frío de la madrugada le hizo volver en sí. Recordó todo, y buscó restos del festín, huellas de las danzarinas, cenizas de las fogatas, pero sólo encontró un enorme claro en el bosque, y, a cierta distancia de donde él estaba, unas piedras enormes levantadas como los dólmenes de los monumentos drúidicos, tan comunes en la vieja Bretaña. El lago, las fogatas, todo había desaparecido como barrido por una escoba mágica.

Al día siguiente, intrigado el indio por lo que le había sucedido, preguntó a uno de los habitantes de la gran Quivira, qué significaba su rara visión, y el indio en tono de misterio le dijo que había contemplado uno de los ritos celebrados por los habitantes de Cíbola, consistente en rendir homenaje al dios que protegía a las mujeres solteras, dándoles un marido. A esa ceremonia nunca asistían hombres, y si por casualidad o buscando la forma de contemplar la ceremonia algún hombre se acercaba al sitio donde tenía lugar el rito extraño, una de las mujeres que vigilaban el lugar hacía víctima de sus poderes mágicos al intruso, y cuando recobraba el conocimiento a la mañana siguiente, creía siempre que había sido víctima de un sueño.

-¿Y son hermosas las mujeres de Quivira?- preguntó uno de los expedicionarios.

-Tan hermosas como nadie se las puede imaginar. Altas y morenas de grandes ojos oscuros y largas y onduladas cabelleras.... Pero son orgullosas y distintas en todo a las mujeres de nuestras tribus -dijo "El Turco"-; nunca aceptan por marido a los hombres de razas diferentes a la suya.

-¿Y por qué saliste de ese reino maravilloso del que tantas cosas nos cuentas?- insistió uno de los españoles.

-Porque fuera de la gran Quivira estaban mi mujer y mis hijos- dijo "El Turco"-, por esto una noche me alejé al abrigo de las sombras, y caminé largos días por extraviados caminos, hasta llegar al lado de los míos.

-Entonces, si caminaste tanto y saliste de noche de aquellas regiones embrujadas, ¿cómo has asegurado llevarnos a ellas?

-Porque sé el rumbo que ocupaban las ciudades, pues todas las noches, durante el tiempo que duré en ellas, vi brillar las estrellas hacia el rumbo de los cerros del mabibi, y al salir de Cíbola, caminé siempre siguiendo rumbos desconocidos. Yo estoy seguro de que llegaremos...

Y siguieron caminando, embriagados por el vino de la ambición, por el espíritu de lo desconocido. A veces escalaban enormes cerros abriendo brechas en los bosques a filo de machete y luego, durante horas enteras, hollaban arenales donde no existían ni vestigios de vida vegetal.

Extraños rumores turbaban su sueño muchas noches; parecía que de lejanos sitios, de insospechadas alturas, se desprendieran enormes rocas que bajaban por pendientes de escalofriantes proporciones, arrollándolo todo, sepultando en las enormes hondonadas pedazos de cerros milenarios, arrancados por la fuerza de ocultos gigantes.

En otras ocasiones, después de una dura jornada, soñaban en haber llegado a las ciudades encantadas, y que legiones de hombres extraños los recibían con grandes muestras de acatamiento, mientras en las calles peregrinaciones que les llevaban hacia los sitios donde estaban sepultados los tesoros que habían dado fama a la gran Quivira.... Así pasaron muchas lunas, hasta que un día, "El Turco", que se había subido a lo más alto de la copa de un árbol, lanzó un grito de triunfo al mismo tiempo que indicaba con el brazo extendido hacia el noroeste... Cuando bajó les dijo que acababa de divisar los enormes acantilados que limitaban hacia el occiden-

te los grandes territorios ocupados por las siete ciudades. Cuando el sol se ocultara, ellos habrían llegado hasta el pie de los precipicios, allí descansarían, para el otro día, con las primeras luces del amanecer, emprender la última jornada, aquella que les llevaría a las puertas de la ciudad embrujada; Cíbola, capital del reino de Quivira.

Pocos aventureros de los que surcan mares y atraviesan países deben haber sentido la embriaguez del triunfo en la proporción que los hombres que al lado de Vázquez de Coronado iban tras las riquezas fantásticas descritas por “El Turco”.

Se levantaron con el alba; una racha de optimismo había devuelto la alegría a aquellos hombres que sin descanso marchaban en pos de un nuevo vellocino de oro. Rodeando precipicios y sorteando peligros, fueron dando la vuelta a los acantilados. Rumorosas frondas y pájaros de colores raros y extraños arrullos fueron los primeros signos encontrados como justificativo de lo dicho por “El Turco”.

A media carrera iba el sol, cuando anunció el pobre indio que estaban casi a las puertas de la gran ciudad. Dos rocas enormes formaban la entrada a la capital del reino. Embargados por una impresión inenarrable, avanzaron por entre las enormes rocas los primeros soldados españoles de la expedición... Un silencio anunciador de cosas extrañas lo envolvía todo. Ni un ser humano, ni un animal, ni un rumor precursor de vida turbaba la inquietante soledad.

“El Turco” estaba presa de un terror supersticioso; aquel era el sitio donde años atrás él había vivido, admirando el esplendor de la ciudad maravillosa; por aquellas calles, llenas ahora de herbazales, había visto desfilar a hombres fornidos, vistosamente engalanados de telas y de plumas, y a mujeres de admirable belleza, en cuyos brazos morenos se enroscaban serpientes de oro salpicadas de hermosas pedrerías.... Allí estaban los restos de palacios, cuyas ruinas parecían milenarias, y

que él había contemplado a plena luz del sol, levantarse enhiestos como exponentes de una civilización desconocida. Pero un aire de muerte y de misterio flotaba entre los bosques salvajes que antes fueron sitios de recreo de reyes poderosos.

Una lejana esperanza había en el corazón de los ambiciosos expedicionarios: las minas de oro y piedras preciosas que, según "El Turco", existían en cierto lugar de la ciudad.

Hacia el sitio marcharon empujados por la incertidumbre. El indio guía descubrió el camino, reconoció los lugares donde había estado unos cuantos años atrás, pero no encontró ni rastros de que aquellas rocas hubieran contenido riqueza alguna. Parecía que un milenio de años hubiera borrado todo rastro de vida en aquellos sitios, donde hombres de viejas civilizaciones habían marcado con su huella una existencia.

Y al creerse burlados por el buen indio, lo mataron. Solamente cuando la calma había llegado a sus calenturientos cerebros, pensaron en la posibilidad de que poderes desconocidos hubieran obrado su misterio en la desaparición de aquellas famosas siete ciudades. ¿Acaso no les había palticado "El Turco" que una noche había visto danzar a las mujeres alrededor de un lago iluminado por fogatas y que, al despertar al día siguiente, no existía tal lago ni había huellas de fogata alguna?

La gran Quivira, ¿sería solamente el producto de una fantasía en desborde, o era un reino misteriosamente vedado para las razas usurpadoras? Jamás se supo la verdad. Vázquez de Coronado llevó la noticia al virrey de que no existía ninguna ciudad que mereciera la fama de que se había revestido al reino lejano que tantas vidas y dinero costara descubrir.

Y ha pasado a la historia como una fantasía la existencia de las siete ciudades misteriosas del gran reino de Quivira, como existen dudas de la existencia de la Atlántida. Sin embargo, la leyenda teje todavía en torno de las siete ciudades el encaje maravilloso de sus

riquezas, de sus civilizaciones, y del misterio de su existencia encuadrado en los enormes dólmenes que recuerdan los monumentos druidas tan comunes en la vieja Bretaña.

EN OTRA VIDA

EL FRIO mañanero entumecía un poco las manos; caminábamos en silencio. Parecía que el paisaje majestuoso nos impusiera, y que todas las cosas tuvieran un lenguaje distinto, ante el que nuestras expresiones parecieran pobres y deslucidas.

Sobre los lomos de la serranía, alfombrados de pasto verde, nuestra pequeña caravana tenía mucho de las que todavía forman nuestras tribus aborígenes cuando atraviesan regiones desérticas; amplitud de espacio, y silencio de expectación.

Lejos, muy lejos, el azul añil de las sierras se desteñía en violado, y los manchones de los pinos eran sombra en la distancia.

De pronto, la voz aguda de don Chon, que encabezaba la calbalgata, rompió el silencio para preguntarnos:

-¿Alguno de ustedes conoce el pueblo de Tepache?

-Yo sólo conozco la bebida de ese nombre, y de la que de buena gana me bebería una jarra- contestó riendo uno de mis hermanos...

-Estamos a poca distancia del pueblo, por eso les pregunto si lo conocen -insistió don Chon-. Tepache es un pueblo viejo embrujado.

Como si la última palabra fuera una chispa eléctrica, que nos sacudiera a todos por igual, hablamos juntos, sin lograr entendernos, pero todos instábamos a nuestro buen amigo para que contara.

-Cuéntenos don Chon, ¿por qué está embrujado Tepache?- le preguntamos al simpático viejo.

-A estas alturas de la sierra, es imposible ponerse a contar cuentos -contestó don Chon-, se corre el riesgo de un despeñe. Pero a la noche, cuando hayamos llegado al paraje donde debemos dormir, les ofrezco platicarles la causa de que yo considere que Tepache es un pueblo embrujado.

Y al paso cansino de las bestias, seguimos la caminata, embriagados de paisaje. El descenso de la serranía fue maravilloso: "tabachines", flamboyanes de penachos rojos rompían la monotonía verde gris del paisaje, y cuando el sol tenía resplandores de agonía, entramos al valle que se iba ampliando a nuestros ojos, como ampulosa falda de mujer.

Al cobijo de copudos y altos pinos se levantaron las tiendas de campaña. La cena era apetitosa, la larga caminata nos había despertado el apetito, y la perspectiva del cuento ofrecido por don Chon nos tenía expectantes.

Cuando las llamas de las hogueras se habían apagado y quedaban transformadas en enormes braseros crepitantes, reclamamos la promesa al simpático viejo que encabezaba nuestra expedición de cacería.

Hizo recuento de asistentes para saber si estábamos completos, y luego empezó su narración de esta guisa:

Hace cuarenta años conocí Tepache; era como ahora, una calle larga; dividida en dos por el arroyo, pero en Tepache de abajo, hacia la derecha, existían entonces cañaverales y trapiches que hacían más productiva y rica la región.

Yo había vivido hasta entonces en mi pueblo de origen y no había hecho ni siquiera las escapadas que muchos de mis compañeros hicieron a los minerales cercanos, impulsados por la fiebre de la aventura, a conocer otros sitios. Mi vida en el pueblo había sido monótona, contemplativa casi; me gustaba leer, y satisfacía mi deseo leyendo desde la Biblia que era el primer libro que había caído a mis manos, hasta los libros de aventuras que mi buena suerte me deparaba de vez en

cuando. Carlo Magno, Bertoldo, Bertoldino y Cacaseño, Genoveva de Brabante y Las Mil y Una Noches, eran mi cosecha literaria. Por eso mi llegada a Tepache tenía para mí un significado distinto en mi vida; era la primera población que conocía fuera del amplio horizonte que limitaba mi pueblo natal.

Desde la altura de la línea de cerros que limita al pueblo, vi tenderse el caserío rústico, y divisé más a la distancia los sembradíos y las frondas verdinegras de los naranjales. El paisaje en sí era admirable pero no era su contemplación la que me había dejado sorprendido. Todo aquel conjunto, pueblo y campo, lo había visto no sabía si en sueños, o en una vida anterior.

Una luz reminiscente parecía bañarlo todo. Estaba seguro de que yo podía ir por todos los sitios de aquel pueblo sin peligro de equivocarme describiendo lugares comunes, oficinas, etcétera.

Al día siguiente a mi llegada, intrigado por aquel raro fenómeno que se operaba en mi recuerdo, fui por todos los sitios del pueblo, reconociendo o recordando escenas surgidas no sé si de mi desbordante fantasía, o de un misterio que no podía desentrañar.

El viejo molino rodeado de añosos naranjos, de troncos carcomidos, la acequia de altos bordes empedrados por cuyas ranuras nacían helechos de hojas caprichosas y variadas especies, las veredas peladas que llevan hacia el cerro, el carrizal que se divisaba a distancia y donde en pasados tiempos estaba seguro de haberme detenido más de una vez a perforar cañas para flautas primitivas; todo, todo me era conocido, pero sin poder explicar cómo pude conocer todo aquello, si no había salido nunca de mi pueblo.

Los asuntos que llevaban a mi padre al pueblo, le retendrían varios días, semanas posiblemente; sabiéndolo, mi padre me puso en contacto con varias familias amigas suyas, y en esta forma empecé a formar amistad. Cada día los descubrimientos me causaban mayor sorpresa. El extraño fenómeno me intrigaba de tal

manera, que una noche me atreví a platicarle el caso a mi padre.

Para él, todo fueron fantasías de mi mente. No le dio importancia a nada de lo que le platiqué de mis descubrimientos; y sin embargo, eran mayores cada día.

Entre las muchachas que me fueron presentadas, encontré a la que desde luego me simpatizó por su discreción y porque era realmente bonita y buena.

No supimos cómo empezó el noviazgo; cuando se está joven, no se piensa mucho en la forma de decirle a una mujer que se la quiere. Lo cierto es que sin darme cuenta, estuve de novio casi a la semana de haber llegado al pueblo.

Una noche me encontraba en la casa de mi novia, a donde me había invitado ella por celebrarse una fiestecita familiar con motivo de ser el cumpleaños de su padre. Desde mi llegada a la casa, me llamaron la atención tanto la fachada como el zaguán, y varios otros detalles; tenía la sensación de haber estado antes en aquella casa, y lo que es más, tenía la seguridad de conocer la disposición interior de la misma.

Por curiosidad, le pregunté a Carmen (era el nombre de mi novia) si había un corredor en la parte posterior, con grandes arcos, y una tapia de piedra que separaba al patio, del traspatio...

La chica me miró asombrada, y me dijo:

-Oye, ¿pero cuándo has entrado a mi casa que yo no me di cuenta?

-No la he conocido nunca -le dije-, pero creo que así debe ser. Tengo también la idea de que debe haber un horno grande; ¿existe todavía?

-Tan existe, que en él se cocieron las sabrosas empanadas que ahora te voy a ofrecer. Pero, ¿cómo sabes esos detalles?

-No sé explicártelo, desde que llegué a este lugar me han sucedido tantas cosas extrañas, que ya casi las veo naturales. El paisaje, la situación del pueblo, las casas y

hasta muchas personas me parecen conocidas, y sin embargo, jamás salí antes de mi pueblo, por lo que es imposible que conociera nada de aquí.

-Es sorprendente; pero cabe decirte que yo también siento la impresión de haberte conocido antes.

-El día que fuimos presentados, me pareció que alguna vez te había visto, pero sin poder precisar dónde, no le di importancia al asunto porque como dicen en casa que sueño más de lo debido creí que en alguno de mis fantásticos sueños te había visto.

-No siento miedo de lo desconocido, Carmela, pero tengo la seguridad que soy víctima de un fenómeno raro.

Hay muchas cosas que necesitan explicación en lo que me sucede, y no la encuentro. Hay en tu pueblo infinidad de cosas que me son conocidas y hasta familiares, y yo no he vivido aquí, ni siquiera había estado de visita antes.

-Bueno, déjate de pensar ahora en ello; lo importante es que me conociste, que nos amamos, y que en breve vendrás a llevarme para siempre contigo -dijo mi novia y pensé que obedecerla era lo mejor.

Los negocios de mi padre no se arreglaron en la forma satisfactoria que él esperaba. Terminó pues nuestra visita a Tepache, antes del tiempo en que él creía haber terminado sus asuntos, y tuve que despedirme de mi novia con muchas promesas de regresar pronto por ella, y con la íntima seguridad de hacerlo.

* * *

Pasó un año pródigo en mala suerte para mi padre. Estando él ya al tanto de mi intención de casarme, hizo un esfuerzo para arreglar las cosas en forma de que realizara mis deseos y en marzo del año siguiente el más caro de mis sueños fue una realidad.

Durante mi ausencia, la madre de Carmen había muerto, por lo que la ceremonia se celebró en privado. El padre de la novia, me impuso también la condición de

que, mientras Ernestina, su otra hija, regresaba de Hermosillo a donde había ido a atenderse una seria enfermedad, nosotros viviríamos en la casa, pues los hermanos pequeños de mi novia necesitaban sus cuidados.

* * *

Hacia un mes que me había casado. Esa tarde, había regresado del campo un poco cansado; mi padre, para que aprovechara mejor el tiempo de mi estadía en Tepache, me había encargado la compra de una partida de ganado que pensaba vender en Estados Unidos, y todos los días, salía en compañía de mi suegro para ir realizando la compra.

Esperaba que Carmela se desocupara de un asunto, para salir a una visita, y mientras esto sucedía, me tendí en una silla de tijera, bajo las arcadas del corredor, y me adormecí.

No sé el tiempo que transcurrió en aquella especie de sueño, pero de pronto me ví muchacho de unos 8 años, montado en la rama de un árbol que crecía exactamente sobre el horno. Era el anochecer. En la penumbra de aquella hora, vi acercarse a un hombre que no conocía y detenerse exactamente en la parte anterior de la entrada del horno. Llevaba una azada y una pala y le vi perfectamente remover unas piedras y después de un rato, sacar algo así como una vasija y luego volverla a meter en la hendedura que me suponía debía existir en aquella parte del horno, y cubrir con una poca de argamasa las ranuras de las piedras que había quitado.

La contemplación de todo aquello, despertó mi fantasía, y quise, antes de que el hombre se perdiera de mi vista, saber quién era; hice un movimiento para dejarme caer de la rama, pero fue tan mal calculado dicho movimiento, y era tanta la altura que perdí el equilibrio y caí malamente. El dolor, me hizo despertar

del sueño. Me senté y me di cuenta de que exactamente frente a mí, estaba el horno, pero no había ningún árbol. Curiosamente me acerqué, y con profunda sorpresa me di cuenta de que a unos cuantos pasos del horno existían los restos de un viejo tronco que debió ser talado hacía muchos años. Entonces me acerqué a la puerta del horno en que vi que el hombre había maniobrado, y nada anormal encontré.

Esa misma noche, platiqué en parte mi sueño, pues no quise referirme a lo que había visto hacer en el horno y con profunda sorpresa de mi parte, mi suegro me dijo:

-De veras que es extraño ese sueño; tomando en cuenta que nunca habías estado aquí, y que desconoces por lo mismo la verdad que hay en él. Esta casa, perteneció hace varios años, a una familia del pueblo de Moctezuma, que a consecuencia de una desgracia que tiene relación con tu sueño, vendió la casa y abandonó el lugar.

Eran mis vecinos, un matrimonio ejemplar. Gentes de dinero, con un solo hijo, venían frecuentemente a pasar temporadas con el padre de ella que vivía entre nosotros desde hacía muchos años.

La última temporada que pasaron aquí, sucedió la desgracia. El chico que tenía 8 años, se subió a un árbol que había exactamente a un lado del horno; nadie supo cómo sucedió pero el muchacho cayó desde la altura de una rama desgajada, y sufrió una conmoción cerebral que a la mañana siguiente le llevó a la tumba.

Una semana después, el matrimonio abandonó el pueblo al que nunca más volvió, pues quien les iba a ver era el viejecito que tres años después del accidente, murió en un ataque que hicieron las tribus yaquis sublevados. Entonces fue cuando me ocurrió la idea de comprar la casa, lo que hice en buenas condiciones.

El árbol fue talado desde esa fecha. Todavía se ven

restos del tronco, ¿ya ves como alguna relación hay en tu sueño, con la verdad?

* * *

Dos días después, en unión de mi esposa, removimos unas piedras de la parte anterior del horno y encontramos en una vieja vasija de barro monedas de oro por valor de ocho mil pesos y en billetes de banco americanos, 25,400 pesos. Todo aquello era la fortuna del dueño de la casa, ganadero rico, del que no se sabía lo que hacía con el dinero. Parte de aquella fortuna le entregué a mi suegro, y con el resto me trasladé a otro pueblo donde viví y pude hacer la pequeña fortuna que ahora es a tranquilidad de mis hijos.

¿Que cómo explico todos estos misterios? En la forma en que les dije al hablar de Tepache; es un pueblo embrujado. Alguna vez conté parte de estas cosas a un francés muy culto que vive en mi pueblo, y me dijo que había en París una agrupación de hombres de ciencia, que me pagarían a peso de oro este relato. En cambio a ustedes se los he hecho gratis...

Nos dormimos cuando la Osa Mayor nos decía que era ya más de medianoche y todos los de la cacería soñamos esa noche con el tío Chon y sus misterios. ¿Será este relato una nueva aportación a la creencia de que el alma reencarna en otros cuerpos? Todo puede ser....

LA PRINCESA MARS RAT

LABIOS abuelos deshilaron la madeja de la leyenda en un lluvioso atardecer.

Sucedió esto, cuando las regiones norteñas no tenían fronteras, cuando las ambiciones humanas no habían creado el engranaje que en los actuales tiempos ha convertido a la Humanidad en una carnicería general. Tribus llegadas de remotas tierras habían marcado su huella sobre nuestras praderas y nuestros desiertos. Los reinados de entonces no se significaban por el esplendor, sino por la disciplina y sumisión de los gobernados. Reyes y súbditos iban semidesnudos y defendían sus tierras en forma primitiva, pero valiente.

Ya en el sur de las tierras de Anáhuac, los conquistadores blancos había marcado con sangre sus derroteros. El estallido de las armas de fuego había rivalizado con el del rayo, única fuerza que lograra con el rugir de los leones en la selva, romper los silencios milenarios de nuestras tierras.

El avance de la conquista era un hecho; pero entre las selvas caminaba la civilización hecha despojo y muerte. Iban marcando la ruta de los blancos, los cuerpos morenos de nuestros indios indómitos y reacios a la esclavitud. Años cruentos fueron aquellos para conquistadores y conquistados; pero la lucha seguía acicateada por la ambición de los unos, y el concepto de libertad y justicia de los otros.

* * *

En aquel reino donde se deshila nuestra leyenda, no

existían los palacios que han hecho famosos a Yucatán y a Oaxaca. El rey vivía en una choza más amplia y más cómoda que las de los súbditos a quienes gobernaba, y él y su familia, vestían de acuerdo con su rango, pieles mejores que los otros.

La princesa Marsrat, hija mayor del rey Uubik, que en la lengua pima quiere decir “pájaro” era una bellísima muchacha de piel color de canela y líneas de estatua. Dos ojos, como dos inmensos capulines maduros, fulgían en aquella linda cara. Era el ídolo de la tribu; para ella era las mejores piezas de las cacerías nocturnas, los mejores frutos, y las flores más raras..... Plumajes de matices multicolores formaban sus vestidos que en los días ordinarios eran cortos, dejando ver sus maravillosas piernas al aire, y en los días de grandes fiestas, sus trajes eran mantos de plumas regias artísticamente tejidos por las doncellas de su corte.

Rumores alarmantes habían llegado a las tierras del rey Uubik, relacionados con la aparición de extraños hombres blancos, seguidos de indios de otras tribus lejanas, que venían a ejercer su dominio sobre todos los lugares conquistados.

La princesa estaba enferma.

Once días tenía ya la gravedad de la hermosa Marsrat; todos los hombres más viejos de la tribu habían dado sus consejos, los sacerdotes habían hecho rogativas a los dioses, pero la enfermedad extraña no cedía; la pobre princesita se moría de un extraño mal, las que ayer eran formas de estatua por la morbidez y por la delicadeza de la línea, no eran ya sino unas pobres formas minadas por el mal, despojadas de su belleza y de su fuerza. La corte estaba triste, ni el avance de las gentes blancas que traían consigo la esclavitud, había podido dominar la abulia reinante.

Era el atardecer del día decimonono, de la gravedad de Marsrat. Hasta el palacio del rey llegó un indio de cansado aspecto, pero en cuyos ojos brillaba una alegría

extraña. De rodillas ante el rey, le explicó el motivo de su llegada.

Pertenecía a una tribu hermana, que había caído ya en poder de los hombres blancos. Entre los conquistadores, venía un hombre viejo, al que todos respetaban y llamaban padre; un día, él había visto al padre curar a un indio del que nadie tenía esperanzas de vida. El era testigo de que tres días después, el enfermo andaba y comía como si nunca hubiera estado enfermo.

Sabiendo de la grave enfermedad que aquejaba a la princesa, había logrado burlar la vigilancia y por atajos diversos, había llegado a decirle que la única salvación de la hija del rey, estaba en las manos del padre que venía con los blancos.....

El rey de Uubik le escuchó sin interrumpirle, y luego le habló de este modo:

-Tú irás hasta donde están los blancos, y traerás al padre de que me hablas; prométele que si sana a mi hija, yo le daré riquezas y compartirá a mi lado el poder. Pero que venga él solo, pues mi tribu vería con malos ojos que no aguardáramos a los blancos para presentarle pelea, sino que nos anticipáramos a traer sobre nosotros a los enemigos.

-Pero, ¿y si el padre rehusa abandonar a los suyos?

-Me responderás con tu vida, si mi hija muere sin que ese hombre extraño haya tratado de salvarla...

* * *

Clareaba la mañana, cuando llegaron al palacio del rey Uubik el mensajero y el padre Tiburcio, miembro de la expedición del capitán Ramiro de Ulloa. La princesa se moría. Los lindos ojos carecían de luz y expresión, y apenas si un aliento débil acusaba un resto de vida.

El padre Tiburcio, que antes de seguir la carrera eclesiástica había estudiado medicina, conoció luego cuál era el mal que se llevaba a la princesa; principió por darle una pequeña dosis de un medicamento para hacer

descender la fiebre, y siguió luego combatiendo la enfermedad lenta, pero seguramente; tres días después, la princesa Marsrat estaba fuera de peligro.

Las risas alegres volvieron a resonar en la mansión real, la alegría era general, y el padre Tiburcio era colmado de atenciones. Pero él necesitaba volver a los suyos; así lo hizo comprender al rey Uubik, quien no entendía razones, pues no aceptaba que aquel hombre milagroso que había salvado la vida a su hija, se alejara de su reino.

El padre Tiburcio le hizo comprender el peligro de que si él no regresaba a donde estaban sus compañeros, éstos vinieran a buscarlo, y se apoderaran del reino.

La oposición fue general; el padre Tiburcio no se iría, y si sus compañeros venían en su busca, pelearían..

Sereno, consciente de su deber, el padre aceptó quedarse, pues su misión era la de hacer el bien a los indios y difundir entre ellos su religión; posiblemente aquel cariño que le manifestaban, le ayudaría a realizar su apostolado en forma más eficiente.

Lamentaba que su escaso botiquín se fuera terminando, pues las diversas enfermedades que diezaban a los indios y que él cariñosamente combatía, habían terminado con los polvos milagrosos que le permitían combatir las altas fiebres que parecían endémicas entre la tribu.

Un mes hacía que el padre Tiburcio estaba entre los pimas; sus compañeros parecían haberle olvidado, y él se sentía cada vez más contento del éxito que iba alcanzando en el desempeño de su misión civilizadora. Ya la princesa Marsrat entendía castellano suficiente para servirle de intérprete y gustaba de hablar con él, acerca de ese Dios invisible del que el padre Tiburcio le platicaba milagros nuevos cada día.

* * *

Fría estaba la mañana de aquel día de marzo. El

padre Tiburcio madrugador por costumbre, habíase alejado más de lo ordinario por entre las selvas intrincadas que rodeaban la vieja ranchería pomposamente llamada ciudad real. Cada una de sus excursiones, se significaba por una nueva cosecha de las hierbas más conocidas en la medicina. Pero había muchas plantas desconocidas y raras que estaba seguro de que debían tener extrañas virtudes terapéuticas.

Cargando una brazada de ramas de un maravilloso color verde, llegó el padre Tiburcio hasta la casa una mañana. Le salió al encuentro la princesa con el rostro ensombrecido y los ojos con señales de haber llorado; con su castellano incipiente le explicó al padre Tiburcio, que en la ciudad había más de veinte enfermos del mismo mal del que la había salvado a ella; todos pedían que el padre les curase, pero como ella estaba al tanto de que los milagrosos papelitos que encerraban los polvos medicinales se habían acabado, no se explicaba cómo el padre iría a contrarrestar la amenaza que pesaba sobre él, pues si no curaba a los enfermos se le condenaría a muerte.

No por salvar su vida, sino por cumplir con su apostolado, el padre Tiburcio empezó su noble misión de médico. Al cuarto día, cinco enfermos habían muerto, y otros nuevos pedían su atención.

El rey Uubik no entendía razones; para él, no eran las medicinas, sino la voluntad del padre la que podía sanar a los enfermos. La amenaza estaba suspendida sobre su cabeza; si continuaban los muertos, su vida peligraba.

En silencio, la princesita lloraba; ella sí entendía claramente el problema; pero no le encontraba solución. Sus ruegos habían fracasado ante la persistencia de su padre.

Al quinto día, los enfermos habían aumentado, y el rey había dado órdenes para la ejecución del inocente sacerdote. Dos días hacía que la princesa no aparecía fuera de su casa. Al atardecer de aquel quinto día

trágico, Marsrat se acercó a los enfermos que había más cercanos a su casa, y les presentó en una vasija de barro nuevo, una bebida rara; de color verde intenso, que tenía más la apariencia de una sopa aguada, que de otra cosa. Dos eran los enfermos en aquella casa, y a los dos, con múltiples esfuerzos se les hizo beber el raro menjurje.

Media hora después, unos fuertes vómitos atacaron a los indios enfermos, y a poco menos de una hora de aplicado el tratamiento, la fiebre había bajado, y un sueño más o menos tranquilo se había apoderado de los enfermos.

Como una samaritana aborigen, la princesita fue de casa en casa ofreciendo la rara medicina.

Al día siguiente, los enfermos habían recobrado la temperatura normal, y ni una sola muerte se había registrado. Uubik estaba admirado; el padre había recobrado su libertad, y la princesita, de rodillas ante una imagen del crucificado, lloraba de alegría.

* * *

Poco después, el padre Tiburcio se daba cuenta del milagro.

La princesa Marsrat, cuando consideraba perdida la causa del padre Tiburcio, había rogado al Dios bueno de los blancos, ante el crucifijo que el padre tenía cerca de su cama, y como única ofrenda, le había colocado unas ramitas de las hierbas traídas por el padre Tiburcio, y que permanecían en brazadas casi olvidadas. Mientras la princesa elevaba su ruego fervoroso, sintió que sobre su cabeza inclinada había caído algo.... Buscó, y encontró que una ramita de las que había colocado sobre el crucifijo, había caído sobre su cabeza... Miró el crucifijo, y sintió que sobre sus ojos, estaba fija la mirada buena del mártir, vio en sus labios exangües una sonrisa, y creyó interpretar el mensaje divino. De la brazada de hierbas seleccionó las más frescas, y las molió

en un metate, hasta formar una masa compacta; agregó agua y tamizó el jugo, y fue llena de esperanza y de fé a ofrecer la bebida a los enfermos; el resultado superó a sus esperanzas. Todos los indios se salvaron, y sobre todo, se salvó la vida del anciano admirable.

Fue hasta entonces que el padre Tiburcio supo el nombre con que era conocida aquella planta que él creyó un arbusto, y que después contempló en todo su crecimiento como un árbol: el mezquite.

Desde entonces se conocen las virtudes terapéuticas de este huésped maravilloso de las sierras áridas, que crece profusamente, que se desarrolla como por arte de milagro en sitios donde no hay agua, y donde la vida vegetal es precaria.

Cuando llegaron los conquistadores a las tierras del rey Uubik, el capitán don Ramiro de Ulloa prendóse de la princesa Marsrat (que en la lengua pima quiere decir luna), haciéndola su esposa. El padre Tiburcio platicó días antes de la boda, al capitán Ulloa, cómo su novia había sido la descubridora de una maravilla científica. El mezquite, cuyos beneficios son ampliamente conocidos.

Labios abuelos enriquecen la leyenda, diciendo que en muchas poblaciones de origen pima, del norte de la República, hay muchas lindas descendientes de la princesa Marsrat, que sin llevar el nombre de la capitana de Ulloa conservan la tradición de sus bondades y el brillo maravilloso de sus ojos de capulín maduro.

LA LEYENDA DEL CACTO

NADIE que haya visitado la parte norte del país, ignora que hay grandes regiones donde abundan los cactus de todas clases, desde los que a distancia, y perfilándose sobre el horizonte parecen grandes cirios palatinos, hasta los pequeños de forma casi circular que son conocidos por las clases populares con el nombre de “cabeza de viejo” y que en el campo científico son designados con el nombre técnico de “*Cephalocereus senilis*”.

Esta vegetación abundante en los terrenos de Sonora, no carece de belleza; hay cactus que dan una floración rara y bellísima, y un perfume exótico, inconfundible.

Recuerdo que en la casa de mi abuela materna había a todo lo largo de un alto tapial, una variedad de cactus muy conocida y que daban unas bellísimas flores blancas de un perfume exquisito: mi abuela les decía “reinas de noche” porque empezaban a abrir su corola al atardecer, durando abiertas hasta las primeras horas de la mañana; la vida de estas flores es sumamente efímera, pero como se dan en profusión, el aspecto que ofrecen las plantas al anochecer, es maravilloso.

La leyenda que voy a narrar en esta ocasión, se refiere al cacto conocido con el nombre de “cabeza de viejo”.

* * *

Ya alguna vez me he referido a la existencia entre

nuestra familia, de un viejecito inteligente y bueno, que endulzó muchas de nuestra horas infantiles, y tenía en el cerebro un repertorio de leyendas y cuentos, verdaderamente interesantes.

Esta leyenda nos la contó una mañana, en que a la salida del sol, emprendimos el viaje rumbo al rancho de "Cuesta Mala" propiedad de una hermana de mi madre, y sitio predilecto de toda la chiquillería de la familia, para pasar las vacaciones.

Los alrededores de "Cuesta Mala" son bellísimos: altas montañas rodean la casa del rancho, y distintas veredas, llevan a lugares diferentes pero bellos. No hay vericuetos del rancho que no conozca yo, porque mi delicia en aquellos días felices, era trepar cerros, y hacer de alpinista, para robar pasionarias a los roquedales abruptos.

La mañana a que me refiero, era bellísima; sol en todos los recodos del camino, dorado las altas copas de los árboles, y prendiéndose en las frondas rojas de los flamboyanes; sol en los arroyos y en las piedras, y sol en el alma nuestra que empezaba entonces la jornada de la vida.

Cuando nos cansamos de correr, íbamos a medio camino, y sobre el lomo de una serie de colinas donde pocos chamizos crecían; en cambio, abundaban los cactus de todos tamaños y formas; flores amarillas, rojas, de tono coral, pero bellas todas.

Casi a nuestros pies, crecían otros cactus de forma redonda cubiertos en su totalidad de espinas blanquísimas que les daban la apariencia de cabezas encanecidas; don Paulino nos dijo que por eso se llamaban "cabeza de viejo".

-¿Y por qué no tienen flores?- preguntó Manuel mi hermano.

-Las dan y muy bellas -nos dijo el viejecito-; pero como todavía no empieza a llover, por eso no florecen. Estos cactus que abundan en todo el Estado de Sonora, tienen una bella historia que se remonta a muchos años

cuando todavía no nacía yo. ¿Quieren que se las cuente?

En un instante rodeamos al viejecito y caminando despacio, fuimos escuchando su plática:

-Debe haber sido por estos rumbos -comenzó- por donde llegaron hace varios siglos los primeros españoles que pisaron tierras sonorenses.

-¿De dónde llegaron? -preguntó “Chalú” mi primo.

-De España; ¿de dónde habrían de venir? -contestó amoscado don Paulino.

-Pues por aquí no entraron; ¿dónde está el mar que tenían que haber abandonado para llegar hasta aquí? -insistió mi primo.

-Mira, no molestes -díjole nuestro narrador-; yo no sé si entraron por aquí, pero llegaron a estos lugares, eso es indudable; recorrieron leguas y más leguas buscando sitios poblados, y sobre todo, tratando de encontrar un pueblo de indios ópatas que pudieran informarles de la existencia de una mina riquísima que sabían existía hacia estos rumbos.

Después de días y días de camino, encontráronse con una partida de indios ópatas que habían salido de cacería, y por medio de un sacerdote del que se habían hecho acompañar, lograron hacerse entender de los nativos. Deseaban saber la exacta ubicación de la mina de “Babicarona” que según datos que tenían era la mas rica en producción de oro de todos aquellos lugares.

El más viejo de los indios un hombre casi centenario, de apergaminada tez y blanca cabeza, pero de vivísimos ojos, explicó al sacerdote que dijera a los hombres aquellos que era inútil que buscaran la mina; nadie sino los hombres de su raza, sabían donde se encontraba la propiedad, y no lo dirían nunca, puesto que él era su jefe, y no lo permitiría.

Deliberaron durante varios minutos los españoles, y ante las continuas negativas del indio a darles la dirección siquiera del sitio que su ambición deseaba, acordaron llevárselo en rehenes hasta que él o uno de sus hombres, cambiara de opinión.

No hubo resistencia de parte de los indios; el número de los extranjeros era mucho mayor, y las armas suyas no se podían comparar a las endiabladas de los hombres blancos.

Caminaron los conquistadores, durante varias horas, hasta llegar a un lugar por donde corría en tiempo de lluvias un ancho arroyo, seco ahora, Escaseaba la vegetación a ambas márgenes; pero abundaban los cactus en una gran extensión.

Próxima a caer la tarde, acordaron sujetar al viejo indios a un suplicio para obligarlo a confesar el lugar donde estaba la rica mina. Consistía el tormento en hacer un hoyo profundo en las arenas del seno del arroyo seco, y enterrarle dejándole solamente la cabeza fuera. A la mañana siguiente llegarían al sitio para ver si había cambiado de opinión.

Inútiles fueron las suplicas del sacerdote para que no llevaran a cabo aquel suplicio; el indio era viejo, y exponiéndole a las picadas de los bichos o de algún animal venenoso, solamente conseguirían el odio y la venganza de parte de la tribu.

La sentencia se cumplió; al anochecer abandonaron al jefe de los ópatas, enterrado hasta el cuello en las arenas del arroyo, mientras ellos caminaron a guarecerse en unas chozas encontradas a dos o tres leguas de distancia.

* * *

Apenas una leve claridad rompía las sombras de la noche, cuando los conquistadores avanzaron sobre el sitio en que habían dejado al viejo; a varios metros de distancia del sitio se encontraban, cuando el sacerdote forzado por los españoles empezó a preguntarle al indio si estaba dispuesto a confesar el lugar donde estaba la mina.

Un silencio absoluto reinaba; sobre las arenas, las pisadas se apagaban, y al llegar a donde la mancha blanca de la cabeza acusaba el lugar del tormento, el

capitán Villegas se inclinó para coger con ambas manos la cabeza del indio, y saber si estaba desvanecido; un grito de dolor y de miedo interrumpió el silencio de los campos, mientras sobre la arena rodaba el cuerpo del capitán retorciéndose en raras convulsiones de dolor.

Los primeros rayos del sol que aparecían por entre las cumbres de la sierra, contemplaron un espectáculo raro....

El cuerpo del capitán Villegas se había inmovilizado por la muerte, habían quedado adheridas a sus manos las punzantes y aceradas espinas de una "cabeza de viejo" que estaba exactamente en el sitio en que la tarde anterior había estado la cabeza del indio ópata. Las manos del español, al querer tomar con fuerza la cabeza del pobre supliciado, se había herido con gran número de espinas, y cada herida producida por ellas, era una llaga espantosa de color rojizo y purulento. Algún veneno violentísimo había obrado sobre la sangre del pobre capitán.

Los indios que les servían de guía a los españoles, empezaron a dar señales de sorpresa y de miedo, y explicaron al sacerdote, que aquel viejo al que habían tratado de arrancar su secreto, era el rey de los ópatas, hombre de grandes poderes ocultos y que de seguro, por medio de ellos, había logrado liberarse dejando en su lugar aquella "cabeza de viejo" envenenada para castigar la osadía y la ambición de los hombres extraños.

* * *

Doloroso fue el regreso de los españoles a tierras conquistadas; la muerte del capitán Villegas había destruido su valor; no pudieron seguir adelante en busca del tesoro que esperaban encontrar, la sed los atormentaba y cuando los indios les indicaban que los cactus tenían una especie de agua espesa que apagaba la sed, al evocar la horrible muerte del capitán preferían

aguantar esperando llegar a un sitio donde hubiera agua.

Mientras tanto, en el pueblo ópata, los indios festejaban la salvación de su jefe con grandes fiestas.

Nadie ignora que los indios tienen una asombrosa facilidad para descubrir rastros y escuchar pisadas de hombres o de animales, a través de grandes distancias; les fue fácil pues, localizar el sitio donde estaba su jefe, al que lograron sacar antes de que hubiera sufrido daño alguno.

Como la acción cometida por los hombres blancos merecía un castigo, pusieron en el sitio exacto que había ocupado la cabeza del jefe, una piedra de forma redonda y color blanco que había sido embadurnada de una substancia venenosa que sabían preparar a base del veneno de la víbora de cascabel u de otros animales ponzoñosos. Como vimos, la venganza fue completa, pues en pocos minutos pereció el capitán Villegas. ¿Qué milagro transformó la piedra en cacto espinoso y blanco? Nadie lo supo jamás.

La mina que costó la vida a éste y muchos otros hombres después ha quedado perdida entre la serranías de Sonora; nadie sabe el sitio exacto donde queda, y se han gastado, por nacionales y extranjeros, grandes fortunas en su busca, hasta haber encontrado en sus rocas pedruscos de oro casi puro. Esta es la leyenda del cacto "cabeza de viejo" que desde entonces, tanto abunda en estos lugares, terminó don Paulino.

Cuando él concluyó la leyenda, estábamos frente al rancho; había que bajar la pendiente a la carrera, como siempre lo hacíamos.

Allá abajo, tía Chú nos esperaba sonriente.... Habría elotes asados, queso fresco, requesón y todos aquellos deliciosos platillos que tanto nos gustaba saborear. A la derecha, se levantaba el corral formado de altos y espinosos cactos entrelazados, donde se encerraban las vacas para la ordeña. Y mi inquieta niñez borró la tragedia de la leyenda, para entrar a la alegría de la vida;

y empecé a gritar con todas mis fuerzas: Careta, Careta ya llegamos. (Careta era mi vaca predilecta.)

CALLEJA DEL COCHE FANTASMA

MOCTEZUMA (antes Oposura) es una villa fundada por los opatas cogüinaches el año de 1644. Situada a los 29, 48' 22" de latitud norte y 10, 29' 50" de longitud occidental, fue siempre una de las poblaciones de mayor importancia en la región oriental de Sonora. Conservó su antiguo nombre de Oposura, hasta 1828 en que por Decreto de fecha 9 de septiembre, se llamó MOCTEZUMA.

Los hechos que narro en seguida, carecen de verdad histórica, siendo una de tantas leyendas escuchadas hace muchos años, de labios de un viejo residente de aquella población.

* * *

Corría el mes de mayo de 1914. Durante muchos años, Moctezuma había sido la cabecera del Distrito del mismo nombre; era población alegre, pintoresca, semi-levítica, apenas modificada por la efervescencia revolucionaria. El pueblo, está situado al sur de Cúmpas, otra población fundada también por ópatas, y que tiene un amplio historial en los anales revolucionarios.

Como toda ciudad vieja, en los muros arcaicos y en los carcomidos tapias de Moctezuma, había más de una leyenda escondida, que en las noches de invierno adormecía a campesinos y a ciudadanos.

Moctezuma a diferencia de Cúmpas, era la ciudad aristocrática, residencia de los hombres que formaban los más fuertes capitales del Distrito; viejas casas

semicoloniales de patios florecidos prestigiaban la alcurnia de la simpática población, y hermosas mujeres despertaban la admiración de propios y extraños.

Razones que ignoro, llevaron a mi madre a Moctezuma, y a mis instancias la acompañé; pronto no hubo calle ni calleja que yo desconociera ni leyenda que ignorara... Para ello tenía los mejores guías en dos chicas monísimas, que a la salida de misa de once, me llevaban a recorrer sitios pintorescos, por las calles bañadas de sol.

* * *

Un atardecer, charlábamos sobre asuntos intrascendentes, cuando pasó a nuestro lado un viejo alto, encorvado por la edad, pero en cuya figura se adivinaba no sé qué, de misterioso a la vez que de atrayente.

-Mira -dijo una de mis compañeras-, allí va don Matías, ¿qué nueva leyenda andará "urdiendo" para seguir sacando tazas de café?

-¿Y en qué forma lo hace- inquirí.

-Este viejo es un Matusalén -dijo Eva-. Sabe la historia de todo Moctezuma de un siglo a la fecha; a cada gente le saca su milagro, y cuenta cada mentira, más grande que la catedral; sin embargo, a veces cuando no tenemos qué hacer, le invitamos al café y le hacemos que nos cuente algo del tiempo pasado; nos divierte de verdad....

-Pues es necesario que antes de que yo regrese a Cúmpas, le invitemos una tarde para que nos cuente una de sus leyendas -dije a mis amigas.

No era problema difícil concertar una cita con el buen viejo; así que al día siguiente, en el patio de la casa de la familia Sánchez, sentado don Matías en una cómoda mecedora, y rodeado por un grupo de cinco

muchachas curiosas, dio principio a la fantástica leyenda así:

* * *

“Tendría yo unos ocho o diez años, cuando conocí a un hombre que debía tener cerca del siglo de edad; estaba perturbado de sus facultades mentales, y era frecuente verle horas enteras de pie, en la esquina de una calleja formada por la calle Juárez, y un amplio baldío que durante muchos años existió.

Una noche, en mi casa habían cenado varios amigos de mi padre; y no sé a propósito de qué, recayó la conversación en el viejo don Nicolás, y en la causa de su locura.

Al parecer, mi padre sabía la historia y se dispuso a contarla pero antes, me hicieron despejar el lugar... A esa edad, mi curiosidad fue más fuerte que todo y fue muy sencillo para mí, colarme por una puerta y esconderme detrás de una mampara desde la que me era fácil escucharlo todo.

Era don Nicolás en sus tiempos -dijo mi padre- uno de los hombres más arrogantes y más ricos de Oposura; joven soltero, era el mejor partido de la población, y más de una muchacha de las más bonitas, bebía los vientos por él...

Su soltería, empezaba a dar en qué pensar, y al poco tiempo para nadie era un misterio que estaba enamorado de una hermosa mujer, casada con la máxima autoridad del Distrito.

Muchos trasnochadores, contaban que a las altas horas de la noche, se le veía envuelto en su capa, calado el sombrero de anchas alas, detenido en la esquina del Callejón del Cuartel, esperando.

Un año hacía que aquellos ilícitos amores eran la comidilla de las gentes, cuando empezó a notarse un cambio en la manera de ser de don Nicolás. Marchaba a veces por la calle, y si escuchaba el rodar de un coche

detenía la marcha inmediatamente, y con gesto expectante esperaba el paso del vehículo.

Las personas que observaban esto, encontrando raro el suceso, cuchicheaban, y empezó a correr el rumor de que don Nicolás estaba loco....

Cuando no hubo duda alguna sobre el desequilibrio del pobre hombre, uno de sus íntimos esclareció el misterio:

* * *

Don Nicolás, tenía íntimas relaciones con la esposa del señor X y después de media noche, se entrevistaban en una pieza apartada del viejo caserón que ocupaba la dama. Percatado el marido celoso de que su mujer le era infiel, para ponerse a salvo de murmuraciones, una noche lóbrega y triste, la condujo en cerrado coche, por difíciles caminos, hacia un sitio solamente conocido por él.

* * *

Largas noches de espera pasó el enamorado don Nicolás esperando la contraseña de la bella para entrar al improvisado paraíso de sus culpables amores, inútilmente... Los días se sucedieron en carrera lenta, dolorosa, pero no volvió a saber de la mujer amada; el dolor fue poco a poco abriendo una brecha hacia la locura, y una noche, mientras esperaba en la esquina de la calleja donde siempre lo hacía, escuchó en el silencio, el rodar de un coche sobre el empedrado.... Inusitado era el caso y por ello se quedó para ver quién, a tales horas, pasaba en coche por aquellas estrechas calles; pronto el ruido arrancado por los cascos de los caballos sobre los adoquines de la calle, estuvo tan cerca de él, que retrocedió hacia la pared para evitar el atropellamiento;

pero, sin haber logrado ver “la carretela”, la sombra proyectada por el vehículo pasó untada a las piedras de la calle, mientras una voz angustiosa salida de no sabía dónde, le llamó tres veces: “¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Nicolás...!”

Aquella primera vez, pensó el mozo que sus noches de vigilia habíanle ocasionado un debilitamiento que, agudizado por dos copas de licor bebidas hacía poco, le habían hecho ver visiones; pero a la noche siguiente, y las sucesivas, el fenómeno se repitió exactamente igual; y fue entonces cuando todos en Oposura, empezaron a darse cuenta del extraño modo de obrar del pobre mozo; los coches le inspiraban repulsión; el suyo, no volvió a salir de la cochera, y raras preguntas hechas en todos los sitios que frecuentaba, hicieron que nadie pudiera dudar de su estado mental.

Fue la suya una locura serena, sin sacudidas fuertes; por largos años siguió haciendo la guardia en la esquina de la calleja donde antes esperaba la dulce contraseña amada... Muchos de sus contemporáneos murieron, el mismo marido celoso y vengativo, se había alejado de Oposura, y muerto lejos; pero el pobre loco, seguía alimentando la ilusión de que algún día, la amada debía volver.

Cuando ya su figura alta, envuelta en la negra capa era exótica en el medio adelantado de Moctezuma,¹ cuando hasta el nombre del pueblo había cambiado y las costumbres y las cosas también, en el fondo de un precipicio, fueron encontrados los restos de un carruaje, despeñado quizá accidentalmente hacía muchos años; pues el esqueleto de una mujer y las osamentas de un tronco de caballos, así lo hacían pensar.

Fue entonces cuando las gentes se dieron cuenta de que en su venganza, había sido excesivamente cruel, la máxima autoridad del Distrito.

Y el amigo de don Nicolás, que sabía lo que había originado la extraña locura del enamorado, pensó y comentó, que de seguro aquel coche fantasma, que

misteriosamente pasaba noche a noche, y aquella voz de mujer que salía quién sabe de qué recóndito sitio, eran los mensajes que desde el más allá, venían a consolar al pobre hombre que todavía esperaba...

Cuando se supo el tráfico final de la hermosa infiel, la gente, dada siempre a las consejas, empezó a llamar a la calleja, la "del coche fantasma" y cuentan muchos, que por curiosidad, o envalentonados por unos buenos "tragos" de vino, fueron más de una vez, a las altas horas de la noche, a esperar el paso del carruaje; y, cosa rara, varios fueron los que escucharon sobre los adoquines callejeros, el chirriar de las ruedas, y el chasquear de un látigo, en premura de carrera. Nunca vieron la sombra del coche, pero sí escucharon una voz suave, un semejo de lamento que parecía modular en el silencio lóbrego: "¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Nicolás!...."

Y duró largos años el calvario silencioso del pobre loco, terminó Matías; un amanecer el sereno le encontró rígido, en la esquina de la calleja... Y lo raro fue, que al trasladarlo a su casa, todos los que estuvieron cerca de él, comentaban aquel persistente perfume de violetas que emanaba de la barba y de la cabellera emblanquecida del pobre viejo...

De violetas, era el perfume que usaba la amante de don Nicolás....

Hace treinta años, todavía se santiguaban las mujeres, al pasar por la estrecha calleja -comentaba don Matías.

* * *

Y hace veintiséis años que el viejo Matías me contó esa leyenda, y todavía siento la impresión del misterio que emana de las calles estrechas y los muros carcomidos de aquellos pueblos...

EL LOCO DEL NIVEL 700

GENTES de todos los pueblos circunvecinos, formaban la flotante población del mineral “La Escondida”, famoso por su riqueza en todo el norte. Extraña era la caravana que se veía desfilar entre el claroscuro del amanecer... Hombres fuertes, de paso rápido y raídas indumentarias pasaban llevando el inseparable “candelero”. Eran los que acudían al ríspido llamado del “pitazo” para bajar hasta las profundidades de la mina, por aquel “tiro” varias veces trágico.

El mineral era alegre. Geométrico en la construcción, tenía en el anochecer un encanto innegable prestado por las luces del caserío que tendido sobre las faldas de los cerros parecían un campo poblado de cocuyos.

Alguna vez, el rasgueo de guitarras acompañaba la voz bien timbrada de algún nocturno cantor; en otras, los “gallos” populares al pie de la ventana de alguna muchacha bonita, rompían la uniformidad casi monótona de la vida del mineral.

“LA ESCONDIDA” tenía sus tipos populares: don Víctor, era el poeta del lugar; nadie sabía de dónde había llegado, ni recordaba cuándo; versificaba con asombrosa facilidad y a diferencia de muchos que se creen poetas de verdad, don Víctor vivía de sus versos, pues un soneto más o menos bien rimado, le daba derecho a un almuerzo, a una comida, o a una mala cena; otro de los tipos populares, era Marcelina Pacheco, la muchacha más hermosa del mineral, y la más trágica, una “mujer fatal” pues dos hombres habían muerto por

ella; y el tercer tipo notable era “el loco del nivel 700”, cuyo desequilibrio mental databa de varios años, y cuya causa dejaremos explicada en esta breve narración.

El loco del nivel 700 era un pobre ser inofensivo, cuya locura consistía en vestir la indumentaria propia de los mineros, y llevar siempre consigo un “candelero” cuya punta había sido cortada para evitar peligros; el loco, vivía aconsejando a todos los hombres con que tropezaba a su paso; “si te mandan a trabajar al 700 no hagas caso; no vayas, pues Eduardo el tapatío, lo tiene embrujado y no deja que entren las barretas, así rompas el marro”.

Un día, uno de los mineros más viejos de “La Escondida” me platicó el caso:

Hacía varios años que el loco había llegado al mineral; era un hombre sano y fuerte, al que animaban grandes deseos de trabajar. Durante tres o cuatro meses, se le habían designado ocupaciones en diversas galerías; siempre había cumplido su trabajo a conciencia. Los mismos compañeros de Esteban (era el nombre del loco), aseguraban que nunca había dado muestras de desequilibrio mental alguno, por lo que fue una dolorosa sorpresa para los mineros del nivel 700 verle una mañana, con los ojos desorbitados, con la boca espumante y los cabellos en desorden, gritar con toda su fuerza: “Allí, allí entre el metal arrancado por el último ‘barreno’, está un hombre salido de la roca, que me mira...”

Rápidamente fue sacado al exterior, y conducido al hospital, donde Keller, el médico encargado de la sala de los afectados de enfermedades nerviosas, le sujetó a detenido examen, para terminar diciendo que el hombre había perdido el juicio.

Estuvo sujeto a un tratamiento durante varios meses pero siendo la locura inofensiva, se le dejó salir; la Compañía minera le daba ropa y alimentos; y la vida del pobre Esteban transcurría sin cambio alguno.

Lo extraño del caso, no era la locura de Esteban,

sino la causa que la originó; algún tiempo después supe detalles que me hicieron pensar en esos misterios extraños que acaso tarde la ciencia varios siglos en esclarecerlos.

Hacia un año, cuando Esteban llegó al mineral, que dentro de la mina y precisamente en el sitio en que el loco decía que había aparecido un hombre, tuvo epílogo una tragedia inolvidable.

Vivía en “La Escondida” una bella mujer, “amiga de hacer favores” pero de raros caprichos a pesar de su vida disipada. Entre los mineros había un “contratista” Carlos Aguirre, que a pesar de ganar bastante dinero y no ser mal parecido, era mal visto por la bella mujer.

Carmen “la gitana” como la llamaban, tenía preferencias por un simple minero; un “chicharrero” de atléticas formas, de rostro bronceado y de sonrisa ingenua; sin habérselo propuesto, habíase conquistado el amor de la mujer en forma tal, que a las primeras palabras que él hubiera dicho Carmen gustosa hubiera abandonado “aquella vida” para consagrarse por completo al amor de Eduardo.

Despechado Aguirre por la forma indiferente con que lo trataba “la gitana” y dándose cuenta de que la causa era Eduardo, trató de perjudicar en todas las formas al muchacho, moviendo intrigas para que se le quitara el trabajo; pero como Eduardo era un buen trabajador, un muchacho ordenado, hasta entonces habían fracasado todos sus intentos de arrojarle de la mina.

Durante los días en que sucedió la tragedia, Carlos Aguirre tenía un trabajo en el nivel 700. Por diversos motivos habían faltado algunos de sus “barreteros” y pidió entonces a un compañero que le mandaran siquiera un hombre más. Y por azar o empujado por esa fuerza que se llama destino, le fue enviado Eduardo...

El crimen, como ave agorera le dio un aletazo en la

mente a Carlos. A setecientos pies bajo tierra, en un trabajo peligroso como aquél ¿quién podría darse cuenta del verdadero motivo porque Eduardo no atendiera la voz de alarma y se quedara en la galería hasta el momento en que estallara “el barreno”?

Y madurado el plan, lo puso en ejecución. En el sitio en que designaría para que trabajara Eduardo, horadó lo suficiente para colocar los cartuchos de dinamita necesarios para producir la explosión que pudiendo parecer accidental, matara a su rival..

Su experiencia le sirvió para calcular matemáticamente casi, el momento en que se produciría la explosión; llamó a Eduardo y con el pretexto de que había dejado olvidado un rollo de cañuela, le mandó al sitio exacto en que había colocado la carga de dinamita; la búsqueda de la cañuela, que no podía ser encontrada porque nada había dejado Carlos, hizo que cuando el último rayo de la mecha le indicara a Eduardo el peligro, no tuviera tiempo de ponerse a salvo....

En varios fragmentos fue encontrado su cuerpo algún tiempo después cuando a los gritos de Carlos, acudieron presas de terror los mineros que trabajaban en otras galerías. En varios de los trabajadores hubo sombras de duda, ya que sabían la enemistad que existía de parte de Carlos, para Eduardo; pero nadie se atrevió a externar sus pensamientos por miedo a la venganza de Aguirre.

Carmen “la gitana”, para quien el crimen fue claro, desapareció un día de “La Escondida” sin saberse el rumbo que había tomado; había sido en vano el crimen cometido en el pobre Eduardo. Varios trabajadores enviados al “nivel 700” habían manifestado nerviosidad al trabajar sobre la roca donde la sangre y la masa encefálica de Eduardo, habían quedado formando caprichosas figuras; más de uno, había asegurado oír el chisporroteo de una mecha que nunca llegaba a hacer estallar la dinamita invisible, pero que sí amenazaba hacer estallar el juicio de ellos.

Otros trabajadores, decían que varias veces habían escuchado en la esquina donde había ocurrido la tragedia, una especie de ahogado suspiro, como si un hombre sufriera la apretura de una mano sobre su garganta, y alguno, más dado a la fantasía, había jurado que en la oscuridad rota apenas interinamente por la flama de la vela, había visto la alta figura de Eduardo destacarse sobre el fondo de la pared rocosa de la mina... Las consejas habían seguido, y una especie de supersticioso terror se fue apoderando de aquellos hombres, hasta el grado de que no hubo uno que quisiera trabajar en el “nivel 700”.

Aprovechaban la llegada de trabajadores nuevos que ignoraban lo sucedido, pero que a los pocos días, por confidencias de otros compañeros, o por “cosas que les sucedían”, se negaban a trabajar en aquel lugar.

Era frecuente escuchar las conversaciones entre los trabajadores. A uno le habían detenido en alto el marro. A otro, le cuchicheaban al oído, sin llegar a entender nada de lo que decían. A otro, le cambiaban de sitio sus barrenas, y al de más allá, le habían apagado de un soplo la vela...

Si alguna duda hubieran tenido los mineros que estuvieron presentes el día de la muerte de Eduardo, de que Carlos no había sido ajeno a las causas que originaron la tragedia, se hubieran desvanecido al ver la forma en que el hombre rehusaba detenerse en el “nivel 700”.

Con un gesto de miedo mal encubierto, escuchaba las consejas relacionadas con las apariciones y los sucesos extraños de que tanto se hablaba; y de tal manera se fue apoderando de él un terror inocultable, que acabó por abandonar el mineral un día, sin que se supiera el rumbo que siguiera.

Hacía poco tiempo que Carlos Aguirre abandonara el mineral, cuando llegó Esteban, y sucediera el caso doloroso de su locura.

Y pasaron los años con la indiferencia acostumbrada

dejando sobre la tierra tragedias y comedias de finales inesperados.

La casualidad me llevó un día al viejo mineral; su fisonomía había sufrido un cambio casi completo. A los caseríos geométricos tendidos sobre las faldas ampulosas de las montañas, habían sucedido los caprichosos chalets, de ventanas festoneadas de rosales trepadores; más lejos, las casas de los obreros eran más humanas viviendas que en otros tiempos; nuevos acontecimientos habían sucedido en la curiosidad de los mineros, a las consejas de aparecidos que en pasados días, habían escalofriado a jóvenes y viejos.

Y como era natural, se me ocurrió preguntar por “el loco del nivel 700”.

-Ya no está loco -se me dijo-, un choque nervioso demasiado fuerte le desequilibró el cerebro, y otro choque de la misma intensidad, le volvió a dejar en su sitio las ruedecillas milagrosas que hacen caminar la maquinaria cerebral... Y para probar que hay un destino, fue el asesinato de Eduardo Ontiveros, o sea Carlos Aguirre, quien devolvió el juicio al “loco del nivel 700”.

Carlos Aguirre, hostilizado por el recuerdo amargo de su crimen, volvió un día a “La Escondida”. El vicio del alcoholismo había hecho de él su presa. Bebía de la mañana a la noche, y se pasaba la vida en la taberna. Un día, sentado frente a la barra de la cantina, bebía su brebaje, cuando llegó el loco; siguiendo su costumbre, se acercó a donde estaba Aguirre, y le cuchicheó al oído: “Si te mandan a trabajar el 700, no hagas caso, no vayas, pues Eduardo el tapatío lo tiene embrujado y no deja que entren las barretas”....

Aguirre, al escuchar el nombre de su víctima, sintió un ataque de miedo y de furor, y encarándose con el loco, le dijo al mismo tiempo que sacaba de entre sus harapos un filoso “candelerero”:

-¿Conque tu sabes la historia del nivel 700? Pues

para que no la recuerdes, voy a hacer que esta barreta sí te entre....

Y trató de hundir el filoso instrumento en el pecho del pobre loco, que empujado a tiempo por el fuerte empellón de un parroquiano que se dio cuenta de lo que iba a pasar rodó por tierra...

Cuando encamado ya en el hospital, donde le curaron el ragaño causado por la punta del "candelero" el loco volvió en sí, grande fue la sorpresa de los médicos y de todos los presentes, al darse cuenta de que la razón brillaba de nuevo en los ojos inteligentes del que hasta entonces había sido conocido por el loco del nivel 700.

* * *

Vuelto a la razón Esteban, nunca se ha explicado debidamente el terror qué le hizo perder el juicio por largos años; solamente tiene la certeza de haber contemplado en la semioscuridad, a un hombre que recargado sobre la roca, le contemplaba fijamente.... Y aún ahora, cuerdo ya, asegura que aquel hombre, no era de este mundo....

CITA DE ULTRATUMBA

FLOTA en la vida de provincia un halo de romanticismo y de misterio; hay siempre en los pueblos viejos y alejados de las ciudades una leyenda a flor de labio, una conseja donde hay aparecidos y donde el milagro es como rosa extraña y sugerente.

Abundan en los pueblos de Sonora enclavados en las estribaciones de la Sierra Madre las leyendas que tienen a veces un fondo de realismo; una de estas consejas es la que voy a narrar a mis lectores. La oí de labios de mi abuela una noche de plenilunio en unión de una docena de muchachas jóvenes y parlanchinas.

Mi dulce viejecita tenía como pocas personas la facilidad de hacer interesante cualquier relato; por ello, mis primas y algunas amigas gustábamos de secuestrarla a veces bajo la sombra de los limoneros florecidos, y bajo la caricia de la luna, le imponíamos el rescate de un cuento o de una de “aquellas cosas que habían pasado en su tiempo”.

Ella, bondadosa y amable, accedía siempre a nuestra súplica y creo que más de una vez, agregó algo de su cosecha al cuento trillado... fantasía en el surco de su vida pródiga en dolores, pero que ella llevó gallardamente, como sabían hacerlo las matronas de su tiempo.

-Voy ahora a contarles algo que pasó hace muchos años -empezó mi abuela-, pero es algo realmente misterioso que no supimos nunca descifrar quienes conocíamos el caso.

En este pueblo los hombres han sido siempre

rebeldes; ello se debe quizá a la mezcla de sangre de tribus autóctonas caracterizadas por su altivez.

En la época del imperio, en el pueblo se formaron dos bandos diferentes; las clases acomodadas, que se daban humos de aristocracia, estaban con la causa imperialista, mientras las gentes humildes, simpatizaban con la causa republicana.

Vivía entonces en este pueblo una familia descendiente de españoles, rica, y de la que formaba parte una bellísima muchacha llamada Rosario, que era la adoración de sus padres y de cuantas gentes la trataban.

Entre los admiradores de Rosario -que eran los mejores partidos del pueblo-, ella distinguía a un muchacho inteligente y bueno, pero que carecía de bienes de fortuna. Se llamaba Ricardo Aguirre, y aunque era bien visto por Rosario, sus padres en cambio, no aceptaban las relaciones de los chicos, poniendo la objeción de que Ricardo no le convenía, porque "carecía de porvenir".

Pero los muchachos se amaban... Para burlar la vigilancia de los padres de Rosario, aprovechaban las primeras horas de la noche, para hablar por el balcón; y para evitar una sorpresa, se reunían los días en que el padre de la niña salía a jugar el tresillo con el señor doctor del lugar, y su madre se dedicaba a sus devociones en apartada estancia. Habían convenido en que cuando Ricardo se acercara al balcón, silbando la hermosa, y entonces en boga, "Serenata de Shubert", Rosario le daría a entender que podía esperarla, prelu-diando al piano la misma música.

Varios meses hacía que duraba el idilio, cuando la agitación nacional con motivo de la llegada de Maximiliano al trono de México, hizo que surgiera una honda división entre los hombres del pueblo al deslindarse los bandos. Ricardo, muchacho de convicciones y patriota a toda prueba, se alistó en las filas de los republicanos luciendo la verde escarapela de las tropas pesqueiristas.

La noticia de la movilización de las fuerzas de voluntarios republicanos, sembró el desconcierto y el dolor entre sus familiares. Los simpatizantes del Imperio hacían creer que contaban incondicionalmente con el apoyo de Napoleón III y que la fuerza de Maximiliano era invencible; Ricardo, joven, entusiasta y patriota, fue de los primeros en estar listo para la marcha; le conmovía el dolor de su madre y sus hermanas, pero no vaciló en su decisión; solamente las lágrimas de Rosario, le abrillantaron los ojos, pero él supo consolarla.

La última noche que se vieron, la fantasía y el entusiasmo de Ricardo forjaron triunfo tras triunfo para la causa republicana, y ante los ojos inocentes de su novia, la figura de Ricardo, vencedor en cien combates y luciendo las insignias de coronel -cuando menos- se levantaba aureolada de raros prestigios y capacitada para vencer la resistencia de sus padres al matrimonio tan deseado por los dos muchachos.

Todo podía suceder, la fe y el amor que ambos se tenían les hicieron ver el porvenir menos sombrío.

Y llegó la hora del adiós; entre las fuertes y morenas manos del galán, Rosario dejó las suyas blancas y pequeñas como palomas mendrosas; y a guisa de bendición besó la frente de Ricardo ingenuamente; pero él, audaz como casi todos los hombres, besó apasionadamente la boca de su novia mientras le decía:

-Amada, yo volveré... no sé decirte cuándo, pero volveré... alguna noche, cuando menos lo esperes, la melodía de Shubert te anunciará mi regreso.... No llores, que he de venir un día.

Y yo te esperaré, Ricardo; te esperaré, anhelante tras las persianas, como ahora, y oiras el prelude de la música de Shubert, que te llamará.

* * *

Y pasaron los días y los meses; aquella lucha accidentada y difícil proporcionó pocas oportunidades

a Ricardo para escribir a su amada; las cartas llegaban a veces con dos o tres meses de retraso, a veces no llegaban nunca.

Terminó la guerra; la bandera republicana ondeó en todas las ciudades y pueblos de la patria; los hombres volvieron a sus hogares satisfechos del deber cumplido, pero Ricardo no volvió nunca. Nadie supo dar razón exacta de él; se sabía que había tomado parte en muchos combates en el centro del país, pero nadie supo asegurar si había muerto.

El dolor de Rosario, era más hondo, cuanto más silencioso; todas sus amigas se habían casado ya mientras ella rehusaba los mejores partidos. Era que seguía con una lejana esperanza; la vuelta de Ricardo.

Accediendo al fin a las instancias de sus padres, Rosario se caso un día. José Luis se llamaba su esposo; era bueno, y la amaba no ignorando, por haber sido amigo de Ricardo, la profunda pasión que su mujer había tenido por el muerto; dos hijas vinieron a endulzar la vida de Rosario, quien pareció olvidar.

Casi veinte años habían pasado desde la desaparición de Ricardo; la vida de Rosario era plácida; sus hijas y su esposo la habían hecho olvidar el idilio de su juventud.

Una aguda dolencia tenía postrada en cama a Rosario, desde hacía unos días; noches de angustia habían ensombrecido el rostro de sus hijas y de su esposo. El peligro había pasado, según el médico, y una noche, como a las dos de la mañana, mientras José Luis y Blanca, la hija menor de Rosario descansaban, Julia velaba muy cerca del lecho de su madre; sobre la blancura de la almohada se destacaba su cara pálida pero bellísima; la enfermedad apenas si había acentuado el azul de las ojeras, y una sonrisa parecía vagar por entre los labios de la enferma; su respiración era acompañada, normal.

La quietud pueblerina apenas si era turbada a veces por el estridente ladrido de algún perro guardián; cada

dos o tres horas, José Luis se acercaba al lecho, y viendo que su esposa descansaba, instaba a Julia para que reposara en su cama, sin lograrlo, marchándose él.

De pronto, una sensación de inquietud, despertó a Julia; vio a su madre con los ojos cerrados, tranquila, y escuchó tratando de comprender la razón por la que había despertado; de pronto, lejanamente, distinguió un silbar acompasado, que al acercarse, se convirtió claramente en la melodía de la serenata de Schubert que algún traspasador silbaba. Un brusco movimiento de su madre, le llamó la atención, y al volverse se dio cuenta de que Rosario tenía los ojos abiertos y que escuchaba atentamente al nocturno paseante...

Y Julia vio cómo al escuchar aquella melodía, su madre se incorporaba y sin hacer caso a las súplicas de su hija, envuelta en los amplios pliegues de su bata, cruzaba de la recámara a la sala, dirigiéndose al rincón donde se encontraba el piano... La vio levantar la tapa, como si no estuviera enferma, y con un brillo de alegría en los ojos, su madre dejaba correr sobre el teclado los dedos ágiles, iniciando el prelude de la serenata.

Julia no ignoraba el romance de juventud de su madre; y al darse cuenta de la fuerza inesperada con que se había levantado del lecho, y al verla pálida, envuelta en aquella blanca vestidura y bañada por la penumbra que en la sala producían los rayos de la luna al colarse por la ventana abierta, sintió una impresión rara, como de miedo a lo desconocido.

José Luis y Blanca, al escuchar los acordes del piano, a tal hora, se levantaron sobresaltados; en la puerta, se detuvieron al lado de Julia, y como ella, contemplaron la blanca figura cuyas manos se deslizaban sobre el teclado arrancándole dulces notas... Y de pronto, el misterioso silbido se hizo más claro, más distinto, y todos vieron cómo Rosario, al levantarse, vacilaba, y hubiera caído, si los fuertes brazos de José Luis no la hubieran detenido.

Al volverla a dejar sobre el lecho, los tres escucharon

al inclinarse sobre ella, cómo decía: “Al fin has vuelto, Ricardo, cuando no te esperaba ya... No te vayas, espérame”; y quedó inmovilizada por la muerte, a los ojos de los que tanto la amaban...

Las últimas frases pronunciadas por Rosario, no fueron un misterio para nadie de quienes habíamos conocido su primer amor; pero para todos, continuó siéndole el silbar misterioso del extraño paseante nocturno. ¿Qué desconocidos poderes dieron fuerza para levantarse de su lecho a Rosario, y llegar hasta el piano y tocar el preludio en respuesta al dulce apremio del cantor callejero?

* * *

La casualidad hizo que algún tiempo después se supiera que Ricardo había muerto en Michoacán combatiendo a las fuerzas imperialistas, bajo las órdenes del guerrillero Nicolás Romero.

Cuando abuelita acabó de hablar, un silencio de seda se tendía en torno nuestro; la brisa de medianoche, había desprendido una lluvia de azahares, de las copas nevadas de los limoneros; inquietud de romance y de misterio flotaba en el ambiente; besamos a la bella viejecita que tan lindas cosas sabía contar, y medrosas, en grupo, como temerosas a lo desconocido, nos alejamos escoltadas por nuestras propias sombras que la luz de la luna agrancaba fantásticamente.

Y ahora que han pasado tantos años, a veces todavía me pregunto: ¿Qué misterio existe en todas esas cosas que parecen coincidencias extrañas? ¿La muerte de Rosario fue cosa natural o es que acudió a la cita dada por su amado hacía veinte años?

SONOT LA PRINCESA OPATA

LA TIERRA norteña, era más feraz en aquellos lejanos tiempos. Sobre las montañas, las nubes tejían rara encajería cada mañana y cada tarde; los campos eran pródigos. Rubios maizales tendían su cabellera de oro sobre los valles, y las tribus que poblaban las extensas llanuras eran grandes en su valor indómito y en su fuerza, y en su audacia guerrera.

En un lugar de belleza imponente, donde caprichosas montañas parecían desafiar al infinito con sus roquedales atrevidos, había sentado sus reales una tribu fuerte, de hombres bronceados que no temían al peligro. Era la tribu ópata, cuyas costumbres y adelantos fueron notables. Hablaban, según el padre Gerónimo de Zárate Salmerón, un dialecto diferente al idioma “cahíta” hablado casi por la generalidad de las tribus que poblaron el norte de la República.

Fueron las tribus yaqui, mayo y ópata-pima, las principales de las que formaron el Estado de Sonora; su poder, su grado de adelanto, su facilidad para asimilarse a los hombres de la conquista, fueron quizá los factores decisivos en su vida, ya que después de cuatro siglos de existencia, siguen formando gran parte de aquella región. Según opinión de las personas que detenidamente han hecho estudios sobre estas razas autóctonas, sus costumbres, sus dialectos y su adelanto, justifican la creencia de que formaron parte de la gran raza nahoa, que en su peregrinación hacia el sur, fueron dejando diseminados diversos grupos que vinieron después a formar varias tribus.

Los ópatas son considerados como los más valientes indios de los que formaron el antiguo Sonot. Sus características raciales se han perdido casi, hasta confundirse con los blancos, ya que fueron de los que menos resistencia pusieron a la unión de sus mujeres con los conquistadores.

Hace cuatrocientos años, en un sitio maravilloso por su belleza, se levantaba un pueblo donde los hombres eran laboriosos y valientes, y las mujeres bellas y sumisas. El nombre de aquel pueblo ópata, se ha perdido entre el tamo del tiempo y entre las nieblas de la memoria.

Rodeaban a las casas extensos jardines, y en las orillas del poblado tierras fertilísimas ofrecían la abundancia de sus maizales a las monos laboriosas de los hombres. Reinaba en la región el príncipe Pichicho (Aguila, en castellano) admirado y querido por todos sus súbditos; hombre justiciero, pero severo a la vez para castigar las faltas de los suyos. Era su alegría y su esperanza una hija a la que amaba doblemente por ser única y por parecerse como una gota de agua a otra, a la mujer que fue su compañera.

Bahehueche (Rocío de la noche) era el nombre de la princesa; pero todos la llamaban Sonot, apodo al que se había hecho acreedora desde sus tiernos años, ya que cuando el maíz empezaba a madurar, ella gustaba de abrir las mazorcas y apoderándose de los rubios hilos de las panojas, se los enredaba en la cabeza formándose así, una original melena rubia que le gustaba irse a contemplar al espejo de la cercana laguna.

Serena era la vida de los hombres de aquel sitio; valientes hasta la temeridad, eran sin embargo, respetuosos y trabajadores. Conservaban la paz con los pueblos vecinos, y engrandecían su heredad con un encomiable esfuerzo colectivo.

Sobre los riscos atrevidos que rodeaban a la ciudad por el poniente, se destacaban en los atardeceres las siluetas de los pinos esbeltos y audaces, simulando

grandes cirios palatinos encendidos en un país de ensueño.

En la montaña tapizada de verde, desplegaba su blanca serpentina el camino abierto hacia tierras casi desconocidas; desde la rústica terraza de la residencia del príncipe Pichicho, se observaba el camino blanco que en ondulante cinta ceñía a la montaña... Los ojos soñadores de Sonot, escrutaban tarde a tarde aquella vereda sugerente por la que su loca fantasía soñaba a veces ver descender en caravana interminable a hombres de otras razas ornados con el prestigio de lo novedoso y de lo audaz.

La dulce Sonot, hasta entonces había permanecido sorda a las palabras y ciega a las miradas de los príncipes, hijos de los amigos y vecinos de su padre, que en los días de grandes ceremonias ocurrían de los lugares cercanos. Ella soñaba en el amor, pero en un amor distinto al rutinario y vulgar amor de las mujeres y los hombres de su raza.

En la roca viva, a la derecha de la cascada de aguas espumosas que hacía más fértil el lugar, tras la cortina de encinas centenarias, los súbditos de su padre, habían hecho para Sonot, un baño. Desde la altura, el agua caía a plomo formando encajerías de espuma y los tazones enormes hechos por manos humanas a la vera de la cascada, estaban siempre rebosantes del cristalino líquido... Silvestres enredaderas entrelazadas a los troncos esbeltos de los pinos, hacían discreto el sitio, a la par que deliciosos.

A la hora en que Sonot tomaba su baño, el sol fileteaba de oro la espuma de la cascada; envuelto el cuerpo de líneas estatuarias en la manta de grecas caprichosas, se detenía para contemplar el maravilloso espectáculo que se ofrecía a su vida. Olanes tornasoles se levantaban por sobre los roquedales que rodeaban la cascada; un montaraz perfume venido de la montaña lo invadía todo, y los dulces ojos de la muchacha india, se

clavaban interrogantes en el camino que a su frente, era un interrogación abierta hacia el futuro.

Sonot no era feliz, ante sus ojos, el arcano adquiría perfiles de misterio a veces casi doloroso. Una exaltada fantasía abría ante ella un mundo distinto del contemplado hasta entonces en el reducido horizonte que limitaba su vida; soñaba en el amor, y en sus sueños se corporeizaba un hombre extraño, de pupilas raras, de intenso azul, como si en sus ojos se hubiera cuajado un pedazo de cielo. Un hombre diferente a su padre y a los otros hombres de la tribu; que hablaba una lengua distinta a la suya pero que en sueños, la absorbía, la dominaba.

* * *

Eran las primeras horas de la mañana; sobre la tierra, flotaba un vaho perfumado de resinas y de flores silvestres.

En los baños de la princesa, las enredaderas florecidas dejaban caer una lluvia de pétalos, mientras los pájaros en jacarandosa algarabía rompían el silencio selvático.

Sonot despreocupada, bella en su inocencia, hundía en las aguas tibias y espumosas, la euritmia de su cuerpo moreno. Cantaba la princesa; su voz era arrullo en el silencio e inquietud en sí misma. Había en las palabras de su canción improvisada, la música del alma del que ha nacido poeta. Temblaban en las frases los anhelos inconfesados, y los ojos azules del caballero incógnito de sus sueños parecían licuarse en los rizos de la cascada impetuosa...

Undosa la castaña cabellera, suelta, ceñida en la amplia falda la seda morena de la carne joven, Sonot, fuera del baño, era una flor silvestre de belleza intocada; su voz, que tenía dulzura de caricia y cadencia de ola, seguía enredando frases entre las pasionarias que ceñían los troncos fuertes de los robles cercanos. Sobre

las rocas besadas por el sol, la princesa secaba el blanco lienzo con que había enjugado sus cabellos, cuando una piedra que rodaba por la pendiente arisca, la inquietó.

Volvió la niña la cabeza hacia el sitio por donde había escuchado el ruido sospechoso, y ahogó en sus labios un grito que la sorpresa y el miedo hicieron nacer en su garganta... Frente a ella, por entre las enramadas, apareció un hombre extraño. Rubio como los hilos de oro de las mazorcas maduras, con los ojos azules como las campánulas tempraneras, vestido de modo raro, insistente y audaz, la miraba...

Pocas fueron las palabras que el desconocido pronunció en lengua ópata, pero fueron bastantes para darse a entender con la muchacha. Buscaba el camino que le llevara hasta la residencia del jefe de la tribu; llevaba mensajes de importancia y algunos compañeros le seguían. Sonot le ofreció conducirlo, y él, la siguió en silencio.

La sugestiva belleza de la princesa, el ritmo de su paso, la cadencia de su cuerpo ondulante diseñado por el blanco lienzo que la envolvía a manera de manto, sujetaron en su embrujo las miradas del conquistador que desde aquel momento, se convirtió de aventurero capitán en un hombre enamorado.

* * *

Cuatro lunas han pasado. Durante ese tiempo, se fue tejiendo el idilio romántico entre la mujer morena y el hombre rubio venido de lejanas tierras.

Entre los soldados que formaban la expedición que al mando de Nuño de Guzmán llegó a costas sonorenses hacia el año de 1533, figuraba el capitán español don Fernando de Peralta y Ruiz. Compañero de Pedro Almendez Chirinos, de Angulo y de Oñate, consumadores de la conquista de aquella parte del territorio norteño.

Tal era el hombre del que Sonot se había enamora-

do, y cuyo idilio había tendido sus redes poderosas por entre los roquedales y bajo las flamboyanes que elevaban al cielo sus copas de fuego...

El amor recíproco burlaba todas las vigilancias, y la niña dejaba pasar los días soñando en aquél en que, bajo el ritual de la tribu de sus mayores sería la esposa del hombre blanco de dorada cabellera y azules pupilas.

Pero un día, mensajeros montados en raras cabalgaduras llegaron al retiro del príncipe Pichicho presentando a don Fernando de Peralta un mensaje de Nuño de Guzmán en que reclamaba su presencia urgentemente. Rápido fue el regreso e intenso el dolor que la separación produjo en la dulce princesita ingenua... El, ofreció volver en breve, para unir su destino al de Sonot, y prendida en el alma la ilusión, marchó por nuevos caminos conquistados.

Largos días pasaron en la espera; los ojos de Sonot parecían querer horadar el camino blanco que serpenteaba en torno de la montaña. Cada mañana, mientras hundía su cuerpo en la caricia de las aguas, creía volver a escuchar el rumor de los pasos del amado. Mas en vano esperaba; días y semanas, y meses pasaron, y dos años largos como una pesadilla ensombrecieron más los ojos de la niña y pusieron un rictus de dolor en los labios juveniles.

El padre de Sonot, envejecido, esperaba que su hija olvidara al extranjero y se uniera al hijo de algún príncipe vecino. Varios eran los que habían pretendido casarse con Sonot, pero ella había logrado evadir compromisos respaldada por el gran cariño de su padre. Sin embargo, un día Pichicho dio su palabra a un nuevo pretendiente, y ni los lloros y ruegos de Sonot, le hicieron desistir de la idea de casarla.

Sobre los pueblos vecinos, el corselete de la conquistista se estrechaba cada día más; así fue como un día llegaron nuevos hombres blancos a las tierras doradas de Sonot. Uno de los soldados españoles, hizo entrega a la niña de un pequeño paquete que contenía una cruz de

oro pendiente de una cadena del mismo metal, finamente trabajada. Era el mensaje silencioso del capitán Fernando de Peralta, que en un encuentro contra una tribu que rechazaba la conquista, había caído gravemente herido; momentos antes de morir, había dado todas las señas de la región donde moraba la mujer amada, y todos los detalles de aquella tribu adelantada, valiente y noble que formaba la familia ópata.

Largos días de llanto silencioso pasaron, y después a instancias de su padre, Sonot aceptó el matrimonio impuesto.

Todo el solemne ritual acostumbrado en las ceremonias matrimoniales de los príncipes ópatas, estaba listo para un día próximo. Desde las más lejanas regiones del principado, comenzaron a llegar familias enteras con magníficas ofrendas; entretanto, Sonot veía pasar el tiempo indiferente, hasta que, llegado el de la víspera de la gran ceremonia, a la hora de costumbre se dirigió a su baño. Desde la altura de una de las rocas que lo formaban, dirigió la vista hacia el camino por donde tantas veces esperó ver llegar al ausente. Con serena mirada, acarició el paisaje donde sus sueños de niña se hicieron realidad bajo la vara de un milagro que un día, corporeizó para ella al hombre soñado. Suelta la sedeña cabellera sobre los hombros núbiles, envuelta en el manto de grecas complicadas, se tendió Sonot sobre la pétrea taza del baño; y con el nombre de su amado entre los labios, se hundió, como si quisiera explorar lo que había bajo la superficie cambiante de las aguas...

La tragedia duró pocos minutos; cuando el cuerpo moreno emergió sobre la superficie, Sonot era una flor de loto, flotante, fáccida, pero bella siempre. Se habían cerrado las pupilas oscuras, y en los labios florecía una sonrisa...

A media carrera iba el sol, cuando los servidores de Pichicho, sacaron el cuerpo inmovilizado de la niña. La muerte había hecho su obra. Sonot no existía ya.

Expediciones nuevas llegaron y el nombre y la

historia de la princesa Sonot, se hicieron populares. La virgen de los cabellos de maíz, estaba destinada a vivir en el recuerdo de las generaciones, por años y por siglos...

Cuentan que a raíz de la muerte de la princesa, en los atardeceres, los hombres que regresaban al hogar después de la diaria jornada, veían flotar por sobre la cascada, entre el vaho de las aguas espumosas, dos siluetas blancas desvaídas; eran un hombre y una mujer que con los brazos entrelazados, se elevaban... se elevaban, hasta perderse en la línea imprecisa del horizonte que limitaba las montañas.

Un siglo después de los acontecimientos narrados, un terremoto secó el manantial que daba nacimiento a la cascada, y sepultó entre avalanchas de rocas, el misterio de los baños principescos... De aquel idilio, sólo quedó al paso de los siglos el nombre de la princesa ópata que perdura castellanizado, dando nombre a un Estado norteño de la República Mexicana: SONORA.

DOSCIENTOS AÑOS DE AMOR

ERAN las diez de la mañana, cuando Elvira bajaba de su coche frente a la soberbia mansión de Fernando del Moral, Conde de la Montaña, cuyo título nadie, ni él mismo usaba ya, por haberse acostumbrado al poco caso que en los países republicanos se les hace a los títulos nobiliarios.

La subasta pública estaba anunciada para las nueve de la mañana; era seguro, pues, que para la hora en que Elvira llegaba, ya gran parte de las famosas colecciones de cuadros y porcelanas hubieran sido vendidas, pero a ella no le llevaba la tentación de adquirir nada de aquellas cosas por lo que no había tenido prisa en llegar temprano al palacio de aquel hombre que, hasta hacía pocos días, había sido considerado como uno de los millonarios que realmente lo eran.

Malos negocios, transacciones bursátiles que tuvieron desastroso fin, todo había contribuido a que el aristócrata español pusiera en subasta pública sus tesoros artísticos, sus muebles valiosos, sus antiguos bronce. Entre la lista de joyas que se subastaban, figuraba un anillo antiguo, que tenía engarzada una valiosa piedra de jade chino. Era una rara joya de familia que durante doscientos años había pertenecido a las mujeres de los Condes de la Montaña. Por ese anillo iba Elvira...

Ignoraba lo que podría costarle, pero estaba firmemente decidida a que si le joya tenía la forma que ella desea, si existía algún parecido con el anillo que tantas

veces había admirado en sus sueños, lo adquiriría aunque tuviera que sacrificar la mitad de su fortuna.

Para Elvira no era un capricho aquella alhaja. Desde que tenía diez años, la joya parecía perseguirla en sus sueños. Delicada obra de orfebrería, tenía engarzada una piedra de jade chino, del más puro tono, de forma oblonga. Aquel anillo que tantas veces había contemplado en sueños, parecía no existir sino en su fantasía. Constituyó para ella una obsesión, cuando después de sus viajes por el viejo mundo regresó sin haber logrado encontrarlo en las más famosas joyerías de Londres, de París, y de todas las ciudades visitadas.

Los mejores joyeros se ofrecieron a que, dando una idea de la joya, podían hacerla a gusto suyo, era sencillo. Pero Elvira deseaba que la casualidad o su destino, colocaran en su camino el anillo famoso. Si aparecía en sus sueños con tanta nitidez, era porque la joya existía en algún lugar del mundo; y alguna alta significación debía tener en su vida. Debía, pues, esperar y es lo que hizo.

Y pasaron algunos años; muerta su madre, quedó sola y dueña de una cuantiosa fortuna que, bien administrada por un hermano de su padre, aumentaba año tras año. Elvira no había pensado aún en casarse; los hombres le interesaban igualmente como amigos, pero sin que ninguno hubiera logrado penetrar en su corazón. Rica, supo satisfacer sus pequeños caprichos de lujo, y buena, supo sembrar en torno suyo el bien posible. Muchas veces, desde el amplio ventanal de su palaciega mansión, contemplaba las puestas del sol que la hacían soñar en sus viajes al lado de su madre, por las viejas ciudades de oriente. A veces, sus sueños parecían alucinaciones, la transportaban a lejanas épocas, y se contemplaba vistiendo extraños atavíos, en salones versallescós; personajes de otras edades formaban fantásticas cohortes, donde ella -mujer bellísima- se veía siempre al lado del mismo hombre, y contemplando en el anular de su mano derecha, la obsesionante joya...

Y salvando distancias y épocas con el mágico poder del pensamiento, se veía en lugares distintos, esclava de otras modas, pero luciendo siempre, el misterioso anillo, y al lado, también, del mismo hombre...

Y al despertar de aquellos sueños, la obsesión era más fuerte. Soñaba más que nunca en la posibilidad de encontrar el anillo, y alguna vez soñó también en aquel hombre que le era ya familiar en sus fantasías.

* * *

Cuando Elvira penetró al amplio salón donde tenía lugar la subasta, habían sido vendidas ya muchas colecciones de famosas porcelanas, bibelots rarísimos traídos por el conde de sus frecuentes viajes, habían sido vendidos a un precio mayor del que realmente tenían, pero las joyas permanecían todavía en sus estuches.

Transcurrió una hora larga antes de que llegara su turno al anillo; Elvira había logrado abrirse paso hasta colocarse en primera fila; millonarios americanos y “nuevos ricos” habían logrado los mejores lugares. Cuando la joya fue corrida y pasó ante los ojos de Elvira, poco faltó para que ésta lanzara un grito de sorpresa y de alegría; era el mismo extraño anillo de sus sueños el que lucía su belleza sobre el estuche extraño de terciopelo color granate. Igual la forma, idéntica la piedra, el mismo caprichoso diseño del engarce, el tono maravilloso del jade eran los mismos admirados año tras año en sus extrañas alucinaciones.

Y después de que se hubo explicado que la joya había pertenecido por dos siglos a la familia del Conde de la Montaña, y que los poseedores del anillo veían en él algo así como un talismán, empezó la puja para la que sirvió de base la suma de quinientos pesos.

-¡Ofrezco seiscientos!- dijo Elvira, emocionada.

-¡Setecientos!- gritó una voz de mujer.

-¡Ochocientos!- insistió Elvira.

Y, así, caprichosamente, fue subiendo de precio aquel anillo que no valía sino la suma que se había gritado al principio. La pugna entre Elvira y la otra compradora cesó cuando la primera ofreció dos mil pesos.

¡DOS MIL PESOS!, y la rara y bella alhaja fue entregada a Elvira, que la recibió con las manos temblorosas, presa de gran alegría. Con ansia se colocó el anillo en el dedo anular de su mano izquierda y como en sueños volvió a contemplarse envuelta en seda bajo un deslumbramiento de luz y de pasión.

A la puerta de su elegante palacete detuvo el automóvil y bajó feliz, como si el talismán de que había hablado en la subasta fuera una realidad.

Sentada frente al amplio ventanal por donde indiscretas se asomaban las rosas de Sajonia y los jazmines de España, luciendo sobre la mano blanca y sedeña el verde maravilloso de la piedra del anillo, Elvira se adormeció y soñó...

Otra vez la cinta cinemática fue pasando ante sus ojos, y contempló otras épocas. Personajes de pasados siglos desfilaron ante ella inclinados en palaciegas genuflexiones. Chaquetillas ajustadas, gorgueras de blanquísimos encajes, chambergos de plumas descomunales, fueron pasando... Damas ceñidas en sedas coruscantes, enjoyadas como reinas, bellas como sueños, pasaron por su imaginación, mientras ella se deslizaba como en una fantasía opiática, por salones y fiestas luciendo en la blanca mano el anillo extraño y bello. Y durante esa ensoñación, fue cuando se dio cuenta por primera vez, de que el anillo tenía un secreto: Bajo la piedra oblonga, había algo oculto. Ignoraba lo que fuese, pero estaba segura de que entre la filigrana del alveolo y la piedra, había un hueco pequeñísimo... Su sueño no le había permitido ver qué se ocultaba allí.

Y, realizado el anhelo, el capricho de Elvira, admirada la joya por sus amigas y sus admiradores, no dio

mayor importancia al asunto viendo deslizarse los días con la misma serie de inquietudes y alegrías de siempre.

* * *

Un año había pasado desde que Elvira tenía en su poder el bello anillo por el que tanto había suspirado, cuando una mañana, Luz, su doncella, le presentó una tarjeta con un nombre que le llamó la atención despertando dormidos recuerdos:

FERNANDO DEL MORAL
Conde de la Montaña

Mientras la doncella introducía al visitante, Elvira quedó pensando cuál sería la causa de aquella visita.

Cuando ella penetró a la sala donde la esperaba su visitante, sufrió una sorpresa enorme. El Conde de la Montaña, con un traje moderno, impecable, con su agradable sonrisa, era el mismo personaje que a su lado había aparecido siempre en sus sueños, en sus raras fantasías, cuando la posesión del anillo se había convertido para ella en obsesión.

La tez blanca, los ojos de belleza nazarena, los labios gruesos, sensuales, eran los detalles que en las frecuentes veces en que había visto a aquel hombre en sueños, había podido captar.

Fernando presentó sus disculpas, y expuso el motivo de su visita:

-Hace un año -empezó-, es decir, a raíz del fracaso financiero que sufrí, salí de la ciudad de México rumbo a España, a fin de vender algunas propiedades que me quedaban en Barcelona, y con lo que pensaba reanudar mis negocios. Antes de salir, ordené a mi apoderado que pusiera en venta todo lo que era de mi propiedad, valiosas colecciones, cuadros, mis caballos, mis joyas, todo, en fin lo que pudiera contribuir a mi rehabilitación económica; no me acordé en aquel momento de hacer una excepción con respecto a un anillo, valiosa joya de familia, que no debía venderse, ya que por dos siglos había pertenecido a las mujeres de la familia.

Fue hasta mi regreso hace unos días cuando supe que el anillo, se había vendido. Por fortuna se guardaba el nombre de la compradora; y el deseo de suplicarle que por el precio que usted quiera, me venda de nuevo el anillo, me tiene en su presencia.

Caballero -le contesto Elvira-, tal vez le parezca extraño lo que voy a narrarle, pero a fin de que comprenda lo que ese anillo ha significado en mi vida, y me permita conservarlo, le platicaré estas cosas que le parecerán insubstanciales.

Y con dulce y reposada voz, Elvira fue describiendo el velo de toda su vida; sus inquietudes de niña y sus ansias de mujer; el dolor hondísimo y perdurable de haber perdido a su madre, sus correrías por el Viejo Mundo, su peregrinar en busca del anillo soñado; todo, en fin, lo que pudiera justificar su aferrarse a la joya.

Cuando hubo terminado su relato, le preguntó al conde:

-¿Sabe que el anillo tiene un secreto?

-Lo sé, como lo hemos sabido todos los de la familia que lo hemos heredado; y usted, ¿cómo lo supo, señorita?

-De la misma manera que supe la existencia del anillo; por un sueño; pero ignoro lo que contiene porque desperté en el momento en que iba a saberlo.

Este anillo -prosiguió Fernando-, fue donado a la mujer amada por uno de mis antepasados en el momento en que él marchaba a la guerra, de la que no regresó. Desde entonces, el anillo ha sido, en mi familia, una especie de amuleto, ya que si bien la primera poseedora fue desgraciada porque perdió a su esposo, las sucesoras que han poseído la joya casi todas han sido felices...

Dentro del anillo, en un pequeño papel de seda está la fecha en que mi antepasado obsequió el anillo: "10 de marzo de 1715" y hay unas hebras de cabellos que pertenecieron a Fernando del Moral, mi ilustre antepasado cuyo nombre llevo... Pero, señorita, la noto a usted pálida y emocionada; ¿tanto la ha conmovido este pasaje romántico de los míos?

-No es la emoción del relato romántico la que me ha hecho palidecer, caballero; es otra extraña coincidencia; yo nací precisamente en la fecha misma que hay en

el secreto del anillo, sólo que dos siglos después, es decir, el diez de marzo de 1915...

. * * *

Cuatro meses después de esta visita que hemos descrito, se celebraron las ceremonias religiosa y civil, que convirtieron a Elvira Ponce, en señora del Moral, y Condesa de la Montaña. De nuevo visitaron Europa, no buscando ya el anillo famoso, sino llevándolo consigo, como el talismán de la felicidad.

¿Qué misterio fue el que tejió su trama en forma tal que aquellos dos seres desconocidos unieran sus vidas tan extrañamente ligadas al anillo raro de la piedra de jade?

¿Justifica lo sucedido la teoría de la reencarnación del alma?

¿Fernando del Moral y Elvira Ponce habían sido amantes, esposos o simplemente novios en las etapas transcurridas dentro de dos siglos? ¿Será posible que el amor perdure bajo distintos cuerpos a través de los tiempos? Preguntas son éstas que quedarán sin respuesta, hasta que los León Denios, o los Allan Kardec, de los modernos tiempos, nos den la respuesta.

EL HIJO NATURAL

DOCE años tenía ya Raúl, cuando cursaba el 5o. año de Primaria en la escuela de su pueblo. Sólo él sabía todas las humillaciones porque había tenido que pasar, cuando al principio de las labores, año con año, tenía que contestar a las preguntas de la profesora, y decir:

-No tengo padre, señorita.

-¿Se te murió?

-No.... No lo he tenido nunca, no lo he conocido.

Y mientras la maestra, comprensiva y acostumbrada a estas cosas, olvidaba en breve el pequeño drama familiar entrevisto, los chicos compañeros de Raúl, comentaban entre sí.

El bien sabía que a sus expensas, se cuchicheaba en los corrillos de los muchachos más grandes, que sin poder desentrañar aún el misterio de la vida en sus complejidades espirituales, su malicia trataba de comprenderlo en sus complejos biológicos.

-¿Por qué no tienes padre? -preguntaban a veces.

-No sé... Desde chico, sólo he conocido a mi madre, que es muy buena; cuando le pregunto a ella por mi padre, llora y por no hacerla sufrir, me callo. Debe haber muerto cuando era pequeño.

-O será que tu madre no se casó -terciaba Antonio, un muchacho de quince años para el que la vida principaba ya a descorrer el cortinaje de sus complicaciones.

-Manuela, nuestra criada, tiene una muchacha de ocho años, que tampoco tiene padre, porque su madre

nunca se casó. Si tú estás en este caso, eres un “hijo natural”.

Los doce años de Raúl, muy aprovechados en sus clases, no le daban, sin embargo, el conocimiento de aquella amargura que en la vida constituía ser hijo natural. No podía comprender el por qué de la presencia de un juez ante una pareja, diera mayores prerrogativas a los hijos de aquélla, que a los que nacieran de otra que no hubiera cumplido con aquel requisito. Sin embargo, debía de haber sus diferencias, ya que muchas veces había observado un gesto de disgusto cuando algún compañero de clase le invitaba a su casa, y la madre de su amigo, preguntarle por sus padres, se enteraba de que su madre era sirvienta y que carecía de padre.

* * *

Una mañana, Raúl llegó a su casa gozoso, contento como si todas las campanitas de la alegría tocaran a gloria en su alma.

Llevaba a su madre como el mejor don, un certificado donde constaba que había terminado la instrucción superior. Mejor gala para los desvelos de aquella madre, no podía llevarle. Lloró de ternura la buena Agustina cuanto tuvo entre sus brazos al hijo, contempló la brillante cartulina donde se destacaban el retrato y el nombre del chico, nítidamente.

El año próximo -le dijo Agustina al chico- seguirás tus estudios porque quiero que seas un hombre preparado y útil.

-Pero, mamacita, cuestan mucho los estudios para seguir una carrera, ¿cómo podrías sostenerme con el escaso sueldo que ganas?

-Eso no debe interesarte, yo quiero que estudies, y tu preocupación debe consistir en no perder el tiempo, lo demás no debe mortificarte.

Los quince años de Raúl, le daban ya el suficiente

discernimiento para estudiar su vida, y ver la diferencia que la sociedad establecía entre el estado civil de su madre y el de las madres de sus compañeros. La moral estricta, el puritanismo de las poblaciones de provincia, hacia su vida ruda y dolorosa.

Al ver cómo luchaba su madre abiertamente para educarle, sentía una rabia sorda contra aquel padre que no había sabido cumplir con su deber para con él. ¿Quién había sido o quién era su padre? ¿Por qué su madre jamás lo había nombrado en su presencia?

Y desoyendo la voz de aquellos que trataban de amargar su vida, al respaldo de un padre legal, Raúl por el sólo hecho de que no lo tenía, se hizo hombre, y dio a su madre una mañana, la grata sorpresa de haber resultado triunfante en su examen profesional. Desde entonces, Raúl Aguirre tenía ante sí un porvenir y un nombre, conquistados a base del esfuerzo intelectual propio.

Año tras año de sus estudios, vio fracasar a muchos de aquellos que orgullosos de un nombre legado por su padre no supieron hacer honor a él, y desperdiciaron sus años de juventud en banales distracciones derrochando el dinero de sus padres, en orgías vergonzosas.

Trasladados a la capital desde que iniciara sus estudios profesionales, supo sustraerse al atractivo que ejercen para la juventud, los sitios del México alegre. El velado desprecio de varios de sus compañeros interiorizados de su oscuro nacimiento, sirvió para reconcentrarse en sí mismo; y las horas que pudiera haber dedicado al ocio o a las diversiones, las dedicó al estudio tenaz y perseverante.

El "hijo de nadie", como muchas veces le llamaron, supo crearse una posición, allí mismo donde muchos hijos de familias "bien" sólo habían sabido encenagar el nombre legado en forma inconsciente y censurable.

Un día, exigencias propias de su profesión, le llevaron a practicar la mensura de unos terrenos que

nunca se casó. Si tú estás en este caso, eres un “hijo natural”.

Los doce años de Raúl, muy aprovechados en sus clases, no le daban, sin embargo, el conocimiento de aquella amargura que en la vida constituía ser hijo natural. No podía comprender el por qué de la presencia de un juez ante una pareja, diera mayores prerrogativas a los hijos de aquélla, que a los que nacieran de otra que no hubiera cumplido con aquel requisito. Sin embargo, debía de haber sus diferencias, ya que muchas veces había observado un gesto de disgusto cuando algún compañero de clase le invitaba a su casa, y la madre de su amigo, preguntarle por sus padres, se enteraba de que su madre era sirvienta y que carecía de padre.

* * *

Una mañana, Raúl llegó a su casa gozoso, contento como si todas las campanitas de la alegría tocaran a gloria en su alma.

Llevaba a su madre como el mejor don, un certificado donde constaba que había terminado la instrucción superior. Mejor gala para los desvelos de aquella madre, no podía llevarle. Lloró de ternura la buena Agustina cuanto tuvo entre sus brazos al hijo, contempló la brillante cartulina donde se destacaban el retrato y el nombre del chico, nítidamente.

El año próximo -le dijo Agustina al chico- seguirás tus estudios porque quiero que seas un hombre preparado y útil.

-Pero, mamacita, cuestan mucho los estudios para seguir una carrera, ¿cómo podrías sostenerme con el escaso sueldo que ganas?

-Eso no debe interesarte, yo quiero que estudies, y tu preocupación debe consistir en no perder el tiempo, lo demás no debe mortificarte.

Los quince años de Raúl, le daban ya el suficiente

discernimiento para estudiar su vida, y ver la diferencia que la sociedad establecía entre el estado civil de su madre y el de las madres de sus compañeros. La moral estricta, el puritanismo de las poblaciones de provincia, hacia su vida ruda y dolorosa.

Al ver cómo luchaba su madre abiertamente para educarle, sentía una rabia sorda contra aquel padre que no había sabido cumplir con su deber para con él. ¿Quién había sido o quién era su padre? ¿Por qué su madre jamás lo había nombrado en su presencia?

Y desoyendo la voz de aquellos que trataban de amargar su vida, al respaldo de un padre legal, Raúl por el sólo hecho de que no lo tenía, se hizo hombre, y dio a su madre una mañana, la grata sorpresa de haber resultado triunfante en su examen profesional. Desde entonces, Raúl Aguirre tenía ante sí un porvenir y un nombre, conquistados a base del esfuerzo intelectual propio.

Año tras año de sus estudios, vio fracasar a muchos de aquellos que orgullosos de un nombre legado por su padre no supieron hacer honor a él, y desperdiciaron sus años de juventud en banales distracciones derrochando el dinero de sus padres, en orgías vergonzosas.

Trasladados a la capital desde que iniciara sus estudios profesionales, supo sustraerse al atractivo que ejercen para la juventud, los sitios del México alegre. El velado desprecio de varios de sus compañeros interiorizados de su oscuro nacimiento, sirvió para reconcentrarse en sí mismo; y las horas que pudiera haber dedicado al ocio o a las diversiones, las dedicó al estudio tenaz y perseverante.

El "hijo de nadie", como muchas veces le llamaron, supo crearse una posición, allí mismo donde muchos hijos de familias "bien" sólo habían sabido encenagar el nombre legado en forma inconsciente y censurable.

Un día, exigencias propias de su profesión, le llevaron a practicar la mensura de unos terrenos que

quedaban a muchos kilómetros de distancia de la capital.

Mientras su madre le preparaba su equipaje, la veía silenciosa, triste, y no acostumbrado desde mucho tiempo a ver una nube de pena en el rostro de su madre, la interrogó:

¿Dígame, viejecita mía, por qué la veo preocupada? ¿Es que piensa que me voy a tardar mucho?

-No, hijo, pero siento siempre, una angustia extraña cuando pienso que te alejarás de mí, por varias semanas. Soy avara de la felicidad que me has brindado, y pienso, al verte alejar, que no volverás....

Raúl la estrechó fuertemente entre sus brazos, y besándola le dijo:

-No quiero lágrimas ni tristezas; usted sabe que depende de este viaje, el arreglo probable de un empleo fijo con la Compañía Minera que me manda, y que entonces posiblemente no tendré que salir sino muy de tarde en tarde. No debe pues entristecerse.

Como había quedado, a las 8 en punto de aquella mañana radiosa de mayo, se reunió con el señor de la Torre, en el Hotel Mancera. El dueño de los terrenos mineros cuya mensura iba a practicar, era un hombre pasado ya del medio siglo, pero fuerte, alto, tipo norteño de agradable figura, de mirada de águila y fácil conversación.

* * *

Seguían un abrupto camino a través de la serranía. La noche caía ya sobre el Valle limitado por altísimas montañas, por lo que acordaron acampar allí, para efectuar a la mañana siguiente el descenso.

Cuando los peones mineros hubieron encendido la hoguera para preparar la cena, Aguirre y el señor de la Torre, iniciaron una conversación por demás interesan-

te, ya que el viejo, principió a hacer remembranzas de su juventud...

-El nombre suyo -le dijo al ingeniero Aguirre-, me recuerda el de una lejana aventura de mi vida; tenía yo, por razón de mis negocios, que visitar frecuentemente el pueblo de X, y conocí allí a una mujer de la que estuve enamorado muy seriamente. Por desgracia mía y suya, yo estaba ya casado, y no pude hacerla mi esposa, como yo hubiera querido.

-Pero la hizo usted su amante -dijo Aguirre.

-Sí, fue mi amante... Es más.... prometí casarme con ella, y siguiendo el ejemplo de muchos de mis compañeros de aquella época, no volví a verla más. Ha sido ése el remordimiento mayor de mi vida.... Ella me había confesado que se encontraba encinta.

-¿Recuerda siquiera su nombre?

-¡No lo olvidaré nunca! Se llamaba Agustina Aguirre.

Dos semanas después, habiendo terminado su trabajo el ingeniero Aguirre, preparaba su regreso. Estaba en una de las minas en explotación, del señor de la Torre.

Era de noche, y frente a la chimenea donde crepitan los leños, el viejo fumaba su pipa y Aguirre su cigarro puro.

-Pero usted no me ha platicado nada de su vida -le dijo De la Torre al ingeniero-. Admiro su tenacidad y su entereza para el trabajo, y siendo usted tan joven, creo que llegará a ser mucho en la vida.

-Esas son mis aspiraciones, amigo. Tengo una madre a la que debo todo lo que soy, y por ella ansío triunfar.

-¿Su padre vive aún?

-No lo sé... Mejor dicho, yo no he tenido padre nunca. El mío debió ser uno de tantos hombres a los que arrastra la vorágine de la vida, y que van segando juventudes, como espigas en sazón; hombres inconscientes, ajenos de todo sentimiento de verdadera moral,

que supeditan a sus pasiones, con la docilidad con que humilla el buey la cerviz ante el yugo.

Muchos les maldicen; yo les compadezco porque a la postre su balance espiritual debe ser nulo.... Tal debe haber sido mi padre, un Don Juan de ocasión, vano, con dinero, pero sin sentido de responsabilidad.

Por fortuna, me cupo en suerte la mejor de las madres. Nunca un reproche ni una queja para el infame que la abandonó con un hijo en brazos, sola frente a la vida. Nunca un desmayo frente a la ardua labor que para ella significó mi educación. ¡Se lo debo todo, y en honor a ella, sacrifiqué el rubor y la humillación de ser llamado entre mis compañeros de clase “un hijo de nadie” un desintegrado de la sociedad puritana e hipócrita! Pero, por la dicha de tener una madre como la que yo tengo, bien vale la pena sufrir la desgracia de haber tenido un padre como era seguramente el mío.

-¿Pero su madre nunca le dijo el nombre de su padre? -preguntó expectante el señor de la Torre.

-¡Nunca! Mi madre me conoce, y sabía que en nada influiría en mí, el nombre de ese hombre. Me he sentido siempre orgulloso de llevar el de ella; me hice hombre y me he creado una profesión, sin necesidad de otro nombre ni de otro respaldo que el de mi madre; ¿para qué pues la necesidad de saber quién era el inconsciente que me engendró?

-¿Tiene razón amigo; hay padres que no merecemos el nombre de tales.

A la mañana siguiente, antes de marchar, el ingeniero Aguirre depositó en las manos del señor de la Torre, un sobre y le dijo:

-Como mi viaje dura cuatro días, le ruego que del vecino pueblo, haga llegar a mi madre este mensaje; he tenido mucho gusto de conocerle, y de poderle ser útil. ¿Quiere darme un abrazo en señal de despedida?

Y estrechó fuertemente al viejo entre sus brazos vigorosos; montó y, a galope tendido, se alejó por la amplia vereda.

El viejo nada dijo. Con los ojos brillantes, con la voz detenida por intensa emoción, estrechó al ingeniero entre sus brazos, y cuando éste se perdió en uno de los recodos del camino, enjugándose las lágrimas atinó a murmurar: “¡Hijo mío... mí hijo!”

El mensaje que le había dejado Aguirre decía:

“Señora Agustina Aguirre. -México.-Regreso, mi expedición éxito completo. El dueño de las minas, es don Ernesto de la Torre, al que conociste en tu juventud. No temas viejecita mía. Perdona tú, como he perdonado yo. Raúl.”

EL HOMBRE ARQUETIPO

SOLO sabía de él que era fuerte, elegante, y presumía que su cultura debía estar en relación con sus demás atributos. Al menos, así debía ser para que su ideal fuera completo.

Se habían encontrado siempre en la misma esquina, en el cruce de dos calles de una vieja colonia capitalina; debían vivir cerca, acaso fueran hasta vecinos....

Cuando se hablaba de hombres fuertes y bellos, Marina, modernizando el Apolo mitológico, corporeizaba su ideal en el "vecino" aquel que viajaba en el mismo tren que ella, y que aunaba a la belleza varonil, a la elegancia de toda su persona, un vigor físico que adivinaba en el cuerpo estatuario de dios joven...

Y sucedió que un día hizo el azar una de las suyas, y los que acaso eran vecinos sin saberlo, y se estimaban sin pensarlo, rompieron el hielo con algunas frases vulgares, y fueron compañeros desde entonces...

* * *

Entre ambos nació la simpatía; una corriente de atracción les unió, y fue descorriéndose el celuloide de las confidencias, hasta que casi no hubo secretos entre ambos.

Las contiendas hogareñas encontraban refugio mutuo en las confidencias, y a veces hasta disculpas para la incomprensión que ambos sentían en sus hogares. De esta manera, Marina se identificó al hombre fuerte, al hombre tipo -como ella le llamaba- en forma tal, que no

concebía ya la vida sujeta a la rutina diaria, sin aquel vínculo de fraternal simpatía que cada día parecía convertirse en amor.

-¿Por qué me llamas tu hombre-dios? -preguntóle un día Héctor.

-Porque sintetizas para mí la fuerza en todo su sentido moral y estético. Eres apolíneo en lo físico, y te conceptúo éticamente casi perfecto; me parece imposible que hubiera en ti las debilidades que en los otros hombres.

¿No temes engañarte?

-No; si yo fuera tu amante o tu novia, acaso tendría miedo de descubrirte fallas, pero siendo tu amiga, he aprendido sólo a ver en ti el modelo de hombre que ambiciono encontrar para que sea mi esposo.

-¿Y si pretendiera serlo yo?

-No podrías; nos hemos conocido psicológicamente demasiado bien; no hemos tenido dobleces ni hipocresías; no llevando una mira futurista hacia el matrimonio, no hemos ocultado nada de nuestra síquis, y yo, si bien te quiero y admiro, distas mucho de ser mi ideal de marido...

-Soy solamente tu hombre-león, tu arquetipo.

-Eres también mi compañero, mi confidente, mi amigo; estando junto a ti, siento una fuerza que me vigoriza, porque pienso que eres distinto a los demás hombres, que estás por sobre las debilidades tan comunes en los mortales. Muchas veces me he detenido a pensar en ti; en la forma tan hábil en que has podido sustraerte a todos los yugos, haciendo prevalecer tu voluntad y constituyéndote en una individualidad poco común...

-Veo que tienes una especie de culto por los hombres que saben imponerse; ¿para ti, el hombre que se doblega no vale?

-Sí, en determinados casos; acepto algunas debilidades que le restan valor a su personalidad; pero en ti,

que eres para mí el prototipo masculino, no aceptaría determinadas cosas....

-¿Como por ejemplo?

-Me molestaría sobremanera saber que eras casado; no por la supremacía que pudiera ejercer tu esposa sobre ti, sino porque dejaría de considerarte el hombre fuerte, plenamente dueño de sus acciones, para verte convertido en uno de tantos "maridos", o lo que sería lo mismo, trocado mi hombre-león en hombre-oveja.

Rieron ambos la ocurrencia, y siguieron los días con sus alternativas y sus monotonías.

* * *

Marina era pequeña, apiñonada, como dicen que fue su madrina, la Malinche. Se llamó Marina porque nació en un puerto del Pacífico, en una risueña casita, frente al mar, y contaba su padre que una noche de tempestad, habían tocado a su puerta, y cuando el abrió, una sirena de plateada cola había puesto en brazos a la niña... La paternal leyenda se olvidó con los años, pero la niña siguió creciendo linda y sana.

Quizá empujada por la ley de los contrastes, al observar su pequeña estatura, deseó encontrar para compañero de su vida a un hombre alto, bello y fuerte como un tritón.

Héctor fue su ideal corporeizado; muchas veces había pensado si en realidad sería amor el sentimiento que siempre considero simpatía nacida de la afinidad de caracteres y gustos, y siempre llegó a la conclusión de que por muy intenso que fuera el cariño que le tenía a Héctor, y aunque este cariño se viera correspondido, jamás sería la esposa de él. Le parecería un crimen uncirle al yugo del matrimonio, confundirle con el anónimo rebaño de maridos, que penetran a hurtadillas, con los zapatos en la mano para tratar de ocultar a sus mujeres la pasajera aventurilla. Los dioses fueron siem-

pre libres para el amor; y para ella, Héctor era casi un dios...

Algún día pasaría a su lado un hombre parecido a su arquetipo, más mediocre, desde luego, pero más humano; un hombre al que no tendría miedo de bajar del pedestal, y se casaría con él, y tendría hijos sanos y fuertes, y el hombre tipo seguiría en su recuerdo como una luz en la sombra, como una fuerza moral en la existencia.

* * *

Los meses, cadena de sorpresas, se sucedían en la vida de Marina, sin que la curiosidad de ahondar en la vida de Héctor la llevara a esas vulgaridades de investigaciones a que las mujeres sujetan a veces a esposos o amantes. Sentíalo cerca de ella y tan alto y tan distinto a los otros, que su confianza era una muralla contra toda curiosidad.

Y un día, sin embargo, supo la cruel verdad: ¡era casado!

Consciente de que ningunos derechos tenía para el reproche, calló, no sin sentir que el choque rudo y fuerte movió un poco de su alveolo moral al ídolo; pero pasados los días, creyó sentirse de nuevo unida a él.

Un día vio que una venda blanca envolvía la mano diestra de su amigo.

-¿Ella? -preguntó lacónicamente, en la certeza de adivinar.

El confesó la verdad; en una disputa familiar, su mujer le había roto un vaso sobre la mano.

-¿Y tú que hiciste? -preguntó ella, indignada ante la ofensa hecha al hombre perfecto.

-Yo, nada... ¿Qué puedo hacer ante sus arrebatos? Es impulsiva, y para evitar los fuertes choques que provoca su carácter, opté por salir- contestó con gesto vencido, Héctor.

-¿La quieres mucho? -preguntó Marina con un ligero temblor de voz.

-No... la soporto.

-Siendo así ¿por qué no te divorcias? Sin amor y sin hijos no veo problema.

-Cuestión de familia, algo de costumbre, apego a la rutina, etc.

Pero Marina fue analizando, fue también valorizando y poco a poco, su arquetipo fue bajando del pedestal.

* * *

Entre los hombres que más la habían amado, se contaba Mauricio.

Era el suyo, amor de sacrificio, de comprensión y de esfuerzo a la par que de esperanza. A pesar de las negativas frecuentes de Marina, nunca perdió la fe en ella. Bien sabía él que no tenía el tipo airoso y fuerte de Héctor, pero confiaba en que algún día las dotes morales que estaba seguro de tener, llamaran la atención de la bien amada; lo esperaba así, y pasaba los días luchando tesoneramente por alcanzar algún día el amor de Marina.

Ella dejaba devanarse la madeja de sus sueños, entre la admiración que sentía por su arquetipo y el cariño que por ella sentía Mauricio.

Poco a poco, sin darse cuenta casi, fue descubriendo en su hombre-dios las debilidades vulgares de todos los maridos, hasta llegar a comprender que entre el hombre que se convierte en juguete de una mujer y esta misma mujer que denota inteligencia siquiera sea para convertirse en dominadora, quien merece la admiración es ella y no él; y así, poco a poco, desmenuzando cada día los actos de Héctor, terminó por irle bajando del pedestal, y despojando de atributos que nunca tuvo, al hombre bello y fuerte que soñó arquetipo.

Y desde entonces empezó a gustar más de la compañía de Mauricio, dejando de hablar de Héctor, y

derivando los temas de sus conversaciones hacia terrenos más reales, dejó de hablar con Mauricio de metafísica, para ver las cosas sin los vidrios ahumados de sus fantasías.

Charlaban una tarde Mauricio y Marina, contemplando el incendio rojo del atardecer; ella no retiraba ya sus manos de entre las de Mauricio, ni esquivaba los ojos a la escrutadora mirada del galán.

-Y ahora, ¿por qué no me hablas ya del hombre perfecto a quien tanto admirabas? ¿Acaso te ha defraudado? -se atrevió a preguntar un día Mauricio.

-Sí, me ha defraudado -contestó sin tristeza ella.

-¿En qué sentido? -insistió él.

-Mi arquetipo, el ser a quien creí superior, el que me hablaba de alta filosofía y me planteaba frecuentemente problemas metafísicos, aquél que pugnaba siempre hacia lo perfecto, hacia la mayor excelcitud en el pensamiento y en el arte, el que amaba a la belleza física una intelectualidad indiscutible, me resultó ser un vulgar marido al que la mujer se impone y le avienta frecuentemente con puntería certera piezas de la vajilla, como cualquiera esposa de quinto patio lo hace con su marido, en tardes de agrias discusiones... Ahora es a ella a quien admiro.

-Ah, ¿la conoces?

-No, pero es igual; lo domina. O lo que es lo mismo, es superior a él...

-Entonces tú amas el dominio, la fuerza... ¿Aspiras acaso a llegar a ser como la esposa de Héctor?

-No, porque entonces no amaría al hombre que se dejara dominar de mí. Al contrario, quiero ser dominada a mi manera. Con el cariño, la persuasión, la superioridad en todos los sentidos. He dejado de pensar que los hombres altos, bellos y fuertes a la par que inteligentes son los arquetipos, ya que la fuerza no siempre está en el músculo; radica, las más de las veces, en el cerebro y el corazón.

-¿De suerte que sigues en busca de tu famoso arquetipo?

-No. Lo he encontrado ya, y ahora no lo perderé más.

Al decirlo, ciñó con sus mórbidos brazos el cuello de Mauricio, que se inclinaba buscando en los labios tibios de Marina el primer beso.

LA BRUJA

NO hace muchos años que sucedió lo que voy a contar; sin embargo, se pierde ya en las sombras del tiempo la exactitud de fechas y de detalles de este acontecimiento, que dejó entre las gentes ingenuas del pueblo de X una nueva prueba, según ellas de que existen las brujas.

Hay todavía en el pueblo restos de una época bonancible; casas de estilo colonial, faroles de repujados hierros, altos tapiales coronados de enredaderas, gruesos muros de piedra, patios de señoriales portales, escaleras misteriosas y, sobre todo, una serie de viejas leyendas que son, en las noches de invierno el encanto de chicos y grandes.

En una de aquellas viejas casas de gruesos muros y altos tapiales, vivió doña Lucía de Ortegón, mujer de imponente prestancia, de energía notable, dueña de una importante fortuna, y con no sé qué misteriosos poderes... En voz baja se la llamaba “la bruja” por lo mala que era -según el decir de las gentes- y por las cosas raras que sucedían frecuentemente en su casa.

El esposo de doña Lucía era un pobre hombre sin voz ni voto en la marcha de la casa; sobre su cabeza caían las injurias de la vieja, cuando alguna cosa no resultaba a su gusto, y creo que en más de una ocasión, él también debe haberla llamado “la bruja”, en justa represalia al despotismo de que era objeto.

Doña Lucía era afecta a mezclarse en toda clase de asuntos; desde el enredo casero, o el chisme conyugal, hasta los complicados líos políticos; como tenía dinero, a ella acudían los políticos ambiciosos para que les

que les facilitara numerario con qué hacer la “campana” electoral, a cambio, por supuesto, de concesiones al llegar al poder. Una especie de maldición parecía flotar en aquella casa. Los hijos de la “bruja”, de carácter apocado, como sucede siempre en los casos, en que la autoridad del padre o de la madre se transforma en despotismo, no sentían mayor cariño por aquella mujer ambiciosa y de fuertes pasiones. Las dos hijas, muchachas buenas y hermosas se casaron, quizá antes de encontrar al hombre elegido, con el sólo deseo de abandonar aquella casa, donde la voz de doña Lucía hacía temblar a todo el mundo; de los hijos varones, nada bueno podía esperarse, ya que el vicio del alcohol los tenía entre sus garras, y era ésa la única forma en que se atrevían a contradecir alguna vez a su madre.

Doña Lucía tenía siempre dos o tres reñidos pleitos con otras mujeres, por causas baladíes, a veces, pero que a ella le servían para destrozar las vidas de aquellas mujeres, en cuanto encontraba oportunidad. De una energía indomable, y de un valor indiscutible, a ella, “el que se la hacía se la pagaba” y de esta manera ni las esposas de los más encumbrados personajes del lugar se escapaban a su venganza. En dos o tres ocasiones había sido detenida por la policía y en las declaraciones no escapaba alguna frase fuerte dirigida a la misma autoridad.

Según el decir de las gentes, “tenía pacto con el diablo”, ya que en asuntos de dinero, pocas veces fracasaba, mientras en sus conflictos hogareños, era una derrotada siempre. “La bruja” tenía una enorme facilidad para intimidar a las gentes; maldecía con una solemnidad que imponía al más fuerte, y por desgracia con demasiada frecuencia sus famosas “maldiciones” se realizaban. De allí la fama que había adquirido de “bruja” y el miedo que se le tenía.

Largos años disfrutó de su fortuna; los negocios en que se mezclaba, le resultaban bien casi siempre. El póker le había dado buenas ganancias, y como muy poco

le importaban sus fracasos morales, puede decirse que doña Lucía era una mujer feliz.

Pero, como todo tiene un fin en la existencia, sucedió que un día, de un solo golpe, perdió en una feria popular jugando “albures”, dos de sus mejores propiedades. A poco, se le incendió la casa, perdiéndose en el incendio una cantidad respetable en muebles y alhajas, y una epidemia de epizootia acabó casi con su ganado. De esta manera, en unos meses, la buena estrella de la “bruja” comenzó a opacarse, y se sucedieron, uno tras otro, una serie de fracasos de todo género.

A fin de salvar un compromiso a fecha fija, hipotecó una de sus casas, pensando que la mala racha pasaría, pero al transcurrir de los días, la mala suerte pareció extenderse sobre todos sus asuntos, y se venció la fecha de la hipoteca sin que doña Lucía pudiera rescatar la propiedad, ya que la acreedora era una mujer mercantilista, de fuerte carácter y que tenía interiormente deseos de ver en derrota a “la bruja”.

La casa fue entregada a la nueva dueña, y un odio sordo se empezó a incubar en el alma de doña Lucía. Fue de casa en casa destrozando la honra de doña Estéfana, la tildó de ladrona, de avara, de agiotista; fue tejiendo una malla de calumnias contra la pobre mujer, y terminó por crearle un pesado ambiente en torno.

Su maldad pareció fortalecerse para herir a su nueva enemiga. No se sabe de qué medios se valió, pero una noche, la casa perdida en la hipoteca, y que estaba ocupada ya por un inquilino venido de fuera, ardió por los cuatro costados, logrando a duras penas salvarse los moradores. Para nadie fue un misterio que las malas artes de doña Lucía eran la causa de tal desgracia, pero como no había pruebas en concreto, las cosas quedaron en tal estado.

También doña Estéfana no tuvo dudas de que el incendio se debía al odio que “la bruja” le tenía, pero

aguantó su furia, esperando que llegara la ocasión de vengarse.

* * *

La feria del 15 de mayo era famosa en todos los contornos del pueblo de X. Ocurrían gentes de lejanos lugares a enriquecer, con los productos de sus comarcas, los “puestos”, que llenaban un buen espacio. Orquestas llegadas de diversos sitios, alegraban día y noche la feria, mientras tahures, merolicos, adivinadores y todo ese conjunto que se acostumbra ver en las ferias de pueblo hacían su agosto.

Doña Lucía no faltaba a la carpa donde noche a noche se jugaban fuertes sumas de dinero. Sobre el tapete verde se apostaba lo que se tenía, y hasta lo que no se tenía... Cambiaban de dueño las propiedades, y se enriquecían los vivos a costa de los tontos.

Era el último día de feria; salía doña Lucía de la carpa de juego, después de haber perdido una respetable cantidad de dinero, cuando se encontró con doña Estéfana. Una mirada de odio se cruzó entre las dos mujeres.

-¿Ya se repuso de sus pérdidas, vieja...? -preguntó con tono zumbón doña Estéfana.

-No, pero creo que tampoco usted se repondrá de las suyas- contestó soberbiamente doña Lucía.

-¡Bruja! -le contesto Estéfana-. Había de reprimir la lengua un poco, porque un día le dará un serio disgusto. El día en que se muera, hasta sus propios hijos levantarán las manos al cielo ¡Malvada!

Al escuchar la andanada de injurias, doña Lucía perdió los estribos, y, relampagueantes los ojos, con odio insano, levantó la mano amenazante, y le contestó a Estéfana:

El día que me muera... nadie mejor que usted debía desear el que estuviera lejos tal día, pues le juro por lo que soy, que ocho días después de que yo haya

muerto, me seguirá usted al infierno, vieja maldita. Allá le enseñará Satanás a enriquecerse a costa de los pobres, allá prestará sobre los cazos hirvientes en que se asan los condenados, y no como lo hace aquí que arrebatara una casa por un miserable puñado de pesos.

Doña Estéfana, aparentando no dar importancia a la maldición, rió con una carcajada que sonó a falsa, mientras doña Lucía continuaba:

-Ya, ya puede irse a rezar por mi salud y la prolongación de mi vida, porque lo que le he dicho es verdad; sea en una semana, o en un mes, o en diez años, pero ocho días después de que me haya muerto, vendré por usted para que se dore a mi lado en las llamas del infierno...

* * *

Hacía bastante tiempo que doña Lucía venía padeciendo una afección hepática. La última vez consultó un médico, éste le dijo que no solamente era el hígado el afectado, sino que los riñones marchaban muy mal, y que debía atenderse y seguir un régimen alimenticio; pero ella no estaba para hacer caso a los médicos. Y siguió su misma vida, sin preocuparse gran cosa de su salud.

Un día, hacía como cuatro meses del disgusto tenido con Estéfana, doña Lucía hizo un berrinche, a consecuencia del cual tuvo que guardar cama. El doctor se mostró exigente y no ocultó a sus familiares lo serio del caso, pero fue igual, ya que la enferma se rehusó terminantemente a seguir las instrucciones del facultativo. De lo cual resultó que una noche, un repentino ataque de uremia terminó con la vida accidentada de doña Lucía.

Nunca como entonces se pudo ver las pocas simpatías de que gozaba entre las gentes de la población

aquella mujer a la que ya todo el mundo llamaba por su mote: “la bruja”.

Unas cuantas personas siguieron el cortejo hasta su última morada; ninguno de sus hijos estuvo presente, y cuando doña Estéfana supo de la muerte de “la bruja”, sintió que un estremecimiento de terror la anonadaba.

El 25 de agosto fue sepultada doña Lucía; Estéfana y sus familiares presas de una angustia inexplicable, fueron contando los días, como si las palabras de la mujer que estaba muerta ya, hubiera sido una profecía y no un desahogo de su disgusto.

El 2 de septiembre amaneció brillante y alegre. La plenitud del verano se dejaba sentir en aquel perfume de frutas en sazón que parecía flotar en el aire, en la exuberancia de las flores que engalanaban los jardines, y en aquel ambiente de alegría que lo inundaba todo.

Estéfana amaneció contenta también, un suspiro de alegría había escapado de su pecho al despertar y contemplar el sol brillando sobre las copas de los árboles. La maldición no se había realizado... ¡naturalmente!

Como si una vieja “bruja” tuviera algún poder para pronosticar la muerte.

Hacia las diez de la mañana, se acordó Estéfana de que tenía que desmanchar un traje de Luis su hermano, para que asistiera a una fiesta esa noche. Con los “trebejos” necesarios, procedió a la tarea; sobre una mesa, empezó por cepillar el traje, pero viendo que no quedaría bien por las manchas que tenía, vació en una cubeta una cantidad suficiente de gasolina, y sumergió las prendas.

Cuando las agitó un poco, a fin de no perder tiempo, y a una distancia suficiente para evitar un accidente, procedió a colocar sobre un anafre lleno de carbón, la plancha que necesitaba para terminar su tarea.

Extendió el traje al sol, agitó la lumbre, y un chisporroteo brotó de los carbones encendidos con fuerza inusitada. Estéfana ceró los ojos, para abrirlos al

instante presa de terror, pues una de las chispas había saltado hasta la cubeta de la gasolina, levantando una enorme llamarada.

Queriendo salvar el traje, que había comenzado a arder, Estéfana, no supo cómo se vio envuelta en llamas. A sus gritos, acudieron las gentes de la casa, y queriendo apagarle las ropas, arrojaron sobre ella una vasija llena de agua; pareció que hubiera sido más gasolina la que hubieran derramado sobre la pobre mujer; así ardió de rápida la ropa envolviéndola en un cerco rojo. Cuando a uno de sus familiares se le ocurrió cubrirla con una frazada era ya tarde; la pobre Estéfana estaba convertida en una roja llaga...

Perdió el conocimiento que no recobró sino horas después para llamar con frases de angustia a doña Lucía, implorándole perdón, rogándole la dejara vivir. Murió a la medianoche, sin haber recobrado la conciencia de sus actos.

Y si se había tenido alguna duda de los poderes diabólicos de doña Lucía, la muerte de Estéfana vino a confirmar la fama de "bruja" de que en vida había gozado aquella mujer.

Ocho días después de su muerte, había ocurrido el accidente que costó la vida a Estéfana. Nadie en el pueblo dudó de que aquella muerte era la realización de la maldición que doña Lucía había arrojado sobre su enemiga. Las gentes que no querían aparecer como supersticiosas, decían ¿coincidencia?... Pero en el fondo no estaban muy seguras de que no hubiera sido la maldición de doña Lucía, la causa de la muerte de Estéfana.

AMNESIA

FRENTE al altar mayor, en la centenaria Catedral de Puebla, un sacerdote de manso mirar unió nuestros destinos un día de mayo, luminoso, como marco para contemplar nuestra felicidad. No habíamos hecho proyectos para nuestra vida futura, más allá de aquel viaje de bodas con que soñamos tanto Ernesto y yo; viaje que abarcaba todo el Michoacán pintoresco y bellísimo de entonces, antes del nacimiento del Paricutín, para terminar en esta vieja y querida ciudad tan llena de recuerdos...

Solitarios, pero felices, iniciamos nuestro amable recorrido llegando a Uruapan un sábado lleno de luz, alegre, jubiloso. Entre todos los lugareños de traje limpio que llegaban a pasar el domingo a la ciudad, él y yo, éramos una pareja más, engolosinada de dicha, aristocratizado el traje, pero ingenua la alegría de sentirnos unidos para toda la vida, como nos había dicho el sacerdote poblano al unirnos las manos y las almas.

Alguien nos sugirió la idea de visitar la “QUINTA RUIZ”. Fue en aquel libro lleno de firmas extrañas, donde por primera y única vez, estampé mi nombre unido al suyo, donde sentí yo, tan independiente de ordinario, la dicha de considerarme algo suyo, algo indiscutiblemente suyo, puesto que la ley humana y la divina, así lo testificaban.

El paisaje era maravilloso; perfume de cafetos en flor, me embriagó en forma tal, que una alegría no sentida hasta entonces me empujó entre los brazos

amados, frente a las ondas caprichosas del Cupatitzio que sube y baja formando encajería de espuma al chocar con las rocas aledañas.

Desdeñamos los servicios del guía por parecemos mejor marchar sin testigos cambiando un beso en cada recodo del paisaje. El río cantarín, nos sugestionaba en forma tal, que nos sentamos para contemplarle mejor, sobre un risco elevado al que trepamos con trabajo, pero desde el cual, la perspectiva era admirable.

Nunca he visto espectáculo tan hermoso como el que contéplé aquel día significativo para mí, ni jamás volveré a sufrir como sufrí entonces.

Nuestra vista se perdía entre las frondas verdinegras de la huerta, se detenía, escudriñaba, para seguir luego la cinta del río hecha plomo en las encrucijadas llenas de sombra, o hecha plata, cuando la luz del sol la hería. En nuestra ambición de mirar mejor, tratamos de treparnos más alto, y al apoyarnos sobre una roca en apariencia fuerte, sentimos que bajo nuestros pies se hundía todo, y nuestro grito de angustia debe haberse escuchado a mucha distancia.

* * *

Desperté en la cama del hotel. Esa misma tarde me trasladarían a México; la gravedad de Ernesto había hecho que se dispusiera su traslado inmediatamente. No me permitieron hablar, ni pedir explicaciones; mi estado, sin ser grave, distaba mucho de ser satisfactorio.

Veinte días después fui dada de alta. Durante ese tiempo, sólo logré saber que Ernesto estaba en un sanatorio, y que, se desesperaba por salvarle; una conmoción cerebral le tenía inconsciente, y según informaba "su esposa" no se aseguraba su vida.

Nadie en la empresa donde Ernesto trabajaba, sabía de nuestro matrimonio; las viejas relaciones con aquella mujer a quien todos conocían como esposa suya, habían

hecho que al identificarle, le llevaran a su antiguo domicilio, pues él y yo, habíamos planeado arreglar “nuestra casita” al regreso de nuestro viaje.

Bien sabía yo que cuando Ernesto recobrará sus sentidos, que cuando la inconsciencia dejara de hacerle su víctima, él reclamaría mi presencia, puesto que legalmente, su esposa era yo, no la que estaba usurpando ese puesto.

Cuando estuve perfectamente bien, cuando me sentí capaz de defender mi causa, pensé en reclamar mis derechos.

Una mañana, me apersoné con el director del Sanatorio donde Ernesto se encontraba: el médico me atendió gentilmente, y le expuse entonces mi situación sin ocultarle nada. Tampoco él supo engañarme respecto al estado de mi marido.

-Nada del pasado, existe en la mente de su esposo -me dijo el médico-. Hay una laguna enorme en sus recuerdos, ha olvidado el viaje y sus consecuencias y, por lo mismo, tampoco la recuerda a usted. Sin embargo, como legalmente usted es la esposa, tiene derecho para ordenar que se retire de su lado la otra y ocupar usted su puesto...

-No, doctor, no haré tal cosa. Si mi marido me ha olvidado, no hay razón para complicar su vida con mi presencia. El y yo no habíamos aún organizado nuestro hogar, pues por mi parte existen también serios obstáculos para mi vida al lado suyo, y pensamos ambos disfrutar de nuestra luna de miel, sin pensar en todo lo que habíamos de luchar después para ordenar nuestra vida.

-¿Qué piensa entonces hacer usted?

-Dejar las cosas como están; informarme por la salud de mi marido, y esperar que si Dios lo quiere, algún día él recobre la memoria y entonces vuelva a mi lado. Sufiré, es natural, pero no encuentro otro remedio.

-Piensa usted bien -me contestó el doctor-. Su esposo necesita paz, tranquilidad, no importa al lado de

quien viva durante este período amnésico que ni yo puedo prever en duración.

* * *

Y mi vida siguió su curso como si un sueño muy hermoso, hubiera sido bruscamente interrumpido. Apenas la bella sortija matrimonial que brillaba en mi dedo, podía darme la seguridad de que estaba casada con un hombre, que víctima de una enfermedad, estaba al lado de otra mujer a la que yo ni siquiera conocía...

Siete años de vida en común, le daban a ella los derechos que yo no podía hacer efectivos aunque la ley me escudara.

Poco a poco fui perdiendo confianza en mí misma. Ya no me sentía la esposa de Ernesto. ¿Qué derecho podía yo alegar en mi favor, si había permitido que otra mujer velara a su cabecera durante meses, sin reclamar mi sitio? Yo era su esposa ante la ley, pero la otra lo había ganado ante la razón. Y de estas consideraciones, fui sacando poco a poco la conclusión de que debía olvidar a mi marido..

Pero no podía. Cinco años hacía que lo amaba. Cinco años de mutua comprensión, de perfecta felicidad, de sueños acariciados a la luz de una fé siempre latente, me habían atado a él, con lazos más poderosos que aquellos legales que más que nunca, ahora comprendía no valían tanto como los del corazón. Razones indiscutibles de mi parte, habían retardado nuestro matrimonio, y por ende, la separación definitiva entre aquella mujer y él. Solamente hacía seis meses que Ernesto se había separado del hogar que ocupara con aquella mujer, cuando realizamos nuestro sueño tan trágicamente truncado. Ninguna esperanza me ataba al pasado, si no era aquella que consistía en que Ernesto recobrarla la memoria.

Un día, en México se celebraba una de esas ferias que son tan frecuentes, y a las que la gente concurre siempre

gustosa. Casi sin darme cuenta, llegué a los terrenos ocupados por la feria, y penetré por las calles concurridísimas a esa hora. Sin buscar nada fijo, curioseando me detuve de pronto frente a un "stand". Sentí que el corazón me dejaba de latir, que un frío extraño me recorría el cuerpo, y miré.... miré a Ernesto, que marchaba delante de mí, del brazo de otra mujer...

Un impulso que no pude dominar, me hizo adelantarme un poco, y enfrentarme a ellos. Miré a mi marido a los ojos, buscando una chispa de emoción en ellos, el gesto de su reconocimiento, pero aquellos ojos queridos, que tantas veces vi humedecerse bajo la fuerza de una emoción, me miraron indiferentes, tan indiferentes, como si nunca antes me hubieran contemplado...

Un dolor tan hondo, como callado, se detuvo en mi garganta, hecho sollozo. Las lágrimas estuvieron a punto de brotar de mis ojos, y solamente las detuvo el esfuerzo, mi orgullo de mujer, no sé qué extraña fuerza que surgió de lo íntimo de mi pensamiento y de lo más profundo de mi corazón.

Detuve un coche y subí.

-¿Qué rumbo? -me preguntó el chofer.

-Siga nomás -le contesté. Y caminamos sin rumbo, hasta enfilarse por la Avenida de los Insurgentes, siguiendo luego hasta las Lomas de Chapultepec, en un recorrido tonto, sin objeto.

Cuando mi impresión decreció regresé a la ciudad. Mi bella casita fue el cobijo de aquel dolor no sentido, de aquel orgullo mío de mujer, herido en forma que no se puede describir.

Después de ese día, muchas veces me encontré a Ernesto. Unas en algún banquete de aquellos a que antes solíamos ir juntos, otras en una reunión, muchas en la calle, pero nunca la chispa de un recuerdo, la emoción de lo pasado, cambió su rostro ni conmovió su ser... En el trabajo, su labor era como siempre irreprochable, su aspecto de hombre pulcro y refinado, no desmentía en ninguna forma al Ernesto de otrora;

solamente mi recuerdo y mi nombre, y todo el pasado de aquellos días de nuestra felicidad y nuestra tragedia, parecía que habían sido borrados de la pizarra de su memoria, por la obra de algún genio maléfico...

Y los días, como rosas maduras deshojaron sus horas en mi vivir... Mi tristeza y mi dolor eran más grandes cada día. No podía aceptar que Ernesto me hubiera olvidado, y menos, que viviera al lado de aquella mujer de quien se había separado definitivamente.

Y me di a escribir, dejé sobre el papel mi dolor hecho pensamiento, y guardé la sortija aquella que solamente luciera feliz dos días, porque me pareció indebido lucirla cuando el hombre que la puso en mi dedo, vivía al lado de otra mujer.

* * *

Pasaron dos años; mi soledad era más dolorosa. Vivía de recuerdos, había hecho de mi estudio un rincón amable donde Ernesto o mejor dicho su recuerdo, estaba en todas las cosas.

Sus obsequios, sus libros, su rostro en fotografías diversas, me hablaban de él a toda hora. Le amaba más que nunca. Era mi razón de ser, la suprema ambición de mi vida solitaria. Y él seguía su existencia incompleta, con un pedazo de cerebro perdido en no sé qué encrucijadas mentales...

Un día, me sentí cansada de todo; la nostalgia de Ernesto me hizo sentir el deseo de ir a tomar una taza de café al sitio aquel, donde en nuestros largos años de amor, hilamos tantos sueños.

Eran aproximadamente las cinco de la tarde. Poca gente había en el café a aquella hora; muchas caras conocidas a las que no veía desde mi voluntario retiro, me sonrieron al verme de nuevo en aquel ambiente simpático. Mi mesa, aquella misma mesa a la que me sentaba siempre, cuando esperaba la llegada de Ernesto, estaba solitaria, y con gusto la ocupé. Una emoción

muy íntima hizo temblar mis manos levemente, al tomar la carta que una mesera desconocida me entregó. ¡Cuántos cambios en dos años de ausencia! Pero el cambio más triste para mí, consistía en la dolorosa lejanía de él. Nunca más volvería a escuchar su amable charla frente a mí, ni sentiría la dulce mirada de sus ojos claros posarse en mí, como una caricia inmaterial...

Pensaba en todas esas cosas perdidas para mi vida, cuando vi que Ernesto se acercaba... Por unos minutos que me parecieron largos como horas, dudé de que su presencia fuera realidad. Pero no había duda alguna. No levanté la cabeza, para no denunciar mi turbación, mi alegría, mi incertidumbre. Y fue hasta que su voz querida llegó con una dulce inflexión, que levanté la cabeza para mirarle, al mismo tiempo que le preguntaba:

-¿Eres tú, Ernesto?

Sentóse frente a mí, y con su gesto tan amado, cobijó entre las suyas fuertes y cálidas, mis manos pequeñas, medrosas y pálidas.

-Habla -me dijo-. Dime todo lo que ha pasado durante este sueño doloroso, casi trágico en que se ha debatido mi vida por dos años.

-Habla tú -le contesté-, puesto que mi vida terminó al saber que estabas en un sanatorio, después del accidente en que ambos estuvimos a punto de perder la vida. Dos años han pasado, y durante ellos, el olvido hizo presa de tí; no me conociste en más de veinte veces en que nos encontramos, te vi en ocasiones al lado de "aquella mujer" y pensé que lo mejor era olvidarte, ya que el destino parecía empeñado en separarnos.

Hoy no sé que extraño impulso me hizo venir desde mi casa a este café donde tú y yo estuvimos tantas veces, durante tantos años... Fue una fuerza superior a mi voluntad la que me empujó, ¡... aquí me tienes!

-Pues tú ya sabes que la amnesia hizo presa en mí, y que no sabiendo a quién llamar, ni a dónde conducirme me llevaron a un sanatorio y llamaron a mis familiares y

a “ella”. Durante estos dos años pasados, un gran número de cosas dejaron de existir en los “anaqueles” de mi memoria; una niebla rara lo cubría todo; era como si de un paisaje se hubiera borrado la parte central, dejando intactas las demás fases de la pintura. Muchas veces, me quedaba horas enteras perdido en una niebla mental de la que no supe nunca salir; seres y cosas, se encontraban borradas de mi vida, y sin embargo, había momentos en que una angustia que no puedo describirte, me hacía dolorosa la vida hasta casi renegar de ella.

Hoy tuve un fuerte disgusto con aquella mujer por una cosa que no valía la pena. El choque nervioso fue tan rudo, que sentí un desvanecimiento extraño; me senté y apoyé mi cabeza entre las manos, y fue como si emprendiera un viaje por un país lleno de recuerdos. Era como si la memoria hubiera sido doblada en forma de acordeón, y como si en cada doblez hubiera sido escrita una etapa diferente de mi vida, de ese pedazo de vida que se me había volado de la mente, dejando trunca mi existencia. No sé qué tanto tiempo pasó, pero cuando volví a la realidad, sentí una sorpresa enorme... Te busqué a mi lado, y al darme cuenta de que estaba en la casa de “ella” empecé a recordar. Mi cabeza era un caos; marché al lado de mis hermanas, y fueron ellas las que aclararon mis dudas.

La tormenta interior que se desató en mi mente y en mi corazón, no puedo describirtela. ¿Dónde estabas tú, qué había sido de tu vida en aquellos dos años transcurridos? Fue tan intenso el poder de mi deseo, que estaba seguro de encontrarte aquí. Porque yo te llamé en silencio... Te grité, te imploré con las potencias de mi corazón, y por eso al verte, no sentí sorpresa. Hubiera podido jurar que vendrías...

Sí, pero ahora, quizá para nuestra tranquilidad hubiera sido mejor que todo continuara como hasta ahora. ¿Qué pensará esa mujer de la actitud tuya al recobrar tu memoria?

-Se ve que piensas así, porque nunca la has oído

lamentarse de “mi regreso”, porque ignoras el infierno porque he pasado. Ahora con esta vuelta mía a la realidad de la vida, con esta recuperación de ese pedazo de existencia que tuve perdido, ella recobrará la libertad que ambiciona, el dinero que desea, y nosotros reanudaremos nuestra vida, esa vida nuestra truncada tan dolorosamente. Un mundo nuevo se abre ante nosotros, mujercita mía. Es como si volviéramos a atar nuestro destino, olvidando el fragmento doloroso en que yo, según dices, pasé por tu lado del brazo de otra mujer, sin verte siquiera. Nuestra vida se reinicia aquí, frente a esta mesa, y bien podemos, como fray Luis de León, repetir su frase: “Decíamos ayer...”

No quise decir nada; la vida sin el cariño de Ernesto era para mí tan dolorosa, tan amarga, tan solitaria, que el miedo de volverla a vivir acalló mis últimos escrúpulos, mató la pequeña reserva de amor propio que todavía me quedaba. Mi vida ahora se reduce a dos palabras: Somos felices.

“MOTIVOS”

EL PUEBLO de Meresiche, se debatía en la modorra del olvido a que siempre fue condenado por las distancias enormes, y las escasas vías de comunicación.

Sus habitantes sentían el peso de aquel olvido, traducido en un atraso prolongado, en un desconocimiento de comodidades, y en esa amargura característica que se observa en las gentes que no esperan nada ya del porvenir...

En una época, estuvo a punto de mejorar la suerte del poblado; cuando una empresa minera trató de establecer en él la hacienda de beneficio de sus diversos fundos mineros; por motivos diversos, el proyecto fracasó, y en el camino carretero que une a Meresiche con el importante mineral de “Cerro de Oro”, quedaron los trabajos de mampostería hechos para tender la línea férrea que uniría a las poblaciones del sur con el mineral citado.

Puentes a medio terminar, alcantarillas y tajos casi a plomo hechos sobre los cerros laterales era todo lo que había quedado del llevado y traído asunto de la línea férrea. Y por ello seguían los habitantes de los poblados, transportando al paso cansino de sus cabalgaduras y de sus bestias de carga los escasos productos restantes de sus regiones, para venderlos en el mineral de “Cerro de Oro”.

Las sementeras de aquella zona agrícola, no habían sentido el trepidar del motor de los tractores; todavía sus entrañas eran abiertas por la acerada punta del

arado, mientras las rudas manos del labriego empuñaban la mancera.

Y allí, tras las paredes rústicas, los hombres que tenían levadura de rebeldía, veían atardecer un día tras otro, sin que un nuevo horizonte abriera sus perspectivas a la olvidada región.

De entre el montón anónimo de obreros mineros que en "Cerro de Oro" y sus cercanías vegetaban ganándose la vida con salarios de hambre, se destacaba Bernardo García por su actividad y su deseo de significarse en su labor.

Era casado y tenía cuatro hijos que, criados a ración de miseria crecían raquíticos y endebles, bajo la mirada dolorosa de sus padres. Dicen que "un mal no viene nunca solo" y quizá para justificar el dicho, la mujer de Bernardo enfermó y murió en el transcurso de una semana; y el hogar, de por sí miserable ya, quedó en las garras del dolor, la miseria y el abandono.

Pasaron los días tristes, silenciosos, como precursores de nuevas desgracias, y uno de ellos enfermó, Vicente, el mayor de los hijos de Bernardo, que tenía ya catorce años.

"Buena alimentación, aire, sol y mucha higiene, recetó el médico; el muchacho está desarrollándose, y necesita una buena ración de vitaminas..." Bernardo, para tratar de salvar a su hijo, empeñó el pedazo de tierra que formaba su pequeño patrimonio en el pueblo; pero el dinero, escaso y manejado sin control se acabó pronto, y el pobre "Chente", como le llamaban sus hermanos, seguía mal... muy mal.

Bernardo, que frecuentemente se retardaba, ya en darle las medicinas a su hijo, ya en preparar los alimentos de los otros, fue acusado de llegar tarde a sus labores y de descuidar su trabajo; y un buen día, al llegar al desempeño de sus obligaciones, se le notificó el acuerdo tomado por Mr. Kelly; suspenderle (cesarle en términos más claros).

Agobiado por el nuevo dolor, entristecido al princi-

pleno y enfurecido después, fue a la oficina y se encaró con el jefe; un americano de agrio carácter y manera despótica.

Con el acento de la verdad, Bernardo expuso sus razones; vació sus amarguras, dio cauce a su dolor en la queja y en el reclamo de su empleo que era, no sólo el pan, sino la vida para sus hijos; pintó con vívidos matices el cuadro de su hogar huérfano, de su hijo moribundo, etc, etc. Pero todo fue en vano.

El rostro flemático y el gesto sañudo de John Kelly le confirmaron que la negativa era sin apelación.

-Pero, ¿por qué me han “dado mi tiempo”? - preguntó Bernardo, los motivos que dan no tienen justificación, ya que podían descontarme los minutos que me retraso.

-Se te despide además, por “rebelde” -contestó, Kelly-; aquí pagamos porque se trabaje y no porque se haraganeé y se conteste con gestos orgullosos cuando se llame la atención sobre algo.

-Pero ya he explicado a usted, el por qué de todo eso Mr. Kelly.

-Es inútil, no insistas, tu lugar está ocupado ya.

-Tengo dieciocho años de prestar mis servicios en este mineral; mi hijo está enfermo, necesita medicinas, alimentos, cuidados; yo hablaré al gerente, Mr. Kelly.

-Si ves al gerente, será igual. Está dentro de mis atribuciones dar y negar trabajo; conque, ya lo sabes.

* * *

Y como había muerto la madre, calladamente, en silenciosa extinción de dolor y conciencia de su abandono del mundo, murió Chente un día...

Bernardo vio cómo marchaba por la vereda escarpada del cerro sobre el que se levantaban las cruces del cementerio, la caravana callada que conducía a su hijo a la última morada.

Y lloró... con llanto silencioso, llanto de hombre que

nace en el pecho en fuertes sollozos y que muere a flor de labio, y que deja los ojos secos y el alma ardiente... Su mujer y su hijo muertos, y sus hijos restantes expuestos al hambre, por la mala voluntad de aquel tal de Kelly; pero ya se las pagaría, sí, claro que lo pagaría todo.

Una tarde marchó a Meresiche con sus tres hijos. Los llevó a casa de su madre, para que, si bien compartirían su miseria, al menos tendrían cerca de ellos, una persona que vigilara sus actos, y los cuidara. Y él, él, sabría ya lo que haría. “¡Oh Kelly, como siento ansias de devolvarte injuria por injuria, de hacerte ‘mascar’ tus propias insolencias!”

Y cuatro días después, Bernardo estaba de regreso en “Cerro de Oro”. Desde entonces, fue casi la sombra de Kelly; nadie sabía dónde vivía Bernardo, ni dónde comía, pero sí sabían que podían verle siempre cerca de la oficina de Kelly, o en los alrededores de su casa. Una fiebre continua, parecía enardecer sus ojos, y algunos llegaron a pensar que estaba loco.

Un fin de semana, Kelly había salido de cacería; regresaría al atardecer, como siempre, con buena ración de conejos en la alforja.

Pero anocheció, pasaron lentamente las horas, y el “gringo” no llegaba... Había alarma en su casa, y varios mineros armados de sendas carabinas, emprendieron su búsqueda.

* * *

Desesperados ya de no encontrar a Kelly, regresaron los mineros alumbrados por linternas, “cachimbas”, etc. No sabían cómo explicar el fracaso de sus pesquisas a la esposa del americano, pero se resolvieron a llegar; en la salita de la residencia, la esposa y los hijos del señor Kelly lloraban ante las explicaciones de Juan Romero, el jefe de la partida que no había encontrado ni huellas del perdido, cuando chirrió la reja de entrada de

la residencia; todos se avalanzaron a la puerta, y vieron un cuadro por demás interesante: Bernardo, con la escopeta de Kelly en bandolera, cargaba sobre sus espaldas el fornido cuerpo del americano; desde luego pudieron darse cuenta que éste, tenía una pierna vendada, lo que anunciaba algún accidente. Las explicaciones vinieron después.

Bernardo, desde su regreso de Meresiche, no traía otro objeto que matar a Kelly, vengando así la muerte de su hijo, ya que consideraba culpable al gringo de la falta de atención de Chente; cuando esa mañana le vio salir de cacería, le siguió a distancia; aguardó las horas de la tarde para realizar su proyectada venganza, y siguió incansable a Kelly por entre profundos cañones, y escarpadas rocas.

Muchas veces estuvo a punto de despeñarse, pero su costumbre de corretear por entre breñas, le salvó. Veía cómo el americano, presa entre las garras del frenesí de la caza no miraba a veces donde ponía el pie, por no perder de vista a la pieza perseguida, y muchas veces estuvo a punto de gritar y denunciarse, cuando veía en peligro al hombre, su enemigo.

Y las primeras sombras de la noche se tendían ya sobre el campo, cuando el señor Kelly emprendió el regreso; Bernardo tenía ya planeado su crimen: Cuando el gringo bajara la pendiente del "Paso del Chivo" aprovecharía él, para colocar una bala en el cuerpo de Kelly...

-Y -contaba Bernardo- después con mi Smith & Wesson entre las manos, sigilosamente fui abriéndome camino entre las breñas... la noche por fortuna era clara, la silueta de Kelly aparecía y desaparecía en las curvas de la bajada, de pronto, apareció clara, perfectamente destacada, y yo me detuve, empuñe el revólver y apunté... En el momento de jalar el gatillo, un grito espantoso retumbó en la barranca, y oí perfectamente como un cuerpo rodaba por entre las piedras y breñales.

En aquel momento no pensé en que el señor Kelly

era mi enemigo, la víctima tras la que había andado todo el día; pensé que era un ser humano como yo, y depuesto mi odio, corrí, corrí poniendo en mi carrera todo el cuidado para no caer, y le encontré desmayado, detenido por unas matas de "chamizo"; froté su frente con un poco de vino que él cargaba en su "cantimplora" y le cargué como pude hasta terreno plano, y así descansando a ratos, pude conducirlo hasta aquí. Como a medio camino volvió en sí, y me pidió agua; le di un poco de vino y le vendé la pierna que tiene enteramente rota; un brazo también está fracturado, pero dice el médico que será cuestión de semanas su restablecimiento, lo peor de todo, fue la mucha sangre que perdió, pero parece que le harán una operación de "esas" en que le ponen a un cristiano, sangre de otro y asunto concluido.

-¿Pero, y tu odio por Kelly?. -preguntó Pancho Rubiales.

No sé qué me pasó, quedó sepultado en el fondo de la barranca de "Paso del Chivo". Cuando regresaba con el gringo a cuestras, pensé que mi mujer y mi hijo se habían muerto, porque tenía que ser; ¿por qué me había de convertir en un criminal yo? No me pesa, ni me pesará nunca lo que he hecho...

* * *

Y ese fue el motivo, porque, cuando ya restablecido del todo Mr. Kelly, dio a Bernardo un puesto de confianza en su oficina. Ahora, sus dos hijos estudian, y la pequeña huérfana, vive al lado de los hijos de Kelly, donde todos la quieren y la miman.

Muchas veces Bernardo, contemplando el lejano cementerio donde reposan su mujer y su hijo, monologa:

-Bien decías tú, viejita... En el mundo, devolver bien por mal, da siempre buenos frutos.

EL CRIMEN DEL PADRE FERNANDO

DICEN que se caminaban leguas y más leguas sin salir de los límites de las tierras de cultivo de los Hernández Landavazo. Tan ricos eran aquellos criollos de prosapia discutida y visibles pretensiones.

Don Edmundo, jefe de la familia entonces, había tenido en su matrimonio con doña Elvira Flores, un hijo que al cumplir los doce años, fue enviado a España para que hiciera estudios eclesiásticos; ya que en aquellos tiempos, ninguna familia que se respetara, dejaba de hacer que un hijo suyo siguiera la carrera sacerdotal.

Dos años después de haber salido Fernando rumbo a la Península, le nació a doña Elvira una niña. Era la pequeña un capullo de rosa; de azules ojos y cabellos rubios, encantaba a quienes la veían.

Fue el más grande cariño de sus padres, y de más de un galán, pues al cumplir dieciséis años no había en la ciudad muchacha más hermosa y más buena.

Un día, en la casona familiar de los Hernández Landavazo, había inusitada alegría. Se colgaban guirnaldas de flores en las arcadas y en las columnatas, y minúsculos faroles de artísticas formas que iluminarían los jardines, se prendían en las ramas de los naranjos y en las anchas hojas de las palmeras; resplandecía la casa de limpieza y una alegría jocunda la llenaba. Fernando, el padre Fernando; que por dieciséis años había estado fuera de la patria, volvía de nuevo, ordenado ya sacerdote, y con los prestigios de su alcurnia y los de su talento reconocido allende los mares, entre hombres de prestigio intelectual.

Fernando llegó a la mitad del día; cuando sobre la ciudad flotaba una onda de perfumes y había una orgía de colores invadiéndolo todo. Brillaba todavía en sus ojos garzos aquella luz que en su niñez hacía preguntar a su madre entre verdad y broma:

-Pero Fernando, ¿de qué estrella te has robado el fulgor para ponértelo detrás de los ojos?

Sí, el padre Fernando con sus 28 años plenos de vida y de fuerza material y espiritual, cubierta su alta figura por un severo traje negro, sólo denunciaba su ejercicio religioso, el blanco cuello característico de los sacerdotes.

Cuando sus padres le vieron descender del coche que le traía de la estación, no podían convergerse de la transformación. El pequeño Fernando era ahora un hombre; un gallardo sacerdote de serena mirada, de sonrisa franca, y bellas manos de suaves movimientos.

A él no le fue difícil reconocer a sus padres; dieciséis años en la abundancia y la tranquilidad hogareña, modifican poco a las personas; la sorpresa del joven sacerdote fue en el momento de encontrarse frente a su hermana Gracia. La delicada figura vestida de blanco que tenía ante sí, le recordaba a una virgen de maravillosa belleza, contemplada hacía algunos años en la ciudad de Avila, cuna de Santa Teresa. Los mismos ojos garzos de Gracia, la sonrisa, el dorado matiz de los cabellos, y la nariz de purísimo corte, todo parecía haber adquirido vida en su hermana...

La ciudad entera celebró la llegada del sacerdote con júbilo sincero; su porte sencillo, el cariño que manifestaba por cada cosa y por cada persona, aumentaron las simpatías que su misión había hecho nacer. Y los días se fueron deslizando en la placidez de aquella ciudad de provincia...

* * *

Han pasado doce meses, desde que el padre Fer-

nando regresó de España. En la casa de los Hernández Landavazo se nota una agitación distinta a la que conmoviera la casa un año antes... Ahora un aire de tristeza lo envuelve todo. El sacerdote marchará hacia la capital de la República, y le acompañará su hermana, que estudiará en uno de los mejores colegios de religio-sas de la ciudad de México.

Los preparativos eran rápidos; saldrían los dos hermanos al amanecer, a fin de estar en Hermosillo a tiempo de tomar el tren hacia el norte (entonces todavía no se podía venir a México por Guadalajara). Dos días después estaba de regreso don Edmundo, quien a pretexto de olvidar su tristeza, emprendió viaje a la "casa de la sierra", que era una magnífica estancia, donde gustaba de pasar temporadas en los meses de calor.

Desde que Fernando y Gracia se alejaron, una tristeza extraña se apoderó de todas las cosas; hasta los mismos extensos jardines se vieron abandonados, descuidados, hasta convertirse en matorrales de hierba que todo lo invadía. Nunca más volvió a escucharse el piano que, polvoriento, permaneció cerrado desde que las manos de Gracia no le tocaron.

Un misterio existía en la vida de aquel matrimonio; todo el amor que antes les había unido, parecía que poco a poco se convertía en odio; tanto doña Elvira como don Edmundo se evitaban, y terminaron por vivir desunidos, ella en la ciudad, y él en el campo, mejor dicho en la "Casa de la Sierra".

Tres años después de la ausencia de sus hijos, murió doña Elvira una mañana; tenía entre las manos un bello relicario dentro del cual, los rostros de sus muchachos parecían mirarla con una súplica en los ojos claros que ya nunca vería...

Por orden de don Edmundo, la casa se cerró; no

admitiendo las solicitudes que se le hicieron para darla en alquiler.

* * *

Y llegó 1910; los corceles revolucionarios hollaron todos los caminos y todas las veredas de la patria... Ardía la República entera en una llama trágica. Los hombres del sur, marcharon hacia el norte y viceversa, sin que hubiera tranquilidad ni quietud, ni en pueblos, ni en ciudades, ni en ranchos...

Desde la muerte de don Edmundo, “la casa de la sierra”, había quedado casi abandonada, pues sólo Camilo, un viejo trabajador de la casa, había quedado al cuidado de los terrenos, que cultivaba en la pequeña escala que sus fuerzas debilitadas lo permitían.

Un día, un regimiento revolucionario llegó a la hacienda; las tropas maderistas eran perseguidas de cerca por una columna federal. El coronel rebelde, dio órdenes de que se tomaran las casas de la hacienda como cuartel y organizó la defensa, mandando hacer “troneras” a todo lo largo de los muros.

A piqueta y barra, se trabajó durante todo un día, y la casa principal, así como las otras, quedaron horadadas en diversos sitios, por los que asomaban amenazadoramente los cañones de los fusiles y de las ametralladoras...

Al rayar el alba del segundo día de estancia en la hacienda, el centinela rebelde dio la voz de alarma, y se aprestaron a la defensa los soldados; las tropas federales emplazaron los cañones sobre la hacienda y rompieron el fuego minutos antes de que amaneciera.

Sólo dos horas resistió el ataque el regimiento rebelde; la “casa de la sierra” era un montón de muros derruidos, y de techos destrozados; las bajas por ambas partes habían sido numerosas, y se preparaba la fosa común para los muertos, cuando un grito de horror escapó del pecho de uno de los soldados federales.

Al remover unos escombros, buscando muertos entre las paredes echadas abajo por un cañonazo, se descubrió un cadáver, mejor dicho un esqueleto; el horrible esqueleto, de una mujer que había sido sepultada en cinta teniendo más de cinco meses, pues así lo denunciaba la pequeña osamenta encontrada en forma tan casual...

Se dio cuenta el coronel federal del extraño hallazgo, y llamó al capellán para que diera su bendición a los restos que de seguro habían sido producto de un crimen.

Cuando el capellán que acompañaba el regimiento fue puesto frente a los muros, sufrió tal conmoción, que a no ser por el respaldo prestado por un soldado, hubiera dado con su cuerpo en tierra... Una palidez casi terrosa le cubría el rostro y temblaban sus manos en forma indomable.

Extrañados, vencedores y vencidos, de lo raro de la actitud del sacerdote, le llamó el coronel federal a un sitio apartado, y le exigió que hablara:

-¿Que significa esta extraña actitud suya? ¿Conocía acaso a los moradores de aquella hacienda?

Y el sacerdote habló.

El misterio era terrible; el capellán que acompañaba a las fuerzas federales, era el padre Fernando; cuando la revolución estalló en todos los sitios de México; él se ofreció para acompañar a las tropas del General X en su avance hacia el norte; le llevaba el ansia de saber de los suyos, de sus padres, de su hermana.

En la ciudad que le había visto nacer, se enteró de la muerte solitaria de su madre, del abandono del padre, de todo lo que había sido el patrimonio de sus mayores, de la ausencia de su hermana, y de la reclusión del pobre viejo en "la casa de la sierra". Un presentimiento le ensombreció los ojos desde que supo todo aquello. Las tropas federales de que formaba parte, llevaban precisamente el rumbo de la sierra, era imposible esquivar el encuentro, y de resistirlo a campo descubierto, era

preferible llegar hasta la casa de sus padres, que ofrecía buena resistencia por lo recio de los muros y lo alto de las bardas construidas de piedra y mezcla. Él ignoraba que ya las tropas revolucionarias se habían apoderado de la hacienda.

El viejo criado de sus padres, único habitante de la casa, le había confiado por correspondencia en parte, el secreto del crimen cometido hacía muchos años por su padre; secreto terrible, que ensombrecía para siempre su vida, pero que sería el castigo más benigno que él podría merecer para su crimen, más espantoso aún, que el cometido por su padre.

Hacía muchos años, cuando a su regreso de España se vio ante la peregrina belleza de su hermana Gracia, sintió como si todo el mundo hubiera cambiado para él; los días siguientes fueron de torturas inenarrables, sujeto al cepo de la indecisión, entre el deber y el crimen que constituía el amor maldito que sentía por su hermana.

Y para desgracia suya la inocente chiquilla se sentía envuelta en las mismas redes de un amor criminal, doblemente vedado por la religión y por la sangre... Fueron días de angustia, de pena, de martirio. Una noche, la muerte de un pariente cercano alejó a sus padres de la casa, dejando a Gracia a su cuidado, la soledad, la intimidación y el amor, consumaron el crimen, y la chiquilla quedó doblemente mancillada...

El no sabía cómo pero su padre había descubierto todo; un día le ordenó que preparara su equipaje; le acompañó a la estación del ferrocarril y sin una palabra de cariño ni de perdón, le vio alejarse para siempre. Ignoró el castigo impuesto a su hermana, y al inocente fruto de su amor criminal; nunca se cruzó una palabra entre él y sus padres, y su vida desde entonces, fue de martirio, de sacrificio, de prueba. Al verse ante los restos de la que había sido su hermana, y del que hubiera sido su hijo, sintió pesar sobre él toda la tierra, nunca como entonces comprendió el horror de su vida,

el destrozo de su hogar, la muerte de sus padres y de Gracia... Todo era espantoso, sacrílego, horrible.

Ante ciertas catástrofes morales parecen insignificantes las tragedias físicas. El mismo coronel se sintió consternado, conmovido ante el dolor del padre Fernando. Se dio cristiana sepultura a los despojos encontrados entre los muros de la casa de campo, y prosiguió el avance....

En el combate de Santa Rosa, pereció el padre Fernando; para esas fechas, había abandonado el traje sacerdotal y vestía la indumentaria de los revolucionarios, a cuyas tropas se había afiliado, estaba viejo ya, pero seguía siendo fuerte y era valiente y noble a carta cabal.

Muchos soldados heridos le debieron la vida, siempre se sacrificó en bien de los demás, por humildes que fueran; su existencia se había convertido en un apostolado del bien.

Cuando murió herido por una bala federal, hubo muchas plegarias silenciosas entre los soldados que habían convivido con él. Pocos, no llegaban a tres los que habían sabido su crimen, pero la sonrisa que flotaba en sus labios cuando quedó muerto, parecía indicar a sus amigos, que Aquél que todo lo rige y que todo lo puede, ¡había perdonado!.

LA SOMBRA DE DON RAMIRO

SUCEDIO hace muchos años... El porcentaje de fantasía que haya en este relato, no puedo precisarlo; pero siendo una leyenda de sabor pueblerino, la ofrezco a la curiosidad de los lectores, dejando a su cargo, el comentario sobre la veracidad de los hechos.

Aurelio, el protagonista principal de mi relato, era en aquellos tiempos un mozo garrido, fuerte y valiente a toda prueba. Desde hacía mucho tiempo, estaba enamorado de Patricia, muchacha bonita, vivaz, y además, inteligente. Hija de campesinos acomodados, veía contrariados sus amores, ya que sus padres no admitían a su novio, por considerarlo un hombre de “poco porvenir”. Llamaban entonces poco porvenir a no tener dinero.

Esta marcada oposición de los padres de Patricia a su noviazgo había deprimido el ánimo del muchacho en tal forma, que un día salió del pueblo, con la intención de buscar trabajo fuera del lugar, con la esperanza de que su actividad venciera la resistencia de los padres de su novia.

La buena presencia de Aurelio, hizo que don Octaviano Miranda, una de las más saneadas fortunas del pueblo de X, le diera colocación. Consistía ésta, en ir cada mañana a primera hora, a vigilar a los peones de la hacienda a fin de que iniciaran sus labores a buena hora. Era un poco molesto aquello de levantarse con el primer canto de los gallos, cuando todavía las estrellas brillaban en el cielo, para ensillar su caballo y encaminarse a

la hacienda a fin de llegar amaneciendo. Pero sus ambiciones justificadas le daban valor al muchacho.

* * *

Tres meses hacía que Aurelio emprendía la caminata rumbo a la Hacienda del Moral, cuando faltaban aún tres horas para que amaneciera. Su labor se reducía a llegar al rancho, tocar una tosca campana para despertar a los trabajadores, encomendarles el trabajo del día, y luego regresar al pueblo, para volver a revisar la jornada poco después del mediodía.

El viaje de regreso y los dos posteriores, eran muy agradables, pues los hacía cuando el sol bañaba ya campos y cerros y cuando las carretas de los campesinos, al paso cansino de los bueyes, hacían el mismo recorrido que él. Montaba diariamente un caballo alazán, que conocía perfectamente el camino y que le conducía de regreso al pueblo, sin que necesitara guiarle. Esta confianza en su cabalgadura, hacía que pudiera adormilarse mientras iba rumbo a la Hacienda del Moral cada día.

Aquella mañana, como todas las anteriores, Aurelio había dejado que el caballo siguiera el camino a su antojo; mas de pronto la inmovilidad de la bestia, a la vez que un estremecimiento de la misma, le hicieron despertar de la modorra y al abrir los ojos distinguió, como a cien metros de distancia, en la semioscuridad del amanecer, la figura de un jinete que se recortaba admirablemente sobre el tono opalino del cielo. Montaba el jinete un caballo negro de gran alzada, y negra era la vestidura charra que portaba, así como el sombrero. Le vio Aurelio avanzar al paso del caballo, atravesar el cruceo que dividía la carretera para seguir el mismo camino que Aurelio, pero a una distancia notable.

Al dar vuelta a un recodo vio Aurelio que el extraño

jinete siguió por la vereda que llevaba al rancho de "La Camelina", y pensando en el raro encuentro, siguió adelante.

Pasaron ocho días sin que ni uno sólo, dejara de ver el silencioso individuo seguir el mismo camino, a la misma hora y sin variar en nada su actitud. Por más esfuerzos que Aurelio hizo, cambiando un poco el paso de su cabalgadura, a fin de poderse encontrar con el "charro del caballo negro" en el momento que cruzara el camino no pudo conseguirlo; delante de él, a la misma distancia del primer día, veía recortarse en la semioscuridad del amanecer, la gallarda y misteriosa aparición.

La rara figura de aquel hombre que aparecía siempre a su vista al amanecer, la inmovilidad del jinete que manteníase erguido sobre la silla galoneada, así como el camino siempre igual que seguía y la deriva que hacía al llegar a la vereda que llevaba al rancho de "La Camelina", comenzaron a intrigar seriamente a Aurelio.

Más de una semana hacía que se desarrollaban los hechos mencionados, cuando una mañana, Aurelio al regresar de la hacienda se resolvió a hablarle a su patrón. Le narró detalle a detalle lo que le acontecía; don Octaviano le vio atentamente, como dudando de la veracidad de sus palabras, pero a medida que Aurelio contestaba a sus preguntas, y le describía admirablemente la figura del charro y del caballo, un gesto de extrañeza y de preocupación, remarcaba la arruga que plegaba la frente de don Octaviano.

-Pues Aurelio, si la leyenda no miente, a ti te ha caído en suerte cruzarte con la sombra misma de don Ramiro, el del rancho de "La Camelina" un "gachupín" que vivió por estas tierras hace años, y que murió, según el decir de las gentes, dejando un tesoro escondido no se sabe dónde.

El rumbo que según tu decir sigue ese charro madrugador es el que lleva al rancho de don Ramiro que ahora está casi abandonado. El apoderado del gachupín cuida poco de esta propiedad, ya que los que han

habitado las casas del rancho, dicen que don Ramiro se aparece y vistiendo precisamente en la forma en que tú has descrito al jinete del caballo negro.

No creo en aparecidos, Aurelio, pero sé que hay extrañas fuerzas ocultas que a veces guían el destino de los hombres; posiblemente a ti te toque dar con el famoso tesoro de don Ramiro, que dicen está formado de puras onzas de oro de dieciséis.

Aurelio se quedó pensativo; mucho le interesó el relato de su patrón, pero pensó en tantas mentiras como acostumbran narrar los rancheros para entretener el tiempo, y se fue meditando en todo lo que él haría, si lo que decían de aquellos entierros era cierto. Entonces sí realizaría su sueño, y Patricia, su bella novia sería suya.

A la mañana siguiente, más temprano que de costumbre, Aurelio salió para la hacienda; llevaba la firme resolución de seguir a la extraña figura que a diario atravesaba el crucero del camino; y si en verdad no era una persona mortal la que montaba el caballo negro, él la seguiría al día siguiente, y emprendería la búsqueda del tesoro. Y sucedió lo de siempre: cuando Aurelio llegó cerca del crucero, vio en la vereda lateral, la rara figura del jinete que seguía su camino imperturbable; Aurelio se armó de valor y le siguió...

Cuando las primeras luces de la mañana rompían las sombras postreras de la noche, llegaron al rancho de "La Camelina" el jinete negro y como a cien metros de distancia Aurelio. Al verle avanzar por el camino que llevaba a la casa del rancho, Aurelio pensó que era alguna persona real a la que seguía, y hasta se detuvo para verle desmontar al pie del grueso aliso que crecía a la puerta del rancho; mas un estremecimiento incontenible y una sensación de miedo a lo desconocido, se posesionaron de Aurelio al observar que caballo y jinete se desvanecían como las sombras, al pie del árbol...

Una frenética carrera emprendió el mozo hasta el pueblo al que llegó, y sin desmontar en su casa como acostumbraba, marchó a la de su patrón al que puso al

corriente de lo que pasaba. Don Octaviano le habló de esta manera:

-Pues hijo, la suerte es tuya, lo mejor que puedes hacer si tienes valor para ello, es irte mañana temprano con una mula, un pico, una pala y dos costales de cuero, y al pie del aliso, buscar, sin descanso, que algo debes encontrar. No serás tú el primero en enriquecerse de la noche a la mañana.

-Y si tanta fe tiene en eso patrón. ¿por qué no me acompaña? Con gusto podríamos repartirnos lo que fuera...

-Porque la suerte no es para mí, hijo; si esas onzas estuvieran destinadas para mí, yo hubiera visto la sombra de don Ramiro en alguna de las mil veces que he cruzado ese camino al amanecer. Los muertos son muy celosos de sus tesoros, y de seguro él quiere que tú seas el que disfrute de ese dinero acumulado durante varios años.

-¿Pero yo por qué?

-Lo ignoro Aurelio, pero... ¿tú eres de estos sitios?

-No, señor; vine hace como diez años, del vecino Estado; pero de aquí fueron mi padre y mi madre.

-¿Qué nombre llevaba tu padre?

-El de mi abuela, pues parece ser que mi padre fue hijo natural de un hombre rico de estas tierras, que se enamoró de mi abuela y no se pudo casar, por estarlo ya; en una de las epidemias de la fiebre amarilla, murieron mi abuelo y su esposa e hijos, sin que hubiera podido legalizar el nacimiento de mi padre; según sé, el apellido de mi abuelo era Ordaz y Luna...

Don Octaviano se puso intensamente pálido al escuchar tales nombres en labios de Aurelio, pues el famoso español don Ramiro, llevaba los mismos apellidos, Ordaz y Luna, y había muerto durante la última epidemia del cólera.

-Pues ahora más que nunca, pienso que una fuerza oculta te guía hacia tu fortuna, eres nieto de don

Ramiro, pues no pueden ser coincidencia tantas cosas; no vaciles pues, y Dios dirá...

Un poquito antes de lo acostumbrado, emprendió Aurelio el camino; en esta ocasión, una mula fuerte, bien preparada para el objeto, le seguía.

Y, como los otros días, la sombra del jinete se delineó y tomó rumbo hacia "La Camelina" y de igual manera, que otras veces, se desvaneció al pie del aliso, a la entrada del rancho.

Valientemente Aurelio inició su trabajo; cavó, cavó, con redobladas energías, sin que nadie, ni el más pequeño rumor turbara su trabajo; era ya pleno día, cuando la punta de la piqueta dio contra algo distinto a tierra o piedra. Aurelio sintió un desvanecimiento cuando comprobó que lo que había chocado contra la punta de hierro, era la pared de una olla de barro cocido, que había adquirido casi la resistencia de una roca.

Entre la tierra había restos de una tabla que el tiempo había deshecho, seguramente cubría la boca de las tres ollas que encontró colocadas simétricamente sobre una plancha de hierro comida por el óxido; onzas de dieciséis... onzas de a dieciséis había muchas, tantas, como nunca soñó en sus fantasías.

Sobre los lomos de la mula, colocó los dos costales con la preciosa carga... Al llegar a su casa, su madre, ocupada como siempre en sus tareas, no se dio cuenta de la carga que su hijo había traído.

Era mediado el día cuando Aurelio volvió a la casa de su patrón, con el que se encerró por largo tiempo en la oficina.

* * *

Pocos días después, Aurelio emprendió un viaje a Estados Unidos, tardó más de tres meses, y a su regreso, empezó a vérselo comprar ganado, hacer negocios en distintas actividades. No fue poca la sorpresa de muchos, al verle un día comprar "La Camelina":

todos creían que el dinero de que Aurelio disponía, era de don Octaviano, ambos lo hacían creer así; la opinión de los padres de Patricia habíase modificado por completo, de manera que no fue raro ver llegar un día a don Octaviano con cara de pascuas, a notificar a Aurelio que la mano de su novia estaba concedida.

Muchas veces, en un gesto audaz, Aurelio volvió a recorrer el mismo camino, causa de su fortuna, pero nunca pudo volver a ver la sombra de don Ramiro, cruzar por el sendero conocido. Su abuelo, porque lo había sido, reparó el error de su vida, habiendo puesto en posesión de su fortuna al nieto a quien no había conocido, había de seguro vuelto a los terrenos de lo ignoto.

EL AVARO

CUENTAN que las tierras de don Chayo Ruiz abarcaban grandes extensiones y eran riquísimas; fueron de los primeros latifundios que se formaron en la época de la Colonia, y se habían transmitido en herencia de padres a hijos, desde hacía tres siglos.

La enorme heredad se había venido reduciendo poco a poco, pero a mediados del siglo pasado, se contaba todavía entre las propiedades más ricas de la comarca; en sus grandes terrenos pastales, se ignoraba parte de su fortuna.

Sus graneros eran siempre el punto de mira de los compradores, porque sabían que los mejores productos eran del viejo Ruiz; pero este hombre tan rico no aparentaba ser sino uno de tantos campesinos que vegetan en los pueblos teniendo apenas qué comer.

Angela se llamaba la esposa buena y paciente que sufría la tacañería del viejo en silencio. A veces, en ese lenguaje interno que no aflora a los labios, criticaba a su marido, lamentaba haber unido su vida a la de aquel viejo marrullero que no había sabido nunca brindarle una verdadera satisfacción.

En la vieja casona de los Ruiz había una pieza que era la que durante siglos habían ocupado los jefes de familia; amplia, de altísimos techos, tenía en el muro principal una gran chimenea que hacía recordar los viejos castillos donde moraban los señores feudales; en las noches de invierno, le gustaba a don Chayo ver chisporrotear los gruesos troncos encendidos, mientras fumaba su pipa descabezando un sueño.

La salud del viejo era fuerte como un roble de la selva. Ni el frío de las mañanas invernales, ni el canicular de los días de verano, le hacían cambiar de costumbres, y se le veía siempre vigilante, ir pacientemente recorriendo sus extensas tierras sin sentir cansancio. En los días de cosecha, cuando se veían formando enormes pirámides los sacos de trigo y de frijol, cuando nadie dudaba de la abundante cosecha que habían producido las tierras de don Chayo, él siempre se quejaba... Todo le parecía poco, y muy rara vez hacía favor sin anticiparse la recompensa; por todos estos detalles de su vida, era conocido en toda la región por “el avaro”.

Era simpático el viejo, pues mientras no se trataba de cuestiones de dinero, de préstamos de grano o de ganado, su charla era amena, agradable, y sus “chistes” de lo mejor para hacer reír...

Toda la gente del lugar, se suponía que la fortuna de don Chayo pasaba del centenar de miles de pesos; su misma mujer creía que don Chayo tenía acumulada una fortuna importante sin saber de qué cantidad exacta fuera, ni dónde la tenía escondida; ya que en aquella época ni había bancos, ni el avaro era hombre capaz de confiarle su fortuna a una institución de tal naturaleza.

Hasta para las necesidades urgentes, como era la educación de sus hijos, don Chayo defendía el dinero... doña Angelita tenía que sostener fuertes discusiones con él para conseguir que le entregara, muy de tarde en tarde, alguna cantidad para proveer de ropa a sus hijos. Y así iban pasando los días y los meses, sin que el hombre cambiara en sus costumbres, ni se decidiera a ser menos tacaño.

De entre sus hijos, Angelita era la que había heredado su desmedida ambición por el dinero. Ahorraba en su casa, en la escuela, en todas partes, y cosa natural, siendo ella la que más se asemejaba a su padre en el amor al oro, era la única con quien el viejo no sabía ser avaro; para ella, había siempre lo solicitado, los regalos

dados a escondidas, y ella era precisamente la que no se emocionaba con tales obsequios, cuando no eran en efectivo.

Una tarde, al regresar don Chayo de una de sus "milpas" se sintió enfermo; era un malestar que iba en aumento y que a pesar de ello, no infundió temores a sus familiares, pues tenían mucha confianza en su salud de acero. Pero los días pasaban y el viejo se iba debilitando más y más, hasta llegar a alarmar a sus hijos y a su mujer, quien, desoyendo las prohibiciones de don Chayo terminó por llamar al curandero del lugar, quien recetó algunas complicadas pócimas, y pareció no dar importancia a la dolencia.

Diez días hacía que don Chayo estaba en cama; la gravedad no podía negarse ya, y tanto su mujer como sus hijos esperaban resignadamente el fin; varias veces, en la soledad de aquellas tardes que doña Angela pasaba al pie del lecho del enfermo, le hablaba muy de cerca diciéndole:

-Rosario, piensa en tus hijos, si algún dinero tienes en determinado sitio, es tiempo de que me lo digas, que al fin si logras aliviarte, como son nuestros deseos, podrás depositarlo en otra parte que ignoremos. Piensa en tus criaturas, en mí, que me quedará sola...

El viejo miraba obstinadamente, parecía que iba a ceder, pero repentinamente cambiaba de expresión, y permanecía inmutable.

Al cumplir las dos semanas de enfermedad, una fría mañana de aquel invierno, que se decía era el más crudo en muchos años, don Chayo murió silenciosamente. Le lloraron sus hijos y su mujer y al paso de los meses, su recuerdo se fue adormeciendo en los habitantes de la vieja casa.

Los hijos se avorazaron sobre la herencia; se repartieron las tierras, el ganado, las casas, y tres años después, de la gran fortuna del viejo Ruiz, no quedaba casi nada.

La peor librada en el reparto resultó ser la pobre esposa

y Lola, una muchacha de 25 años, buenota, sin ambiciones y acaso la que más sinceramente sintió la muerte de su padre.

Repartida la herencia, la familia tomó distintos rumbos, casándose todos los hijos, menos Lola, quien quedó con doña Angela en la casa paterna, viviendo con dificultades del producto de unas fanegas de tierra que apenas les daban para comer.

Muchas veces, en la soledad de aquellas noches más tristes cada día para las dos mujeres, pensaba doña Angela en la fortuna que según todas las gentes debía haber acumulado su marido; por más esfuerzos que sus hijos habían hecho, socavando paredes, arrancando viejos árboles de raíz, para buscar el tesoro, nunca habían descubierto ni el menor indicio del mismo. Ella no creía que tal tesoro existiera, ya que tantas veces como rogó a su marido en el lecho de la muerte que le confesara si algo tenía guardado, no vio nunca en él un gesto que denotara que tal tesoro existía.

La pieza que por tantos años ocupara don Chayo continuó siendo la predilecta de doña Angela; en ella se reunían en las noches frías Lola su hija y ella a hacer crochet frente a la chimenea encendida evocando recuerdos y tratando de olvidar las amarguras de su vida presente tan llena de sacrificios.

Una de aquellas noches doña Angela notó que la pieza se llenaba de humo; pensaron que la fuerza del viento arrojaba de nuevo sobre la chimenea el humo que producían los gruesos troncos que ardían pero por más que hicieron no lograron que el tiro normalizara su corriente, terminando por apagar los leños.

Al día siguiente, Lola subió para observar desde la parte de arriba de la chimenea el motivo del desperfecto; en apariencia no había nada que justificara la deficiencia de la noche anterior, pero doña Angela pensando que por el largo tiempo de uso el hollín hubiera formado alguna gruesa capa que impidiera la entrada del aire, decidió que con una gruesa y larga

pértiga, Lola empujara dicho hollín, para limpiar el tiro de esa forma.

Armada de cubeta y escoba, doña Angela se colocó a distancia para esperar que Lola desde arriba empujara el obstáculo, y limpiara en seguida, a fin de dejar lista la chimenea para su servicio.

Desde abajo, Angela escuchaba los fuertes golpes de la pértiga, sobre lo que ella creía capa de hollín; tan duro parecía el objeto sobre el que se golpeaba, que la pobre mujer tenía miedo ya de que por la vejez de la casa resultara algún otro desperfecto antes de remediar el que ya existía.

Golpe tras golpe, Lola no cejaba en su empeño y de pronto el obstáculo cedió produciendo al desprenderse un ruido extraño... Al llegar al piso, un áureo tintinear de monedas dejó a doña Angela sin voz.... Era como si una cascada de oro se hubiera abierto por arte de milagro, entre los ladrillos que formaban las paredes de la vetusta chimenea. Estupefacta, la pobre mujer veía cómo a medida que Lola empujaba con la pértiga nuevas monedas caían formando un respetable montón. No pudo contestar a las interrogaciones que su hija le hacía por el agujero libre de la chimenea, y fue entonces cuando un silencio llamó la atención de Lola, y ésta bajó.

Muda, pálida, con las manos fuertemente apretadas contra el pecho y los ojos bañados en lágrimas, doña Angela contemplaba el tesoro que por tantos años su marido había acumulado.... Así la encontró su hija que, al ver el montón de monedas de oro, lo comprendió sin explicación ninguna.

Parelelo al cañón de la chimenea, don Chayo había mandado construir, o había construido él mismo, un conducto secreto; una especie de alcancía enorme, que tenía su sitio de entrada en el techo y la salida como a dos metros del piso, en la parte interior del cañón.

La humedad, filtrada acaso por algún desperfecto causado por los años, hizo que las paredes de dicho

conducto poco a poco se fueran reblandeciendo hasta hacer que el peso del oro acumulado por años, en la enorme alcancía, rompiera las paredes buscando un escape que originó que uno de los adobes al desprenderse de su sitio, obstruyera la salida del humo y que los golpes de la pértiga, al romperlo, dieran libertad al áureo manantial.

Discretamente, doña Angela y su hija, guardaron la enorme fortuna; en forma lenta, fueron mejorando su modo de vivir, a fin de no llamar la atención, hasta que simulando un viaje para ver a uno de sus hijos, doña Angela trasladó la enorme fortuna a la capital del Estado, donde depositada en un Banco le produjo lo suficiente para vivir cómodamente y ayudar a los hijos envidiosos, que si alguna vez tuvieron sospechas del rápido enriquecimiento de su madre, la forma injusta en la que la habían despojado de la herencia de su padre, les quitó el valor para hacer investigaciones.

Como doña Angela y su hija abandonaron el pueblo la casa fue vendida a uno de los vecinos del lugar, que sospechaba y tenía esperanza de la existencia del tesoro. Escogió para sí la pieza que sabía había ocupado el difunto; cansado de buscar inútilmente, terminó por dejar en paz suelos y paredes. Una noche, le despertó un extraño ruido, era como si una mano buscara en la oscuridad, sobre la pared alguna cosa; encendió la luz, pero nada vio. Bien despierto ya, oscura de nuevo la pieza, volvió a escuchar el ruido, localizándolo claramente rumbo a la chimenea. No supo el tiempo que permaneció escuchando, hasta que el sueño lo venció.

A la mañana siguiente provisto de lo necesario, emprendió la demolición de la chimenea. Tres horas después, el reflejo del sol que penetraba ampliamente por el cañón abierto de la chimenea vio brillar varias monedas de oro. El tesoro de don Chayo estaba allí, pensó. Intacto de seguro, porque no era posible que hubiera sido descubierto; siguió demoliendo, hasta que llegó al final del conducto secreto, donde habían queda-

do como un centenar de onzas arrinconadas en forma tal, que la pértiga con que doña Angela había tratado de sacar todo el tesoro no las había alcanzado.

Por más que buscó el ambicioso, no encontró nada más, la sed de oro que se despertó en él al encuentro de aquellas monedas, y la profunda decepción que le causó al darse cuenta de que otros habían sacado ya el famoso tesoro, le causó tal desazón, que desde entonces empezó a decaer; una furia demoledora se apoderó de él, y no había pared vieja donde su piqueta no tratara de buscar el tesoro perdido.

Las frases inconexas de aquel vecino que terminó loco, y la gran chimenea demolida, fueron la clave que dio a conocer el secreto del famoso tesoro de don Chayo, “el avaro”.

I N D I C E

Presentación.....	7
La ciudad perdida.....	9
Tía Martina y su tesoro.....	17
La dinastía de Coyote-Iguana.....	25
Flor de Guayacán.....	32
El reino embrujado de Quivira.....	37
En otra vida.....	47
La princesa Marsrat.....	55
La leyenda del cacto.....	63
Calleja del coche fantasma.....	71
El loco del Nivel 700.....	77
Cita de ultratumba.....	85
Sonot la princesa Opata.....	91
Doscientos años de amor.....	99
El hijo natural.....	107
El hombre arquetipo.....	115
La bruja	123
Amnesia.....	131
“Motivos”	141
El crimen del padre Fernando.....	147
La sombra de don Ramiro.....	155
El avaro.....	163

**Cuentos y Leyendas se Terminó de imprimir
el día 15 de marzo de 1985 en
Talleres Gráficos y Editoriales Pitic. S.A. de C.V.
Reforma y Andrés del Río
Hermosillo, Sonora
se imprimieron
2000 ejemplares**

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

- 1.- **Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora,**
Horacio Sobarzo.
- 2.- **General Alvaro Obregón, Aspectos de su vida,**
José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo. 2a. edición corregida.
- 3.- **Ocho mil kilómetros en campaña (fragmentos),**
Alvaro Obregón. 2a. edición corregida.
- 4.- **Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional,**
Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.
- 5.- **Plutarco Elías Calles, estadista y patriota,**
Juan Antonio Ruibal Corella.
- 6.- **Crónica del Constituyente,**
Juan de Dios Bojórquez.
- 7.- **Sonora, génesis de su soberanía,**
Armando Quijada Hernández.
- 8.- **Memorias de don Adolfo de la Huerta,**
transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.
- 9.- **Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta,**
Charles W. Polzer, s.j. 2a. edición corregida.
- 10.- **Obras históricas,**
Ramón Corral.
- 11.- **Jesús García héroe de Nacozari,**
Cuauhtémoc L. Terán.
- 12.- **La Revolución en Sonora,**
Antonio G. Rivera.
- 13.- **El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta,**
Carlos Moncada.
- 14.- **Crónicas biográficas,**
Horacio Sobarzo.

- 15.- **El viejo Guaymas,**
Alfonso Iberri.
- 16.- **La cohetera, mi barrio,**
Agustín A. Zamora.
- 17.- **La sierra y el viento,**
Gerardo Cornejo.
- 18.- **Los tiempos de Salvador Alvarado,**
Juan Antonio Ruibal Corella.
- 19.- **Las guerras con las tribus yaqui y mayo, tomo I,**
Francisco P. Troncoso.
- 20.- **Las guerras con las tribus yaqui y mayo, tomo II,**
Francisco P. Troncoso.
- 21.- **Misiones del Norte de Sonora,**
Arthur Woodward.
- 22.- **Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo,**
Alberto Francisco Pradeau.
- 23.- **Sonora,**
Jorge Russek.
- 24.- **Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses,**
Francisco R. Almada.
- 25.- **Descripción de la Provincia de Sonora,**
Ignacio Pfefferkorn, (traducción de Armando Hopkins Durazo).
- 26.- **El solar de los silencios,**
Gerardo Cornejo.
- 27.- **Perfiles de Sonora,**
Palemón Zavala.
- 28.- **Apuntes históricos sonorenses,**
Roberto Acosta.
- 29.- **30 años en esto. Autobiografía periodística,**
Carlos Moncada.
- 30.- **Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900),**
Manuel R. Uruchurtu.

- 31.- Crónicas, cuentos y leyendas sonorenses,**
Gilberto Escobosa Gámez.
- 32.- La guerra apache en Sonora,**
Louis Lejeune.
- 33.- Vocabulario Sonorense,**
Horacio Sobarzo.
- 34.- Temas Sonorenses a través de los Simposios de Historia,**
varios autores.

PUBLICACIONES DEL
GOBIERNO DEL ESTADO
DE SONORA 1979-1985